Fray Mocho
REVISTA SEMANAL



"RETRATO"
Por Julio Romero de Torres

N.° 859

AVENTURAS DE PIPIRI



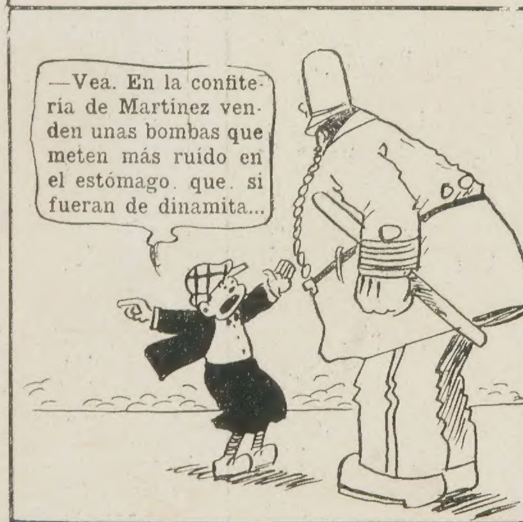
























FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVII Buenos Aires, octubre 9 de 1928 No. 859

ENTOMOLOGÍA POLÍTICA por Rojas

MENDOZA

SAN JUAN

—Le felicito, doctor
por su colección magnífica
—Ella es la obra científica
de una paciente labor;

pues, no sin trabajos rudos,
al fin logré disecar,
entre otros, a este par
de valiosos "cascarudos".

EN UN VIAJE

Por E. A. del Castillo

Sonó tres veces la campana de la estación; crujió el herraje; los frenos gimieron dolorosamente; crepitó el monstruo de acero impulsado por el vapor y, resollando jadeante, puso el convoy en movimiento, a la vez que ensombrecía la atmósfera con su negro vaho. ¡Adiós! ¡Adiós! clamaron mil voces, júbilosas unas, graves otras, y otras más tristes hasta el sollozo. Cual gaviotas que volaran sobre un mar humano, muchos pañuelos flotaron en el aire, y muchos también enjugaron ojos, restañando lágrimas. Tal vez una madre despedía a su hija que iba a formar un nuevo hogar; acaso una esposa se separaba por vez primera del compañero elegido por su corazón para cruzar los senderos de la vida... ¡quién sabe!... Amigos o amantes que se despiden ¡cuán triste es la despedida! Alguien ha dicho que la ausencia es imagen de la muerte: ¡cuántas veces la ausencia es la muerte misma de los afectos, y cuántas lo es hasta del recuerdo!

Como mi viaje iba a ser de corta duración, mi espíritu se hallaba tranquilo, y así, luego que salimos del cobertizo, donde la luz era deficiente, y entró mayor claridad por las ventanillas del "Pullman", eché en derredor una mirada escrutadora para pasar revista a mis compañeros de viaje, antes de desdoblar un periódico para dedicarme a mi ocupación favorita en el camino: la lectura.

Decididamente, no era aquel un "día de bonitas", como dice un escritor ibero, pues entre varias representantes del sexo bello que iban en el vagón, sólo una merecía el epíteto, y eso con ciertas restricciones. Era ella una joven a quien acompañaba un caballero (al menos, por tal lo tuve al principio) y que ocupaba la sección vecina de la mía. Tendría, cuando mucho, de veinte a veintidós años, y, si sus facciones no acusaban las perfecciones de una estatua griega, en cambio la expresión de su fisonomía era por todo extremo simpática y atractiva, y sobre todo, lo que más había que admirar en su persona eran las proporciones de su cuerpo y su manera de andar. Su estatura no era muy elevada, aunque más bien podía pasar por alta que por baja: la cintura breve, firme el busto y con una garganta que hubiera hecho morir de envidia a la mismísima Aspasia, si fuera de estos tiempos. Cuando se levantó del asiento, en la primera parada del tren, llevó tras de sí las miradas de toda la parte masculina del pasaje. Del contingente femenino no hay ni que hablar, porque es bien sabido cómo las mujeres se escudriñan entre sí al primer golpe de vista. Con la gallardía de una soberana, cuya soberanía le había sido conferida por la naturaleza exclusivamente, atravesó el "Pullman" sin que, al parecer, tocara el suelo con los pies. Hubiérase dicho que se deslizaba sobre la tersa superficie del hielo o que volaba como las aves marinas cuando rozan con sus alas abiertas las crestas de las ondas salobres. Tal debe haber sido la visión que inspiró al poeta este canto:

Cual visión de poeta, por el suelo.
lo cruzas dejando el éxtasis en pos.
Pienso al verte en los ángeles del cielo
Y en las obras magníficas de Dios.

Después, como no había más que ver, me enfrasqué en la enervante política y los chismes periodísticos.

No fué tanta, sin embargo, mi abstracción, que me impidiera darme cuenta de que algo anormal pasaba entre mis vecinos de compartimiento. El hombre a quien "a priori" tomé por un caballero, era un hombre vulgar, de barba nazarena y mostacho a la borgoñona que a la legua declaraban su procedencia europea. Con áspero acento, ceceando y raspándose sin misericordia la glotis al pronunciar la j, parecía increpar a su compañera; en tanto que ella, a veces enérgica y a ratos suplicante, veíase claramente que era presa de terrible agitación. En cada estación, el extranjero bajaba al andén y su compañera lo seguía hasta la plataforma, de donde no regresaba hasta que él subía de nuevo.

Cayó la tarde. Se encendieron las lámparas. Los pasajeros se aprestaron a cenar las detestables viandas de a bordo; y entretanto mis interesantes vecinos habían desaparecido sin que yo me diera cuenta de dónde ni a qué horas. Hice lo que los demás, es decir, consumí, por vía de penitencia, algo de lo horriblemente caro y atrozmente malo que se puede tomar en el "Pullman"; y cuando llegó la hora de preparar los lechos de Procusto en que íbamos a descansar, ya que no a dormir, salí al vestíbulo, posterior, tanto para no estorbar la maniobra un poquitillo complicada de armar las camas, como para estimular un tanto cuanto los entumidos miembros.

En el vestíbulo no había luz; afuera brillaba la de las estrellas. La noche estaba serena: era una de esas espléndidas del Verano en las que la limpieza del ambiente permite a los astros lucir todos sus fulgores. Bajo la bóveda transparente del cielo, pequeños cirrus parecían gasas prendidas con broches de diamantes en el azul purísimo del firmamento. Creíame solo en aquel lugar, contemplando el maravilloso espectáculo, así es que fué grande mi sorpresa al advertir que alguien estaba cerca de mí. Efectivamente, en el rincón más obscuro del vestíbulo cuando mis ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra, distinguí la silueta de una mujer ¡y qué mujer!, la habría distinguido entre mil, y aun cuando la obscuridad hubiera sido más densa que las tinieblas del Caos antes de que el Divino Hacedor creara la luz. Empero, confieso con vergüenza que no había reparado en ella hasta que un suspiro, o por mejor decir, un sollozo mal reprimido, me reveló su presencia.

La discreción más elemental prescribía mi retirada de aquel lugaré pero la curiosidad, que no siempre es patrimonio exclusivo de las hijas de Eva, sino que suele también aquejar a los hijos de Adán, y, por otra parte, el interés que habían despertado en mí aquella linda criatura y su extraña situación, me determinaron a faltar a las conveniencias sociales; y de esa manera, no sin tener que hacerme alguna violencia para dominar la emoción, me acerqué a ella y le dije:

—Señora, no tengo ningún título para aspirar a la confianza de usted; pero siento una simpatía tan grande por todos los que sufren, que no puedo resistir al deseo de poner a su disposición mi buena voluntad. ¿Puedo serlo útil en algo?

Ella, que tenía el rostro entre las manos, ni siquiera me miró, y por toda respuesta abrió el dique al raudal de sus lágrimas, que corrieron durante largo espacio abundante y francamente.

Mi situación se hacía más y más embarazosa. Sea que la aflicción de aquella mujer embargara mis facultades, sea que el anterior esfuerzo imaginativo hubiera agotado mi dialéctica, lo cierto es que no se me ocurría nada que decirle ni atinaba con el partido que debería tomar en trance tan inusitado; hasta que, por fin, me resolví a insistir en mis ofrecimientos, con la mayor delicadeza que me fué posible. La joven comenzó, poco a poco, a serenarse; mi actitud respetuosa le infundió tal vez aliento, y decidida ya a valerse de mí, mitad con palabras, mitad con

LA ROSA DE LAESPERANZA

Allá en la cumbre blanca inaccesible,
donde la mano vil jamás alcanza,
color de nube, cáliz de imposible,
se abre una rosa eterna: la Esperanza.

Es la primera rosa de la vida
y la última también, su fresco empeño
reverdece la planta dolorida,
que iba a secarse en el jardín del Sueño.

Cuando la dulce aurora alza su vuelo,
ahuyentando el tropel de las estrellas,
su rosado ta!ón deja en el cielo
las rosas de esperanza, como huellas.

Es la primer sonrisa, la más fuerte,
y a pesar de este mundo, la que queda:
en el labio sellado por la muerte
es una eterna afirmación de seda.

¡Rosa de Jericó, rosa sagrada,
único talismán para el dolor,
signo de redención, postrer mirada
que allá en la Cruz nos dió Nuestro Señor

Fernán FELIX DE AMADOR

EL HOMBRE MAGNANIMO

El hombre magnánimo sabe mostrar templanza, tanto en la próspera como en la adversa fortuna.

Sabe muy bien como ha de comportarse cuando se ve ensalzado, lo mismo que cuando es humillado.

No experimenta ni excesiva alegría por un buen éxito, ni sobrado dolor por una derrota.

No busca ni evita el peligro, y son pocas las cosas que le preocupan.

No se le induce fácilmente a hablar; pero cuando la ocasión lo exige, dice con franqueza y con audacia cuanto su corazón siente.

No sabe mostrar admiración, porque a sus ojos nada es grande.

No se cuida de las injurias.

No gusta hacer hablar de sí ni de los demás.

No se enoja por cosas leves, y no cuenta con la ayuda de nadie.

ARISTOTELES

gemidos, me refirió su historia, que es como sigue:

Hija de un vecino prominente, de rica ciudad fronteriza, había perdido a su madre, siendo aún muy niña. Su padre, dedicado en cuerpo y alma a los negocios y la política, nunca había sido con ella muy tierno, si bien la rodeaba de todas las comodidades a que una posición desahogada le daba derecho. La vida de la joven transcurría monótona entre los quehaceres domésticos y la lectura de novelas. Casi no tenía amigas, ni otros afectos que los de su padre y una tía anciana, hermana de su madre. Pocas veces concurría a paseos o reuniones sociales, y siempre que lo hacía, era en compañía de su progenitor, que ciertamente no tomaba parte en la diversión, si es que alguna significaba para la hija ir acompañada por quien poco se cuidaba de disimular el fastidio.

En tal situación, no fué difícil a un seductor de oficio conquistar aquella mal defendida plaza. Un agente viajero de casa extranjera, que surtía de vinos generosos la bodega del padre de mi interlocutora, conocedor de la fortuna de su cliente, olfateó con el instinto peculiar en los aventureros un magnífico negocio en la conquista de la muchacha; y desde luego se dedicó a cortejarla asiduamente, llevando su audacia hasta solicitarla en matrimonio. El padre, hombre orgulloso de su posición social y su dinero, denegó indignado la demanda, prohibiendo al osado agente que volviera a pasar por delante de su casa; y entonces el extranjero, despechado, no ya como un negocio, sino buscando la venganza de la humillación sufrida, propuso a su novia la fuga, asegurándole que en una ciudad próxima lo tenía todo dispuesto para efectuar el matrimonio, y que, una vez efectuado éste, regresaría a la casa paterna a implorar el perdón del autor de sus días, que no era dudoso obtener, dado el cariño que un padre profesa siempre a sus hijas, máxime si, como en el caso, no es más que una.

Un movimiento irreflexivo de rebelión contra la patria potestad tan rigurosamente manifestada en la ocasión; el deseo de obtener un cambio radical en la monotonía de su existencia, y acaso también el afán de saber lo ignorado, que bulle en la imaginación de todas las mujeres, fueron parte a que se determinara aquella infeliz a dar oídos a las insinuaciones del aventurero. Huyó con él sin tomar de su casa ni los objetos más indispensables de uso personal; y cuando estuvieron en la ciudad donde el raptor había dicho que se casarían, ella le reclamó el cumplimiento de lo prometido. ¡Inútil empeño! El agente pretextó la falta de algunos papeles que esperaba recibir más adelante; y así fué difiriendo, de ciudad en ciudad de las que tocaban, la celebración del casamiento, sin que la pobre niña pudiera conseguir que su estado se regularizara.

La venda había caído de los ojos de la joven: su seductor era un bribón que, desconfiando sin duda del perdón de su suegro, para lo cual tenía sus razones, y habiendo realizado su ruín venganza, ya sólo buscaba la ocasión de deshacerse de su compañera.

Hallándose en Guadalajara, ciudad de donde habíamos salido aquella tarde, el extranjero salió a sus agencias dejando a la joven el encargo de ir a hacer algunas compras durante su ausencia. Lo que el malvado se proponía con esto era alejar a su compañera del hotel en que se hospedaban para regresar él luego por su equipaje y emprender la huída. Así lo hizo, efectivamente; pero quiso la suerte que la muchacha lo viera pasar por una calle, y al notar que iba en auto con su equipaje y con rumbo a la estación, comprendió en el acto que apelaba a la fuga, dejándola abandonada. Sin vacilar un punto, tomó otro auto, en el cual siguió al prófugo, a, quien dió alcance en los precisos momentos de partir el tren. De ahí sus disputas en el "Pullman" y la vigilancia que ella ejercía sobre él en todas las paradas. Pero si mientras duró la luz del día le fué posible impedir que se quedará en alguna estación, al llegar la noche su cuidado no pudo ya ser eficaz El pícaro había bajado quien sabe donde, y ella, viendo su vida rota, su porvenir negro como el fondo de una profunda sima, perdidas las ilusiones y con el estigma de su afrenta en la conciencia, sólo esperaba que el cielo piadoso le enviara la muerte, único refugio de los desesperados.

Durante el tiempo que duró el relato anterior, que fué sin duda mayor del que he tardado en escribirlo, el aspecto de la atmósfera había cambiado radicalmente. Las nubecillas que me habían parecido gasas tenues, adquiriendo consistencia, cubrían ya de intensas sombras el espacio; se escucharon al principio detonaciones como ecos de una artillería lejana; pero poco a poco la tormenta se fué acercando hasta que el padre Júpiter blandió ya sin consideración su cetro erizado de rayos y vació sobre la tierra las cataratas del cielo, inundando los campos y convirtiendo la vía en un arroyo de aguas mugidoras.

Abstraída en la rememoración de sus desdichas, la joven se había ido acercando a mi instintivamente, como para guarecerse de la lluvia, que si bien no entraba por las puertas laterales del vestíbulo, que tenían cristales, si tenía acceso franco por el balconcillo central que mira hacia atrás. Cada vez que una descarga eléctrica repercutía en los espacios iluminando la escena con destellos que cegaban, el temperamento nervioso de mi interlocutora, ya de suyo muy excitado, sufría un violento choque. Yo la sentía estremecerse de terror y asirse a mí, ya estrechándome la mano, ya oprimiendo mi brazo con fuerza, como para no rodar a un precipicio abierto bajo sus pies. A la luz azulada de los relámpagos, contemplaba yo aquella figura interesante en el encantador desaliño en que el agua la había puesto. Deshecho el peinado, el pelo le caía sobre la cara como pintan a Mignon cuando erraba con los gitanos. De nada parecía ella darse cuenta ni nada parecía importarle no siendo su dolor. Cuando terminó su narración, volvió a anegarse en llanto, de tal suerte que yo no habría podido decir qué era lo que nos había mojado más, si el agua caída de las nubes o las lágrimas vertidas por aquellos hermosísimos ojos.

Quedéme un gran rato callado, suspenso, saboreando la embriaguez de aquella voz que seguía sonando en mi cerebro, así como el aroma sutil que emanaba de la gentil criatura. ¿Cuál es el que exhala una mujer fina? Cuando una mujer vulgar se perfuma, va diciendo a las claras: "Uso esencias de Colgate o de Coty"; en cambio, la dama aristocrática nunca se sabe cuál es el perfume que gasta: es el suyo propio, emana de su persona, huele a ella misma, a distinción, a elegancia.

Consideré al fin que era llegado mi turno de hacer uso de la palabra, so pena de pasar por indiferente y mal educado. Ella, por su parte, me daba su venia con el silencio que guardaba; y aunque mi espíritu conturbado no estaba para filosofías, ni son éstas mi fuerte en estado normal, reaccioné un tanto y empecé a hablar como Dios me dió a entender, muy torpemente, sin lugar a duda.

La dije que no debía desesperar; que era aún muy joven y muy bella, y que si el mundo condena con dureza y con facilidad, con la misma olvida los yerros de la juventud, mayormente si como el suyo tienen la excusa de su inexperiencia y la falsía de aquel pillo intrigante. Que por otra parte, siendo sus familiares su única sociedad, poco debían importarle los juicios del resto de las gentes. Que el cariño de un padre era inagotable; que Dios, según rezan los libros santos, gusta más de perdonar a un pecador mientras más graves son sus culpas, y que siendo los padres los representantes legítimos de la Divinidad en la Tierra, era lógico suponer que el suyo procedería con igual clemencia. Que por lo mismo, lo que había que hacer era que ella le pidiera humildemente perdón, ya fuera por medio de un telegrama, o ya por el de una carta muy expresiva y contrita; y que esperara confiada en la misericordia paternal.

Quedóse pensativa breves instantes, y luego me contestó:

—No se puede usted figurar cuanto le agradezco sus buenos consejos, los cuales me confirman el concepto que de su carácter me formé desde que tuvo la bondad de manifestarme su interés; pero pensar que tengo que volver a ver a mi padre es pensar lo imposible. Usted no lo conoce; es la probidad misma, y tiene un verdadero culto por el honor. Si llegara yo a hallarme en su presencia después de lo que he hecho y lo que me ha sucedido, segura estoy de que me mataría; y cuando así no fuera, yo moriría de la vergüenza de verme frente a él. Si se interesa usted por mí como dice y como me lo ha demostrado en esta horrible noche, proporcióneme la manera de subsistir de mi trabajo. Soy apta para el gobierno de una casa; sé coser, guisar y estoy acostumbrada a mandar y hacerme obedecer. Puedo, por tanto, desempeñar el oficio de ama de gobierno. Como institutriz lo haría muy mal; pero también sé algo de ciencias y de artes; aunque mejor estaría en un taller de modas, pues no carezco de habilidad para las

confecciones de ropa. En fin, sé algo de cuentas y mi letra es clara, así es que no considero imposible subvenir a mis más apremiantes necesidades, con lo que me consideraré feliz; tan feliz como puede ser una mujer sin reputación, sin hogar y sin afectos...

Le prometí hacer lo que deseaba, aunque resuelto a no cumplir mi promesa. Entretanto, el tiempo había cambiado de nuevo; empezaba el horizonte a teñirse de rosa y no llovía ya. La tempestad de la atmósfera había pasado; la del alma de aquella desventurada era de las que no pasan jamás.

Cerca de las ocho de la mañana llegamos a la capital. En un fementido fordcito conduje a mi protegida a un hotel céntrico y bien reputado; la instalé en un cuarto decente, y salí con el objeto ostensible de buscarle acomodo, pero con el oculto y verdadero de tomar habitación para mí en casa distinta y hacer lo que luego diré.

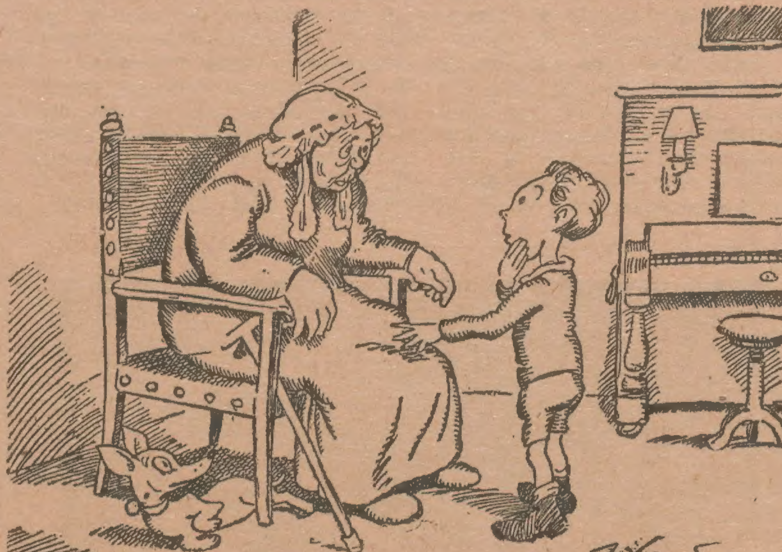
Había logrado hacer que mi compañera de viaje me dijera su nombre, el de su padre, y cuál era la dirección de éste. Con tales datos, tan pronto como me hube instalado en mi morada accidental y transitoria, pedí recado de escribir y, tras una corta meditación, redacté un telegrama dirigido a aquel caballero, y concebido en estos términos u otros semejantes: "Padre mío: tu hija, culpable y desdichada implora humildemente tu perdón. Estoy sola y me matan el pesar y la vergüenza. ¡Tiéndeme tu mano piadosa para no rodar al precipicio!" Agregué el lugar de su alojamiento y firmé con el nombre de mi amiga, porque creo poder asegurar que ya lo era.

¿Quién duda que realicé con esto un acto tan heroico como el del conquistador cuando quemó sus naves? Aquella hermosa mujer estaba a merced mía; su belleza, su inteligencia y su romántica historia habían causado en mi ánimo una muy honda impresión. Ella, por su parte, me manifestaba un agradecimiento profundísimo, y no podía ser de otro modo, dadas las circunstancias. Contando con tales elementos, el menos vanidoso de mis semejantes se habría considerado a la mitad, por lo menos, del camino que conduce a una aventura feliz. De la gratitud al efecto no hay más que un paso, y en las condiciones anormales por todo extremo en que se hallaba colocada aquella pobre niña, tal vez habría bastado un pequeño esfuerzo para que sus sentimientos tomaran una forma más tierna respecto de mí. Pues bien, en vez de dar aquel paso, en lugar de realizar ese esfuerzo, yo había levantado entre los dos las murallas de la China con aquel telegrama inverosímil.

Satisfecha mi conciencia, y un tanto desconsolado el "hombre malo" que cada uno lleva dentro de sí, ocupé la mañana de aquel día en el arreglo de mis asuntos, y no fué, sino a la hora de comer que volví al lado de mi protegida. La encontré muy triste y algo inquieta. Díjome que había tenido mucho miedo, sin saber a qué o de quién; que el tiempo le había parecido muy largo y que ya empezaba a temer que me hubiera olvidado de ella. La tranquilicé lo mejor que pude, contándole mil mentiras acerca de una probable y muy ventajosa colocación que se me había presentado para ella. Hice que nos sirvieran la comida en su misma habitación, y mientras que satisfacíamos las necesidades gástricas, procuré y conseguí distraerla refiriéndole aventuras más o menos auténticas ocurridas en mis frecuentes viajes. También ella me habló de su vida con ingenuidad infantil, llena de gracia y no exenta de cierta filosofía.

Por más instancias que la hice aquel día y los siguientes, nunca carecía, tuve que proveer a sus más ingentes necesidades, y bien sabe Dios la voluntad con que lo hacía y la suma discreción que puse en juego para no alarmar con ello su pudor. Primeramente la abastecí de artículos de tocador; después, de algunas prendas de ropa; y así fuí pasando de lo urgente a lo útil y de esto a lo meramente superfluo. Nunca le llevé mis obse

LA CELEBRE SINFONIA



—Una pastoral es una especie de circular que los obispos dirigen a sus feligreses. ¿No lo sabías?
—Sí, abuelita, lo que no sabía es que Beethoven era obispo.

quiso salir del hotel, ni sola ni en mi compañía. Invitábala a veces a dar una vuelta por el bosque en la tarde o algún cine u otro espectáculo por la noche; a lo que siempre se negaba obstinadamente alegando su falta de humor y sus temores de encontrarse con alguna persona de su conocimiento.

Como mi pobre amiga de todo quios personalmente, sino que hacía que le fueran enviados de las tiendas directamente, como si ella misma los hubiera comprado. Cuando nos veíamos después de haberle mandado algo, el rubor teñía sus mejillas, eludía toda alusión al caso y sólo con sus enormes ojos garzos me expresaba su gratitud.

Tres días duraba ya aquel trato delicioso, durante los cuales se había establecido entre nosotros una intimidad encantadora, si bien del todo inocente. Comenzaba yo a lisonjearme de que el padre de mi amiguita, con su estricto concepto del honor, la hubiera rechazado para siempre, dejándola entregada a su suerte. De esa manera, pensaba para mí, yo no seré el responsable de lo que pase, sino él.

—"Llamé al cielo y no me oyó". — que dijo don Juan.

Al cuarto día de nuestra llegada, fuí a ver a mi amiga un poco más tarde de lo que solía, que era como al principiar la noche. Generalmente no necesitaba llamar a su puerta, porque cuando no me veía llegar desde el balcón, al oír mis pasos en el corredor, se apresuraba a abrirme; pero aquella noche no sucedió así, y tuve que anunciarme llamando discretamente. No obtuve contestación. Llamé de nuevo con más fuerza, mientras empezaba a sentir un nudo en la garganta que dificultaba mi respiración. El mismo resultado de la vez anterior. Latíame ya el corazón con violencia cuando me resolví a jugar el todo por el todo haciendo girar la manivela del pestillo; pero fué en vano: la puerta estaba cerrada con llave. En tonces sentí como si una pesada losa cayera sobre mi pecho: ¿qué había pasado allí? Bajé corriendo al despacho y pregunté por la señorita del número 32. Ya no estaba en el hotel. Había llegado aquella tarde un señor de edad provecta, preguntando por ella; había permanecido arriba por espacio de una hora y luego habían salido juntos, no sin liquidar primero el gasto hecho por la joven. El estado de mi ánimo no me impidió reconocer en aquel detalle la exactitud con que la hija me había pintado el carácter del padre: "era la misma probidad". Pregunté al empleado si nada le habían dicho para mí aquellas personas, y él me contestó indiferentemente que ni para mí ni para nadie.

¡Así, pues, se había marchado! ¡Y sin dejarme el más vulgar de los adioses! ¡Ah, mujeres, qué bien dijo el que afirmó que vuestro nombre era fragilidad! Pedí la llave de la habitación con el pretexto de ver si no habían olvidado algo los viajeros; aunque en realidad, porque quería reponerme un poco de la fatal sorpresa y contemplar una última vez el recinto donde había morado la deidad fugitiva. No estaba la llave en el despacho; pero se me indicó que podía tenerla la camarera del primer piso. Subí en su busca, y previa la entrega de una liberal propina, me dió el "sésamo" que había de abrirme la gruta maravillosa de mis ensueños. Entré como se entra en la cámara mortuoria poco después de haber salido para su última morada los despojos de un ser amado. Me eché sobre el confidente donde ella so-

DE PASADA

A mis presurosos años, que serenos
por el mundo marchan, al placer ajenos,
díceles la Dicha, viéndoles venir,
y ellos le responden lo que vais a oir:

—"Oh la turba pálida, ¿por qué tan de prisa?
Descansad un rato, vuestra es mi morada;
os daré mi lecho, mi pan, mi sonrisa..."

—"Somos peregrinos; vamos de pasada:
no queremos nada".

—"Aceptad al menos, para restauraros,
la cándida leche, recién ordeñada,
de mi vaca negra de los ojos claros..."

—"Somos peregrinos; vamos de pasada:
no queremos nada".

"Respirad un poco la ideal esencia
de mis bellas flores que el rocío baña:
hay lirios de Harlem, rosas de Florencia,
claveles de España...
Escuchad siquiera los diáfanos trinos
de mis ruiseñores bajo la enramada..."

—"Somos peregrinos;
vamos de pasada:
no queremos nada".

Amado NERVO

lía sentarse a departir conmigo, y me abismé en tristes meditaciones. Bestia de mí! ¡Nadie más que yo tenía la culpa de lo que me pasaba: el abandono de mi amiga era obra mía! ¿Quién me había mandado poner aquel estúpido telegrama? De no haber dado esa muestra de hidalguía trasnochada, propia tan sólo de un anacrónico Quijote, aún estaría allí la hada hechicera de aquella mansión encantada; y nuestra amistad, convertida poco a poco en un sentimiento más hondo, habría durado lo que nuestras vidas. Como se ve, mi "hombre bueno" había desaparecido sin dejar ni rastros suyos.

Tan absorto estaba en mis pensamientos, que no advertí la entrada de la fámula hasta que ella estuvo cerca de mí alargándome una tarjeta. Era de las de propaganda del hotel: "Cuartos bien ventilados, servicio de agua fría y caliente", etc. No comprendía yo a qué venía aquella recomendación del establecimiento tan a deshora; pero la sirvienta me sacó de dudas diciéndome con aire malicioso: "Es de la niña". ¡Cómo! ¿Sería posible? Sí; por el reverso del anuncio había algo escrito con esa letra picuda de estilo francés que es peculiar en las alumnas del Sagrado Corazón. Doblé la propina; y cuando la camarera se hubo retirado, leí con trabajo lo que sigue, conteniendo apenas la viva emoción que me embargaba:

"Señor: (nunca supo mi nombre). ¡Me ha vendido Ud.! ¡Qué Dios le pague su traición tan generosa y bien intencionada! Al llamado de Ud. vino mi padre; me abrazó, lloramos mucho y me lleva consigo. Quería él esperar a Ud. para expresarle su inmenso reconocimiento; pero yo me opuse. ¿Para qué un dolor más sobre tantos dolores? Fué Ud. bueno conmigo, mucho más de lo que merezco, y mucho más también de lo que yo hubiera querido. ¡Vea Ud. lo que es la ingratitud humana! Toda mi vida, que no será larga, rogaré a Dios por Ud. ¡Hasta el cielo!" Aquí su nombre, y en toda la cartulina la huella de sus lágrimas.

No digo que lloré, porque siempre me han parecido ridículos los hombres que lo hacen; sólo sí que mi pesar sobrepasó a todo lo que pudiera expresar. ¡Ah, si no hubiera sido cobarde! ¡Si hubiera tenido el valor de despreciar prejuicios de mentida delicadeza y hubiera volado a Monterrey, residencia de mi amada, y se la hubiera pedido a su padre en matrimonio! Pero fuí débil, sacrifiqué mi amor al puntillo de los respetos humanos, y habiendo pasado la felicidad a mi alcance no extendí la mano para detenerla, sino que la dejé ir para nunca más volver.

Pasaron seis meses después de los sucesos referidos, cuando un día, en el salón de lectura del Casino, tomé al azar un periódico ilustrado, y, al ver el rotograbado de su primera plana, se heló la sangre en mis venas y quedé como aturdido. El periódico procedía Monterrey y en su carátula había un retrato de mujer que parecía mirarme con sus enormes ojos garzos, como cuando la visitaba en su efímero hospedaje de la capital. Tembloroso, con un horrible presentimiento en el corazón descifré la leyenda que estaba al pie del rotograbado. ¡Mi amiga había muerto pocos días atrás!

No se engañó cuando me dijo que al verse delante de su padre la matarían el pesar y la vergüenza. Tampoco se equivocó al asegurar en su tarjeta de despedida, que guardo como una reliquia, que su vida sería corta.

Me dió cita para el cielo. ¿Me será dado acudir a ella?

Terapéutica moderna

La investigación de la luz invisible ha recibido un enorme impulso últimamente con el descubrimiento del proceso para producir cristal de cuarzo muy barato y en grandes cantidades y también por el descubrimiento del poder curativo que los rayos poseen. Los experimentos realizados en los últimos meses demuestran que los rayos ultravioleta curan ciertas enfermedades, tales como el raquitismo, tan común en la infancia y en las ciudades populosas, donde los niños viven en viviendas a donde nunca llega el sol. Los polluelos expuestos unos minutos diariamente a los rayos ultravioleta crecen rápidamente.

En manos de una persona inexperta los rayos ultravioleta son sumamente peligrosos. Sólo unos minutos de demasiada exposición son suficientes para producir quemaduras de difícil cicatrización. También pueden ocasionarse graves lesiones en los ojos, a menos que se tenga la precaución de poner anteojeras al paciente.

La aplicación de los rayos ultravioleta en las guerras futuras no es por ahora otra que la posibilidad de fotografiar las fuerzas enemigas sin que éstas se den cuenta.

La acción que la luz invisible ejerce sobre la piel será aplicada probablemente en el futuro para curar enfermedades cutáneas. Para el estudio de la formación de los dientes también será probablemente aplicada la luz invisible.

Los viejos que hay en Rusia

En los resultados del último censo de Rusia que publica el órgano oficial, "Investía", lo que más llama la atención es el número de ancianos. En efecto, se han registrado 292,304 hombres y 407,018 mujeres de ochenta a ochenta y nueve años; 15,975 hombres y... 20,042 mujeres de noventa y noventa y nueve; 12,349 hombres y 17,158 mujeres de cien años en adelante.

Las muñecas de Ana

Por J. F. Luján

Deslizó Julio Castroviles las últimas palabritas de amor dulces, patéticas, vehementes, al oído de Ana, tres años atrás. Era noche calignosa y el vientecillo que soplaba de la vega cargando el aire de perfumes, acababa de marear a los novios. La moza tenía el rostro encendido. Contestaba con leves monosílabos "sí", "no", premiando las protestas de su doncel. La voz del amante canturreaba febril: "íbase lejos, muy lejos, más allá de los montes que cierran el valle como si pretendieran esconder aquel paraíso donde todo respira dulzura y unción y tiene el encanto risueño de la tierra abrasada por el padre de la luz".

Y se fué, en efecto, Castroviles, y leguas y más leguas anduvo, y vivió horas y más horas, pensando minuto con minuto en la doncella garrida. Difícil era por aquel tiempo alimentar el fuego sagrado echándole por combustible papeles escritos que avivaran la llama amorosa; iban los correos a paso de galera, cuando no a lomos de rocín, y las chispas del incendio, si llegaban (y raro era que llegasen) sin fuerza caían en el rescoldo del corazón. La constancia érase entonces acrisolada virtud.

Esta virtud túvola el galán fresca y lozana los tres años que pasó alejado de su ídolo. No sufrió en la ausencia resquemores ni pesadumbres; no puso en duda la fidelidad de su prometida. "Ana era su Ana, como era suya la ropa que le cubría el cuerpo".

Caballero en su jaca, espoleando la cabalgadura con vivas muestras de impaciente desazón, acercábase Julio al soñado edén de sus amores. Ya se descubría a lo lejos la elegante silueta que dibujaba el campanario en la bruma matinal. Allí, junto a la iglesia, vivía su Ana. "Parecíale verle como en los tiempos felices, rozagante, pura, invocándole ardientemente con el pensamiento enamorado y solícito; blanco peinador ceñía pudoroso el cuello, que por entonces no profanaba con descotes provocativos la moda, y doraba el sol su cabello rubio que caía ondulando por los hombros. Era la hora, precisamente, en que pasar solía él por delante de su reja, cuando rompía el hervor de aquel cariño loco, para decirle: "Dios te guarde, zagala." Con estos pensamientos, que hacían en sus nervios oficio de acicate, castigaba furiosamente al pobre bruto. La pradera olía a rosas y a jazmines; de lejos llegaba la brisa del mar impregnada de acres perfumes, que saturaban la atmósfera mezclados con los aromas de los olientes retamales; movía las endebles ramas de los arbustos el airecillo travieso y juguetón, y esta poesía de la naturaleza amorosa acababa de enardecer al apasionado joven. ¡Jamás fuera de aquel momento, le había parecido tan hermoso y agradable vivir!

Casi a las puertas de la ciudad, junto al remanso que separaba las tapias últimas de la campiña un dosa, detúvose el jinete; y no refrenó al caballejo queriendo que se echara con mansedumbre al vado, sino porque acababa de resonar en sus oídos un grito impetuoso, dominando aquel suave concierto de la tierra feliz: "¡Julio!"

—"¿Habían dicho Julio?" Habíanle llamado, en efecto, y era la voz de Ana. Estaba cerca la señorita de Moncluve: en el Alcázar, huerto frondosísimo entre selva, bosque y pradería, uno de los predios más importantes de la ciudad.

Plantóse rápido Castroviles frente a la verja, profiriendo con ternura "¡Mi alma, mi alma!", y más que apeado, caído, tendió los



LA VICTIMA (a quien el barbero ha cortado por tercera vez). — Será mejor que me dé otra navaja y así podré de fenderme.

Vió cruzar rápidamente al caballero y escapósele la exclamación de lo más hondo, sin fuerzas para contenerla ni ahogarla. "¡Su Julio estaba allí!"

brazos deseosos de aprisionar en ellos a la damita. Rechazáronle suavemente.

—No te acerques, — murmuró la joven conmovida y triste, y escucha animoso mis palabras. Hombre eres, y por mucho que te duela la realidad, no has de sufrir tú las torturas que yo, mísera mujer, he soportado y soporto desde la muerte de mi padre.

—¿Murió tú padre?, — repuso Castroviles atontado, sintiendo como si le clavasen en la garganta uñas de acero encendidas.

—Murió, sí; murió al año de haberte ido; cruel fué su agonía, cruel mi abnegación para aminorarla. ¡Qué cosas, Julio, qué cosas suceden, y que absurdas! Dirías que son invenciones de cuento o novela. Pero si yo me he visto heroína sin ventura de uno de esos fantásticos episodios, no has de imitar tú a los personajes que se revuelven en trágicas y maravillosas actitudes. Todo ha de conducirse y desenredarse entre tú y yo humana y naturalmente, o sea por trámites de la más burda vulgaridad.

Oíala Castroviles pasmado, sin acción ni pensamiento, como si hubiesen detenido su juego los músculos. Sorpresa irrita leíase en los ojos, y la entreabierta boca no acertaba a emitir voz alguna. Al cabo pudo decir:

—No te entiendo..., no. ¿Qué me anuncias? ¿Tristezas? ¿Maldades?

Revistiéndose de dignidad, repuso la dama que no había en su conducta desdoro; explicó sencilla e ingenuamente la tremenda bancarrota de su casa, el rápido rodar a los abismos de la miseria; el lamentable suceso de las tierras asoladas por la furia de las nubes y rematadas por el fisco vil, y el no menos penoso de las rentas transferidas a usureros voraces; contó la parálisis y muerte del señor Moncluve, y su pasión en la cruz del matrimonio, para que no faltasen al infeliz medicinas durante la dolencia, y entierro y sepultura luego de expirar.

—¿Te casaste? ¿Te casaron?, — exclamó Julio deshaciendo en crispatura horrible su inmovilidad de estatua.

—Cáseme, sí: éramos tan pobres, tan pobres, que ni caja de pino podía dar al cadáver. Casé con el dueño de esta finca, D. Feliciano Martínez, y aceptéle porque su edad me ponía al amparo de fogosidades y vehemencias a que me era imposible corresponder, y que me hubieran parecido nefandas y monstruosas. Al arrimo de su ternura paternal, conservo incólume el sentimiento que a la tuya mi alma encadenó.

—Pues así y todo, esa unión es infame, y yo la rompo y te tomaré, porque eres mía... ¡mía!

Tendía otra vez los brazos con impulso de estrechar en apretado círculo a la reina de sus amores, y otra vez lo rechazó Ana.

—No, Julio, no; he dicho que la novela concluyó para nosotros. No te acerques: honrada he sido para tí, y para tí quiero ser honrada hasta el fin de mi vida. Ausente está mi marido, y su ausencia no será ocasión de torpes liviandades. Vete, perdóname, olvídame. Sé dichoso con otra... tú puedes serlo, yo no. ¡Vete!

Y sintiendo que se le escapaban las lágrimas, cerró la verja y echó a correr como avecilla que levanta el vuelo. Volvióse antes de meterse en la quinta, y mandando al confuso galán un beso en la punta de los dedos, gritó apasionadamente:

—¡Te amo!

LA VIDA

Hagamos lo que hagamos, tenemos que aguardar. Lo que se puede hacer en una hora, tenemos que hacerlo en un día; lo que se puede gozar en un día tenemos que gozarlo, lentamente, en un año. Todo está medido, calculado, previsto. Los acontecimientos del mundo llegan y pasan regularmente, con los mismos intervalos, en las mismas épocas; ninguna potencia humana los acelera. Todo se diluye en la lenta serie de los días. ¿Qué es la vida — la verdadera, la profunda, la intensa vida, sino un escaso haz de llamas en un campo de ceniza, sino un collar de perlas puestas en fila dentro de un largo y melancólico hilo gris? No podemos vivir toda nuestra hermosa vida en un día. No podemos reunir todas las llamas para hacer la hoguera de una hora; no podemos amontonar las perlas para hacer con ellas un breve plazo de voluptuosidad.

Y todo se realiza despacio, despacio, con método, con circunspección, con cautela. Todo ocurre a su hora y nunca antes de su hora: que el agua corra en río y no se precipite en cascada; que el viento acaricie los pálidos rostros de los hombres y no se arremoline el huracán para azotarlos; que toda la vida sea un prudente vegetar y no un formidable ímpetu de rebelión contra la tierra.

¡Yo no quiero que las cosas ocurran de esta guisa! Muero de fiebre viendo como continúa este camino interminable del mundo. ¿Por qué nadie sufre como yo sufro en este universo soñoliento? Me siento fuerte, excitado, bramador, rápido, caído, impaciente, y todos estos compañeros no se acuerdan de nada, y esperan, y se duermen, y se mueren creyendo vivir. ¡No sabéis que una hora de alegría en libertad, que un instante de éxtasis o de arrobamiento valen más que todas vuestras vidas centenarias, que todas vuestras existencias de obedientes extenuados? ¡Un sólo día de vida por todos estos años! ¡Toda mi vida en un día! ¡Chiquillo por la mañana, amante al mediodía, poeta al ocaso, sabio y prudente al llegar la noche! ¡Todas las alegrías que quieras concederme, oh Dios que estás en los cielos, concédemelas en una hora! ¡Qué las estaciones se sucedan de momento en momento, que en un minuto salga y se ponga el sol, que cada anhelo de mi corazón señale un placer nuevo!

Giovanni PAPINI.

Tres años sin correspondencia ni noticias hablaron pasado el doncel pacientemente, y aunque, largos y duros, pareciéronle llevaderos y suaves a la postre pero un mes de estancia en la población fué bastante para acabar con su paciencia y con la ingénita bondad de su espíritu: motivo sobraba para ello, antes aguardaba como premio de sus tribulaciones la recompensa de un cariño que ya no tenía posible logro. Desesperado, tanto en lo tocante a una recompensa feliz, cuanto en lo de que sus presentes tristezas alcanzaran consuelo, decidióse a lograr, por la fuerza, lo que de grado le negaba el destino. "¿No estaba seguro de que Ana le quería? Sí, queríale entrañablemente: bien lo vió antes de entrar en el pueblo. Las circunstancias, las adversidades, humillarla pudieron, no rendirla. Estaba el toque en que siendo ella tan inocente, no había sino tomarla con sorpresa y arrojo en los peligros de aquel incomparable candor".

Y lo que no hubiera hecho nunca, hízolo entonces: bien es verdad que contra el vicio de querer no hay virtud posible. ¿Y qué intentó? Metióse cierto día, a poco de caer la tarde, en la quinta que habitaba la de Moncluve, y como no era él galán de oficio, trasudores de muerte le invadieron en el momento de espera; que fué momento de ansia y de lucha. Conocía como encontrarse, cuando Ana se retiraba a dormir ,en su habitación, y estaba además seguro, deciaselo el instituto de enamorado, de que, en viéndole, toda resistencia, todo coraje apagaríalo el amor. Caería en sus brazos poco menos que desvanecida, profiriendo con aquella voz sutil, tan dulce: "¡Julio!", en el punto en que, apretándola amorosamente, clamase él: "¡Mi alma! ¡Mi alma!"

Hallábase en habitación que era antecámara, gabinete íntimo de la boda; hasta allí llegó casi a tientas, y se detuvo a esperar que se retirase el hada precisa para correr sus aventuras de amores, poniéndose de atalaya junto al balconcillo que daba a los jardines. La medrosa claridad que vacilaba en la atmósfera, no bien anochecido aún, dejando en la penumbra los enseres, llenábalos de voluptuoso misterio; recreábase en la sombra la poesía de la noche. Acostumbrados lentamente los ojos a distinguir los objetos, fué examinando Castroviles con curiosidad de pronto, con indefinible emoción después, cuanto encerraba aquel nido: tenía todo un sello de dulzura y suavidad incomparables: era todo delicado, gracioso, como puesto y esparcido por una mano infantil; parecía, en una palabra, todo puro, como no profanado aún por el aliento del hombre. Diríase que se respiraba en el ambiente perfumes de lirios blancos, de azucena.

Púsose Julio de pie, y sentía en el alma deliciosa turbación y abría la boca como para tragarse aquellos aromas, que más embriagaban sus ánimos que sus sentidos; el rayo postrero del crepúsculo cayó en la sala y fué a perderse en el anguilllo, sobre la consola recargada de monerías. A merced de aquel fulgor de relámpago pudo distinguir sobre el mármol el atrevido aventurero una serie de figulinas, sentadas éstas, erguidas las otras, riendo las de aquí, graves las de allá, con el brazo alargado, en actitud amenazadora: todas las muñecas de Ana, con los mismos trapos, descoloridos ya, que vistieran, arrugaran y ajaran sus dedos rosados, de chiquilla jugando a madre y mujer. ¡Oh, la adorable criatura! Había visto él aquellos muñequines en sus brazos, siendo niños los dos, cuando para asustar a su dulce amiga, se encaramaba por las tapias del huerto lindante. Y despertando con fuerte perfume de niñez los recuerdos de aquella edad risueña y feliz, no pudo contener el terrible seductor las importunas lágrimas que humedecían sus párpados. ¡Iba a profanar toda aquella inocencia que palpitaba en el gabinetillo gentil! Parecióle ahora crimen nefando. Ana se echaría en sus brazos, sí, pero para siempre se desvanecerían en el aire las esencias de aquel amor tan casto, tan noble, tan grande.

Vencido, aherrojado, besó reverentemente las muñecas de la Ana que había resurgido en fantástica visión y pura y candorosa, como la deseaba él para su tálamo, y a tientas, lenta y solapadamente, fue huyendo por las galerías hasta encontrarse en campo abierto, al aire libre.

Sin más espera llegóse a casa, arregló su maletín, enjaezó el caballo y salió al largo trotar de la cabalgadura, metiéndose por las sendas de las praderías y los vericuetos del bosque. ¡Vuelta a las horas tétricas más allá de las lindes rumorosas, en que las lejanías daban una impresión como si se acabase el mundo!

Al cabalgar del rocín, mareábale el aliento, que, a impulsos de las auras volubles, cargaba el ambiente de esencias enervantes, deliciosas. Lucían en lo alto las estrellas; levantábase la luna disolviendo con su tenue relumbre polvillo de plata en el horizonte; los arbustos se movían con graciosos y gentiles devaneos, como si no pudieran resistir, ¡ellos, tan graves!, a las tentaciones de las auras casquivanas, y en aquel soplo palpitaban el aire, el deleite, la gracia, los misterios todos de la naturaleza inflamada por el amor inmortal. Oíase el canto del cuclillo, percibíanse rumores vagos, murmurios dulces que exhala la tierra arrullada por la poesía de la noche. Detúvose Julio, respiró con avidez la brisa, enjugóse con el dorso de la mano los ojos húmedos, mandó un beso al santuario pudoroso de las porcelanillas y espoleó al caballo. En sus oídos resonaba, confundiéndose con los ecos de la campiña, como si de ella se escapase, empujándole, el apóstrofe fatal:

—¡Vete!

ANECDOTA

Acababa de casarse el eminente estadista español don Antonio Cánovas del Castillo con doña Joaquina Osma; era feliz. Un día recibió la visita de un amigo.

—Se advierte, don Antonio, dijo el amigo de referencia, que es usted dichoso.

—Sí; ya lo creo que lo soy.

Después volviéndose a su esposa, añadió: -

—¿Quién no lo sería, Joaquina, a tu lado? Te adoro y te respeto.

Además he jurado serte fiel, pero con una condición y hasta un límite. Yo no le haré jamás el amor a nadie; pero si (cosa absurda) me lo hacen a mí, no podré resistirme.

Sólo un hombre, el casto José, rehusó los amores de una mujer y bien caro lo ha pagado. Lleva veinte siglos en ridículo.

EL FRACASADO

Por Damián Roda

Tímido, pidiendo perdón con el gesto, empujó el mamparo de la contaduría. Dentro, D. Luis reía compechanamente con dos o tres amigos. Al ver al visitante la risa se le transfiguró en un gesto agrio. Mordió el puro, esperando que Leandro el tímido avanzase hasta su mesa.

—¿Qué trae usted por aquí?

Y le tendía la siniestra desganado.

Todas las miradas coincidían en él como en un espectáculo curioso. Era de esos momentos en que le acometía una especie de terror nervioso, hecho de rencor sordo, de orgullo lastimado. De buena gana huiría de allí y de la ciudad hasta el paraje solitario que le traía reconfortaciones de otro mundo. Se acordó de sus hijos, de su pobre mujer esperanzada. Sonrió.

—¡Qué! ¿Otra comedia?

—No, no, señor.

—¿Drama?

—Sí, señor. Drama. Quería que usted, si fuese tan amable...

—¿Verso?

—No, señor, no. Prosa.

—Ya sabe usted que esta temporada el público quiere verso.

—La pasada me dijo usted que el público quería dramas en prosa.

—Puede ser... Los gustos cambian... ¿Qué me trajo usted la temporada anterior?

—Una cosa humorística en verso... Si ahora puede servirle...

—De servir ahora, hubiera servido antes. Es lo lógico.

—Como dice usted que los gustos cambian...

—Claro que cambian. ¡Si lo sabré yo!

—Naturalmente — terció una voz obscura—. ¿Va usted a enseñar a D. Luis a conocer a su público?

La cosa se ponía mal, como siempre. Un fuego nervioso se le encendió dentro, mientras disimulaba con hipocresía mundana.

—Además — volvió D. Luis—yo estoy abrumado de trabajo. Yo no puedo leer todas sus comedias. Como usted hay mil, dos mil, con sus comedias y dramas. ¿Usted me entiende? Luego, la cosa de usted es fuerte, no está a tono. Sin embargo, la leeré en cuanto pueda. Traiga.

Con gesto rápido cogió el paquete de papel mecanografiado, dejándolo caer en un cajón, cerca del suelo. Volvió a tender su mano.

El fresco de la noche fué para Leandro al salir como una caricia de mujer.

* * *

En el silencio de la ciudad dormida le asaltó la certidumbre de su impotencia. Estaba vencido, fracasado. Se le ofreció clara la sensación del ridículo. Evocó el séquito de las amistades que al principio seguían expectantes el rumbo de su aventura. Todos habían desertado hacía años. En su misma familia el fantasma del éxito tantas veces soñado había acabado por suscitar sonrisas de desdén compasivo. Se comprendió uno más en una turbia muchedumbre donde miles de manos agitaban en el aire el innumerable producto inédito de sus mentes, más o menos lúcidas.

Para llegar no más que a esa grotesca realidad habían pasado veinte años estériles, ejercitando una manera de depresiva mendicidad; veinte años de humillaciones y desdenes y risitas compasivas de amigos y enemigos.

El orgullo le instaba a una decisión violenta. Su sentimiento familiar, la vuelta al hogar destrozado. Volvió, entrando de puntillas como un ladrón.

Desde el lecho su mujer lo llamó:

—¿Qué?

—Nada. Que ya leerá, si puede.

—¿Para qué?... No sé cuándo vas a convencerte. Cuando nos mates de hambre a todos. Acuéstate y no te ocupes de tonterías.

—Ya voy. Tengo que escribir un poco.

—¿Todavía más?

Y una risa ahogada, teñida de infinito desprecio, sobresaltó la tranquilidad del recinto.

Cerró. Al otro extremo de la casa, ante el cajón abierto de su mesa de trabajo, contó los plegados legajos. Eran quince. Los quince títulos inéditos que iluminaron hasta hoy su vida como claras luces estelares. Y uno por uno los fué rasgando en pedacitos minúsculos.

Una gran claridad se había hecho en su conciencia. De un hachazo decisivo quedaba cercenada la trayectoria grotesca de su fracasó. Y al ver caer en el cesto la última brizna de papel pensó que también aquello era una especie de suicidio con el cual aún podría acaso salvarse el honor de su vida.

* * *

A los siete años Leandro es dueño absoluto de una de las mejores zapaterías de la ciudad. Ha engordado. Su mujer, que es el alma del saneado negocio, también. Parecen felices, aunque no lo aseguremos sino en vista de su lucida vitola exterior.

—Aquella noche — suele decirle ella con ternura — te iluminó el dedo de Dios. Si no hubieras hecho aquello ya no viviríamos.

El sonríe a la saudade de un peligro lejano felizmente vencido.

Un día le preguntó:

—¿Por qué no me llevas al teatro?

Leandro se sentó, sonriendo enigmático. Luego dijo:

—No iremos más.

Volvió a sonreír y aclaró:

—La última vez que te llevé... No sé si te acordarás...

—Ya lo creo. Una obra preciosa. También a ti te impresionó mucho.

—Mucho. No puedes figurarte.

—Y a todos. Fué un exitazo. ¿Recuerdas cómo aplaudían?

—Lo recuerdo, ya lo creo.

—¿Y el título?

—También. Se llamaba El fracasado. Era mía.

—¡Tuya!...

—Mía. Era la última cosa que yo hice, sin quitar ni poner palabra. No había distinto sino un simple detalle: el nombre del autor, que no era el mío...

—¿Y no reclamas, no protestas, no piensas hacer nada?

—¿Para qué? Sería ridículo. ¿No ves que yo soy zapatero?

Y lento, en pie, volviéndose a la dama elegantísima que acababa de entrar:

—¿Qué deseaba la señora?

Anécdota en la que se narra de cómo fué fusilada una yegua condenada por un consejo de guerra

En pretéritos y ya lejanos tiempos en que la Isla de Martín García era presidio militar, comandaba la guarnición de tropas encargada de la vigilancia y seguridad de los presos, el oficial de marina, don Solano Gutiérrez, nativo de Catamarca, y hombre de una rigidez férrea en el cumplimiento de su deber.

Como sucede a todos los condenados a presidio, su obsesión constante es conseguir la libertad de cualquier modo, y en el caso que relatamos los reclusos solo podían escaparse contando con la ayuda de afuera, ya logrando llegar a la costa de la isla en pequeñas canoas, cosa difícil, porque la vigilancia era muy severa, o bien salvando a nado, en un descuido de los celosos guardianes, la distancia que separa la isla de la costa uruguaya que es la más cercana; pero para obtener la ansiada libertad por este medio, se precisaba ser muy buen nadador, habilidad que no era común en los presos, y menos en aquellos oriundos de las provincias del norte de la República.

..Un empleado que desempeñaba funciones civiles en la Administración del presidio, había conseguido llevar a la isla una yegua, la que al poco tiempo de estar allí tuvo cría, suceso que fué motivo para que los pobres presos adoptaran al potrillo como mascota y todos se empeñaran en cuidarlo con verdadero cariño.

Por aquella época en que todos se esmeraban en cuidar el animalito, se sucedieron, en períodos más o menos cortos, fugas de penados, y no obstante que el teniente de marina Gutiérrez personalmente y con toda la tropa extremaba la vigilancia para ver de capturar la canoa que facilitaba dichas fugas, no se pudo encontrar un solo indicio de cual sería el punto o los puntos donde atracaba el bote para facilitar la evasión.

..Cuando ya desesperábase de encontrar al cómplice, una noche negra como boca de lobo en que Gutiérrez realizaba la ronda con su fuerza armada, percibió un ruido extraño en medio de un bosquecillo y acudió rápidamente para investigar a qué se debía el tal ruido, y cuál sería su sorpresa al notar que un bulto bastante grande surgía del agua.

Esta aparición no asustó al teniente ni a sus soldados, pues sin pérdida de tiempo avanzaron pudiendo comprobar que el bulto que vieron salir del río era nada menos que la yegua del empleado civil del presidio, la que fué llevada en calidad de prisionera.

Una duda imprecisa atenaceó toda la noche la cabeza del teniente, y al otro día bien temprano se iniciaron las averiguaciones para conocer a qué se debía la ocurrencia de la yegua de darse aquellos baños nocturnos.

Uno de los presos, perdidas las esperanzas de recuperar la libertad por los medios que la habían obtenido algunos de los que fueron compañeros de cautiverio, resolvió poner en conocimiento del teniente Gutiérrez la forma en que se habían fugado los presos desvaneciéndose así, el extraño misterio.

Lo ocurrido fué que se habían complotado un número limitado de presos para evadirse utilizando la yegua, a cuyo efecto la llevaban con la cría a la orilla y de allí la lanzaban al río, y agarrados a la cola uno tras otro los penados salvaban la distancia a la otra orilla. Una vez en tierra, la yegua volvía instintivamente a la isla en busca del potrillo que retenían los presos y repitiendo la operación obtuvieron la libertad varios de los que purgaban sus condenas.

Descubierto así el cómplice principal de la fuga resolvió el jefe de la guarnición formar un consejo de guerra, y a pedido de uno de los miembros se condenó a la yegua a la pena de muerte y fué fusilada al rayar el alba del día siguiente.

Hermes Capela

La respuesta de Colombia en defensa de su riqueza petrolífera

La lucha internacional por el monopolio petrolífero acaba de suscitar una incidencia entre Colombia y Estados Unidos, y que, si bien no pasó del terreno diplomático, viene a ilustrarnos acerca de la actitud que corresponde seguir a nuestro país para defensa de la riqueza de su subsuelo.

La caducidad de la concesión Barco, decretada por el ministerio de Industrias de Colombia, en virtud del incumplimiento de disposiciones técnicas y administrativas por parte de los concesionarios, motivó, como es sabido, la intervención del representante yanqui en Bogotá, quien, después de protestar por ello, elevó los antecedentes del asunto a la Casa Blanca.

La respuesta del gobierno de Colombia fué la única digna y compatible con una noción estricta del derecho internacional y de la soberanía de los pueblos libres: "El gobierno de Colombia no puede admitir la intervención de ninguna potencia en hechos que están a la consideración de la justicia"

Dicha respuesta interpreta la tesis argentina sustentada por D. Carlos Tejedor ante Inglaterra, en circunstancias que ofrecían un análogo cariz jurídico.

No es de sorprenderse, sin embargo, que sea Estados Unidos la potencia que plantee el caso que comentamos.

El criterio intervencionista de que alardea la nación del norte, es, por cierto, conocido; y como Colombia es hoy, en cuanto a producción petrolífera, la quinta entidad del mundo, no puede tampoco extrañar que se vea acosada por la avidez de los sindicatos imperialistas extranjeros.

Los antecedentes del entredicho son los siguientes, y repetimos tienen un alto valor ilustrativo sobre la situación del petróleo argentino:

La concesión Barco fué dada al general de este nombre en el año 1905. *Barco traspasó sus derechos, en* 1918, *a la Compañía Colombiana de Petróleo, que es, en esencia, una empresa yanqui. Finalmente, por el incumplimiento aludido el Ministerio de Industria decretó la caducidad de la concesión, motivando esto una reclamación de la Compañía. Dicha reclamación fué resuelta por otro decreto núm.* 150, *confirmativo del anterior. En vista de las demandas instauradas, entonces, ante la Corte Suprema de Justicia contra ese decreto reglamentario de la ley* 84 *de* 1927, *el Poder Ejecutivo, a petición de varios ciudadanos colombianos, resolvió suspender sus efectos hasta tanto se conozca el fallo de aquel tribunal. Sin embargo, en los primeros días del mes último, el Ministro de Industria, que en una sesión inolvidable de la Cámara de Diputados había ya denunciado a varios representantes públicos subvencionados por las empresas yanquis, presentó un proyecto de ley, aprobado luego por ambos cuerpos del parlamento, y en el cual campea una franca tendencia nacionalista. Este hecho, y no aquél de la Compañai Colombiana de Petróleo, vendría, pues, a ser en realidad el fondo de la intervención diplomática yanqui.*

Justamente se trae a colación en el comentario general, la situación que se planteará a nuestro país con la vigencia de la Ley de Nacionalización del petróleo, que el Senado debe aprobar en nombre del patriotismo y de las más sagrados derechos e intereses nacionales.

¿Protestará la Standard Oil Company por la caducidad de las concesiones malhabidas en el norte argentino, en Jujuy, y Salta? ¿Pretenderá también intervenir diplomáticamente el representante norteamericano?

En todos los casos la conciencia argentina debe permanecer alerta, y el gobierno tendrá, para ejemplo, la digna respuesta de Colombia y el antecedente histórico del doctor Carlos Tejedor.

DE LA VIDA DE BOHEMIA

MARCOS ZAPATA

UN DRAMA LLOVIDO DEL CIELO.— EL CAFE DE LA IBERIA. LA PROTECCION DE UN CAMARERO. UN ESTRENO AFORTUNADO Y UN BUEN NEGOCIO

En el año de 1865 hallábase paseando por el Campo de Sepúlveda, de Zaragoza, un jovenzuelo que debía de ser poeta a juzgar por su aspecto inconfundible de tal. Caminaba lentamente, deteniéndose a cada paso, pensando versos sublimes y argumentos más sublimes todavía, cuando, "semejante a paloma herida por certera bala", vino a caer a sus pies una cometa medio hecha pedazos. Para la confección de aquel juguete se habían valido sus infantiles o adultos constructores de algunos pliegos de novelas. Uno de estos pliegos tenía un largo encabezamiento que decía así: *Suplicio de don Juan de Lanuza, último justicia de Aragón.*

El poeta, que paseaba torturándose la imaginación para buscar un argumento extraordinario, tuvo aquel hallazgo como una advertencia o una luz providenciales, y dijo con toda la solemnidad con que dicen estas cosas los poetas: "¡Magnífico asunto para una tragedia! Hay que ponerse a escribirla". Y dicho y hecho. Allí mismo sacó unas cuartillas y con magnífica letra escribió en una de ellas: *"La capilla de Lanuza*, drama en verso, original de Marcos Zapata", por ser estos últimos el nombre y el apellido del poeta de esta historia. Encariñado, pues, con el asunto, lleno de inspiración y entusiasmo, siguió escribiendo, y a la semana ya tenía hecha más de la mitad de la obra con gran admiración de los amigos y camaradas de Marcos Zapata, que la consideraban como una verdadera joya de la literatura dramática universal. Uno de estos amigos era el actor Julio Parreño; que actuaba en el teatro Principal, de Zaragoza, y alentaba a Marcos a que siguiera escribiendo. Pero Zapata, cayendo en la pereza con la misma facilidad con que antes se había entregado al trabajo, dejó interrumpido el drama, dejando también pasar el tiempo. Julio Parreño fué a Valencia, y Marcos Zapata vínose poco después a Madrid... a lo que vienen los poetas a Madrid: a escribir versos y a hacerse ricos y célebres, cosas que deben de ser sumamente fáciles, a juzgar por la gran cantidad de soñadores que todos los días vienen a la villa y corte en busca de oro y de gloria.

Ambas cosas buscaba Marcos Zapata, que gracias a la protección de D. Juan Alvarez Guerra, director por entonces de *El Siglo Ilustrado*, halló un puesto de redactor en este periódico. Y así pasaron siete años; siete años en que el poeta sufrió algunos temporales, pero sin concederles importancia. Los poetas miran las cosas de la vida con tanta indiferencia...

Pasaron siete años, como dijimos, y llegó el mes de febrero de 1871. Julio Parreño, que había ingresado en la compañía de don Antonio Vico, que actuaba en el teatro de la Alhambra, recordó a Zapata su antigua obra. E hizo más que recordársela: le pidió el drama para estrenarlo en su beneficio, cosa ya un poco más seria que el recuerdo estéril, tan frecuente en muchas amistades y muchas conversaciones más estériles aún de la siempre *encantadora* vida histriónica.

Marcos Zapata cogió de nuevo la obra, que se hallaba sin terminar. Al leerla, después de los años que habían transcurrido, no la encontró mal. ¿Por qué no terminarla? Fueron momentos de gran angustia los suyos. Sabía por dolorosa experiencia lo que eran la amistad y las promesas en el ambiente teatral en que vivía, ambiente que desde Lope de Rueda acá sigue siendo el mismo, y no ignoraba que todas aquellas palabras no serían, después de todo, nada más que palabras y palabras; pero tuvo fe, creyó, y sin vacilar púsose a escribir en unas circunstancias tan propicias al trabajo como las que atravesaba y él describió así:

Dábame un perro calor,
y un banco del Prado, cama,
¡Y ahora, sienta Vd. la llama
de la Patria y del Amor!

Así, "caminando por una senda obscura, desabrigada y áspera", sin grandes entusiasmos, luchando con las más apremiantes necesidades de la vida "para ir tal vez al encuentro de un terrible desengaño", escribiendo redondillas y quintillas en las márgenes de los periódicos por no tener otro papel, logró dar cima a su obra, que a los pocos días ya estaba concluída y a las pocas noches fué escuchada con respeto más que religioso en el Café de La Iberia por el grupo de bohemios que allí habían acampado. La lectura gustó a la generalidad — siempre hay excepciones en estos casos, — y fuéronse retirando los amigos, que dejaron solo al autor, que meditaba acerca de las diferencias que hay entre lo temporal y lo eterno, entendiendo por temporal el que él sufría.

Así las cosas, acercósele el camarero, mudo oyente de la lectura, y brusca e inesperadamente ofrecióle de cenar. ¡Cenar! ¡Terrible y al mismo tiempo acariciadora palabra! Aceptó Marcos Zapata, como hay que suponer, y convidóse por cuenta del filantrópico camarero a cenar todas las noches sucesivas, en espera de mejores tiempos. Marcos Zapata presentía el sublime pensamiento de otro escritor que había de decir años después:

Ya vendrás tiempos mejores!.. feliz ocurrencia, lapidaria y admirable, que es tan profunda como elevada. Marcos Zapata presentía este pensamiento, y aprovechó la protección del camarero con la intención de pagarle, como le pagó, efectivamente, dicho sea en honor y justicia de la noble poesía lírica.

Al día siguiente de la memorable cena a que hacemos referencia procedióse a leer el drama a la compañía del teatro de la Alhambra. Todos los actores aplaudieron al autor; muchas actrices lloraron, como es de rigor en toda lectura dramática y todos auguraban a "La capilla de Lanuza" un éxito extraordinario. Estos augurios tenían que ser ciertos cuando el maquinista del teatro se aventuró a comprarle la obra a Marcos Zapata, que creyó soñar cuando oyó que el citado maquinista le ofrecía nada menos que cien duros por la propiedad del drama. ¿Para qué decir que aceptó en el acto loco de júbilo? Hízose la escritura rápidamente. Tomó sus quinientas pesetas el autor, y, alegre como unas pascuas, dedicóse a pagar algunas deudas, destinando lo sobrante a comprar mucho tabaco. Para ropa no le llegó, dicho sea para mayor veracidad de esta historia. La pandilla del Café de La Iberia puso el grito en el cielo al conocer aquella venta, y uno de los poetas pertenecientes a la reunión escribió:

¡Tu razón podrá ser mucha;
pero caíste en la lucha,
respetable Zapatilla,
y al vender esa "capilla"
te has convertido en babucha!

A estos versos, tan propios de la época, contestó Marcos Zapata con estos otros:

Oye, pedazo de tal:
Cuando no se tiene un real,
desde Homero hasta Zorrilla,
no digo yo una "capilla"...;
¡se vende una catedral!

Esta respuesta fué tan decisiva, que nadie volvió a meterse con el poeta, que obtuvo con "La capilla de Lanuza" uno de los éxitos más brillantes que se registran en la historia de nuestra escena. Tan grande fué su triunfo, que la misma noche el célebre empresario Arderíus envióle un amigo para ofrecerle por la obra "todo lo que quisiera". ¡Momentos inenarrables! ¿Qué hacer, si el drama no era suyo?

Afortunadamente, el maquinista que le había comprado la obra era un hombre de bien. Dando un noble ejemplo, que ojalá que hubiera tenido imitadores entre los que viven del dolor y del trabajo de los demás, avínose a duplicar el dinero que había dado por la obra, dejando a Marcos Zapata en condiciones de hacer con "La capilla de Lanuza" lo que más le conviniera. El rasgo del maquinista fué más de admirar teniendo en cuanta que Arderíus, como señal y como anticipo de mayor cantidad, dió a Marcos Zapata mil duros la misma noche del estreno del drama.

Juan LOPEZ NUÑEZ.

¿QUE SOY YO?

¿Qué soy yo? ¿Qué es este yo? ¿Una voz, un movimiento, una apariencia, alguna idea encarnada y visualizada en el eterno entendimiento? "Cogito ergo sum". ¡Ah, pobre ser pensante, esto es muy poca cosa! Seguramente soy, y antes no era: pero ¿de dónde? ¿Cómo? ¿A qué? La respuesta está a mi alrededor, escrita en todos los colores y en todas las formas, pronunciada en todos los tonos, de júbilo y de llanto, en la armoniosa Naturaleza, que tiene mil figuras y mil voces; mas ¿dónde están los ojos y los oídos penetrantes que descifran el sentido de ese Apocalipsis escrito por Dios? Vivimos entre una interminable fantasmagoría y en la gruta de un sueño interminable, porque la más débil estrella, el signo más remoto no están cerca de sus bordes; los sonidos y muchas visiones vuelan en torno de nuestros sentidos; pero a "El", a quien no sueña y de quien son obra el sueño y el que sueña, no lo vemos; ni siquiera lo sospechamos, a no ser en algunos raros momentos en que a medias despertamos... Este sueño, este sonámbulismo, es lo que en la tierra llamamos vida; en ella, la mayoría andan despreocupados, como si distinguiesen la mano derecha de la izquierda; mas sólo son sabios los que saben que no saben nada..

Tomás CARLYLE.

Curiosidades

Se atribuye a los griegos la invención de las materias colorantes negra, blanca, roja y amarilla, que combinan para obtener diversos colores.

* * *

Entre las distintas variedades de lagarto está el lagarto verde, que alcanza a medir cuarenta centímetros de largo. Vive en la Europa Central, Oriental y Septentrional, y en la Siberia Occidental, se nutre de coleópteros, y en la estación fría se aletarga profundamente.

* * *

En la Costa de Oro, en Africa se dedica el martes a venerar al dios marino. En ese día ningún pescador trabaja.

* * *

En cada país bien organizado, las ambulancias aéreas forman parte de los equipos de las fuerzas que en el aire han de contender. Estos aparatos, van dispuestos confortablemente y dotados de motores que los permiten alcanzar gran velocidad.

Para hacerlos accesibles al mismo hospital, el doctor Alexander Selkin, del hospital Broux, de Nueva York, ha ideado una plataforma la cual permite que los aparatos lleguen al interior del hospital.

* * *

El lago más profundo que se conoce es el Baikal, en Asia, que tiene más de dos mil metros de profundidad.

* * *

Aunque se ha decidido que Jackie se retire otra vez de la pantalla, no tiene por qué preocuparle el porvenir. Tiene un estado en Los Angeles y dos estancias, valuados en dólares 1.500.000, alrededor de 300.000 libras esterlinas.

* * *

En algunos tribunales ingleses ordenaban azotar a los niños en sus casas y cada escuela elemental tenía sus correspondientes correas.

* * *

El vuelo del gorrión común es de 150 kilómetros por hora.

* * *

En el oeste de Alemania hay un ferrocarril aéreo de un sólo carril que une las ciudades de Barmen y Elberfeld. Durante una buena parte de su trayecto corre sobre un río. Lo curioso de su construcción es que los coches penden del carril por el que se deslizan las ruedas, haciendo el efecto de que van cabeza abajo

* * *

En el Museo Británico hay un almanaque que data de tres mil años. Está escrito con tinta roja sobre papiro.

* * *

El nombre de los pulpos proviene de la voz griega polypus (muchos pies), empleada por Aristóteles para designar a este animal.

* * *

De todos los cuadrúpedos conocidos, el rinoceronte es el que tiene la piel más gruesa. Es de tal espesor y resistencia, que es igualmente impenetrable para las garras de los tigres y los leones, como para las armas blancas o las balas de los fusiles de poco calibre.

* * *

En Oklahoma meridional, al nordeste de Texas, hay emanaciones naturales de gas que contienen grandes cantidades de helio.

* * *

Peces que cantan. La "dorada" manifiesta su presencia en los charcos producidos en la marea baja por una especie de gorgoteo que le ha dado el nombre de "pollo de agua". Una "ballestra" produce sonidos plañideros y melancólicos, cual el grito de una rueda de un carro. Otro pez imita admirablemente el canto de un pato hasta el punto de confundirse con él, y el atún, sacando la cabeza del agua, emite un canto parecido al llanto de un niño.

Las dos partes del pico de un loro son movibles; la mayoría de los otros pájaros pueden mover solamente una parte.

* * *

El "tar" es un rumiante de las montañas de Nepal, que puede considerarse como intermedio entre las cabras y los carneros. Es notable por su melena blanquecina.

* * *

Según las estadísticas de los comerciantes, los italianos y los negros de los Estados Unidos son los que compran más discos clásicos de fonógrafos.

* * *

El número de pelos es, con corta diferencia, el mismo de todas las razas humanas: se cuentan unos 260 por centímetro cuadrado.

AMÉRICO

(Del ambiente policial)

Por Rómulo F. Rossi.

Américo, aquel muchacho grandote y dicharachero, a quién nosotros diéramos en la escuela como apodo, el de "Américo Vespucio", dejó un buen día los bancos del templo del saber para colocarse ipso-facto, el "casco" y el "machete" policial.

En el Colegio, todos le queríamos porque era noblote, pesado para jugar y pesado también para aprender lo que se le enseñaba. Su corpulencia y sus buenos puños, jamás fueron puestos al servicio de una acción censurable. La solución de problemas, como así también las demás lecciones, él las copiaba a sus compañeros más próximos, para evitarse todo trabajo intelectual.

La transición de colegial a guardia civil, realizada" sin estación intermedia previa", no fué tampoco cosa que obligó a su meollo, a entrar en mayores reflexiones. Para él y para los suyos, estaba resuelto así su porvenir; y por lo pronto y a estar a su decir, "ya se tenía el pucherete asegurado" amén de la ropa y de algo más, que para los vicios, le aportaban manos amigas.

Su instrucción, bien rudimentaria por cierto, le bastaba para poder leer en los diarios, la crónica roja y para firmar en la lista del presupuesto policial, todos los meses, su correspondiente recibo por los consabidos veinte y tantos y centésimos de la Nación, que le corresponderían como modestísimo representante del orden público. ¿Y para qué más?

Sin mayores aspiraciones, eso le resultaba bastante para ser completamente feliz, en su vida, — libre de complicaciones mayores.

Hace pocos días, lo vimos de facción en una de las tantas esquinas de la ciudad; y después de observarlo un rato, para convencernos de que ese "agente", no era otra cosa que la encarnación de aquel "Américo Vespucio" de treinta y cinco años atrás y que tan buenos ratos nos hiciera pasar con su charla perezosa, espaciando siempre en todas sus conversaciones, de manera bien marcada, las sílabas, que salían de su boca, a golpecitos secos, — lo abordamos, alborazados, para gritarle:

—¡Américo! ¡Cómo te vá?

—¡Y co-mo quie-ren que me vaya!... nos respondió, a la vez que sus ojos relampagueaban de alegría Co-mo a pá-ja-ro bra-si-le-ro. Mucha pluma y pu-ro pi-co!!

—¡Caramba le respondimos. Vemos que continúas siendo tan cachaciento para hablar, como cuando estabas en el colegio. Dinos una cosa. ¿Cuándo, ya hombre, te ha tocado disparar... has procedido también con la misma celeridad?

¡Avisen... si soy barranca, pa que cualquier sapo me monte!... ¡Américo es muy criollo pa romper la rajada ante ningún hombre...!!

—¿Siempre de "guardia civil?"

—¡Y seguro! ¿Qué más, puedo ser? Buena ropita y con el mondongo sin languideces... ¿Se dan cuenta?... En la "olla policial hay siempre güena "tumba"...

—¿Y no te aburres, Américo? ¿No te resulta monótona la vida así?

—¡Qué me viá aburrir! Me entretengo y me rebusco a la vez.

—Explícate.

—Mi "turno" es hasta las dos de la madrugada...

—Y bien...

—Que hasta media noche, lo paso lindo, bombiando a los novios que la chamuyan en las puertas o en los balcones...

—Cada vez te entendemos menos, hermano!!

—Siempre apuraos! ¡Pucha...!! Ustedes nunca llegarán al cielo, de puro atropellaos y golosos que son!! Pongan "atención". Todos los novios hablan primero, pa comprenderse. Después, se van haciendo de confianza y... así pa delante, hasta que, pareciéndoles muy poca cosa la prosa, quieren ser más expresivos...

—¿Y?

—¡Nada!; que tocan "ataque" y yo los sigo bombiando, hasta que un buen día, o mejor dicho, una buena noche, porque todas estas cosas siempre ocurren de noche,— cuando el novio deja la paica pa la "retirada", yo me lo gano un "flanco", le hago la "venia" y le "bato" esta "retreta": Mire joven; usted me está comprometiendo con su novia. Sea más discreto, más moderado. Se lo pido como amigo porque si no me voy a ver obligado a "proceder". Tenga en cuenta, compañero, que puede pasar en esos momentos el oficial espetor, ¿sabe? y la responsabilidá es pa mí ¡palabra!... Yo he sido novio también, pero ¡qué amolar!, nunca tan intusiasmado como usted. Bueno usted me dirá al ver mi estampa: ¡Cómo será el charco, cuando un gato lo pasa al trote!... Pero créame, joven, es cuistión de temperamentos...

En resumidas cuentas, ché — que le meto unos cuantos "redobles" por el estilo y... ¡cayó piedra que daba miedo! El mozo, todo alborozao por mi güena educación, me dice agradecido, golpiándome en el hombro.

¡Ah, criollo lindo y compañero! Mire, agente: usté es de los míos. Tome, amigo, pa un atado de cigarrillos. Y d' hay pa elante, "forma" siempre. Lo mismo las novias; Me dan tantas golosinas, que a veces hasta me relajo. ¡Palabra!

—¿Y siempre te dá buen resultado ese procedimiento?

—¡Oh! Algunas veces, me falla, porque hay "endebidos" que la saben "lunga". Estos son como los teru terus, que meten bulla por un lao, pa disimular la nidada, que está en lugar más distante... Pero, los aguaito; y atropello, no erro, por más teru-terus que sean. Y como por mi cachaza no m' apuro, siempre pego...

Y así m' entretengo y me rebusco... Aura, díganme ustedes: ¿Qué va a hacer uno con una montonera de horas de "fación" por delante, sin un entretenimiento?

—¿No chupas?

—No sé beber.

—¿Fumas?

Sigún. Cuando conbidan, porque yo no gasto en vicios. Y como siempre me conbidan... "pito", pues...

—¿Y no has ascendido? ¿De chafe, nomás?

—¡Pa qué! "Escuadras" y "ginetas", me han querido dar varias veces; pero... no las he acetao, porque son pa compromiso. Con ellas, hay que reventar a los compañeros, y yo no sirvo pa eso. Y si miramos el "asenso" como negocio, tampoco me resulta, desde que como "clase" tendría que andar de "recorrida" por toda la "sesión" de pura "caballería"; y francamente no me... entretendría tampoco... No hay que meterle bulla al pescao. ¿Verdá, hermano?

—Sí; pero... ¿y la "carrera"?

—¡No me carguen las amargas que las quiero pa chorizos! Un ñandubay no sirve más que pa poste... o pa muerto. Y yo soy como el ñandubay. ¡Lástima que el oficio, pueda resultar con las cosas que están pasando, aurita candil t' apagas...

—¿Por qué?

—¡Cómo, por qué?... ¿Y los bolchevisquis, no juegan nada? ¿Se dan cuenta de lo que harían esos locos, que no quieren ni polecía ni batallones, ni menistros? ¡Si serán animales! ¡Un país sin polecía!... ¿Pero dónde se ha visto eso? Aura, en las Rusias; y así andan esos países que no se entienden!... ¿Cómo va a marchar la cosa? ¡Como bola sin manija!, ni más ni menos!! Y de acuerdo con la doctrina que traen, lo tuyo es pa mí y lo mío es pa vos. Cualquier día!...

Pero, díganme una cosa, ustedes saben que yo soy un hombre honrao, incapaz de quedarme con nada e' naides. Si llegan a "tocar diana" esos locos bolchevisquis, ¿qué hago yo?

—¡Trabajar!

—¡Trabajar, trabajar!!... Pero si yo, en toda mi vida no he "trabajao" más que de... "mata"... Esos anarquistas me van a borrar del escalafón!!. Pero también, que se acomoden; porque en la primera güelga que haiga, y nos ordenen "proceder", voy a menudiar tanta "cáscara", que más de un oprimido de esos, va a quedar con el lomo más rosao y más parejo, que talón de angelito!

¡Por esta cruz! ¡Cómo Américo que me llamo!!!

Montevideo, Setiembre de 1928—

FUENTE DE AMOR

(Del libro que con igual título aparecerá próximamente).

¡Que surja incontenible el agua pura
de mis hondos y frescos manantiales!
¡Mi fuente es milagrosa! Sus raudales
se desbordan en ríos de ternura.

Porque es fuente de amor que da ventura,
mi pecho tiene abiertos sus raudales
a las almas carentes de ideales
que no saben del mundo la hermosura.

¡Mi fuente inagotable es prodigiosa!
En las almas desiertas de calores
hace brotar jardines tropicales

si les baña su linfa rumorosa
y se eleva un cantar de ruiseñores
que remeda sus flautas de cristales.

Francisco **COSTA DOLDAN**

ANECDOTA

Al salir de la iglesia de Sanez, donde Monseñor Beauvais había predicado un sermón contra el vicio y los escándalos de la Corte, el Rey dijo al Mariscal de Richelieu:

—El predicador ha arrojado bastantes piedres en vuestro jardín.

—Señor repuso Richelieu: — ¿no habrán caído algunas en el parque de Vuestra Majestad?

Exámen de medicina

El catedrático. — Dígame, señor Barragán, ¿puede existir en el mundo seres humanos que no tengan el alma en su sitio?

El señor Barragán. — Sí, señor.

El catedrático. — ¿De manera que puede vivir una persona sin tener el alma en su sitio?

El señor Barragán. — Sí, señor.

El catedrático. — ¿Quiere explicarme ese fenómeno?

El señor Barragán. — Sí, señor. Mi padre es uno de ellos.

El catedrático. — ¡Cómo! ¿Su padre?

El señor Barragán. — Sí, señor. Hace años que a mi padre se le cayó el alma a los pies al ver lo bruto que soy y sin embargo, sigue viviendo.

La comedia del amor

Por Luis Motta

La pequeña y soñolienta ciudad, en aquella alegre tarde primaveral, resplandecía con todas sus bellezas, ignoradas para la mayoría de los turistas. La línea férrea que iba desde Milán a Venecia, era recorrida por trenes lujosísimos y veloces, que pasaban de largo por la minúscula estación que debía contentarse con que parase allí el tren correo.

Con esto, naturalmente, el comercio y la industria florecían poco en la región y la vida se desarrollaba monótona, uniforme, como si los habitantes fuesen afortunados rentistas o hacendados, sin más preocupación que las cosechas y los ganados.

Pocos y raros eran los viajeros que bajaban en la estación, y su llegada al "Ciervo de Oro", el mejor hotel de la ciudad, representaba un acontecimiento, sobre todo para el hotelero, cuyo único pasatiempo era soñar con los ojos abiertos en la futura afluencia de forasteros, o seguir con las más ardientes miradas a alguna muchacha que pasara por la acera de enfrente.

Un día, sin embargo, estuvo a punto de desmayarse de emoción. El mozo de cordel de la estación había entrado en el "Ciervo de Oro" seguido de una forastera, una mujer elegantemente puesta y de aspecto aristocrático.

—¿Qué desea la señora? — preguntó el hotelero.

—Una habitación — respondió brevemente la desconocida.

—Entendido — repuso el hombre, inclinándose.

Y dijo para sí:

—Espero que esta cliente inicie una buena serie.

La incógnita entró en el hotel al mismo tiempo que los tres jóvenes más "chic" de la ciudad, que eran en ella algo así como tres "arbitri elegantiarum".

—¿Quien será? — preguntó Folchetto della Stella, curiosamente.

—Una viajera — contestó Luciano Rúspoli.

—Se comprende, hombre — dijo Aquiles Malpieri.

—Total, que ninguno de vosotros sabe nada — agregó Folchetto — pero se lo preguntaremos al propietario del "Ciervo". El dirá si es bonita.

—Eso te lo aseguro.

—¿Cómo lo sabes?

—He visto sus ojos.

—No basta.

—Los ojos son todo.

—Son los reveladores del cuerpo.

—Veremos de qué clase será, y lo que podremos sacar en limpio. Va en ello nuestra reputación.

—Y nuestro prestigio — agregó el irascible Malpieri.

Pero la desconocida no salió de su habitación en toda la tarde y los tres amigos la esperaron en vano, retirándose casi de noche, después de haber interrogado en vano al hotelero, que no supo dar mayores detalles acerca de la viajera.

A la mañana siguiente, un hecho insólito, nuevo en los anales de la pequeña ciudad, vino a poner en conmoción a todos sus habitantes.

El "tef-tef" armonioso de un lindo automóvil, de líneas elegantes y color verde obscuro aristocrático, atrajo a puertas y ventanas a una cantidad de personas, distrayéndolas de sus tareas cotidianas.

Pero no era la novedad de la lujosa máquina lo que atraía al público, sino que el auto era conducido por una mujer joven y bella, con todo el aspecto de una "sportswoman" consumada.

Los habitantes de Micrópoli admiraron la intrepidez de la hermosa desconocida, que no vacilaba en guiar un 35 caballos por las calles amplias y soleadas.

Folchetto della Stella, que paseaba por los alrededores del "Ciervo", al verla pasar se detuvo de golpe:

—¡Es la viajera! — exclamó con aire de triunfo.

—¡Una sportswoman! — susurró Aquiles, que hacía acopio de términos deportivos.

El auto se detuvo delante del hotel y la conductora bajó.

Folchetto sacóse el sombrero, y como la incógnita sonriese, el joven se atrevió a preguntarle si le había gustado Micrópoli y si permanecería allí por mucho tiempo. Entretanto, Aquiles y Luciano observaban la máquina, dándose aires de conocedores, mientras en las puertas de sus respectivas casas, las esposas del droguero, del zapatero, del sastre, etc., etc., comentaban con la familia la desvergüenza de aquella muchacha que no vacilaba en entablar conversación con un tipo tan audaz como Folchetto della Stella.

El coloquio, entretanto, se hizo animado y versó sobre el automóvil, que se presentaba digno de la mayor consideración, por su precio muy bajo, comparado con el de otras marcas, y su velocidad y resistencia.

La bella desconocida, que se presentó bajo el nombre de Clara Willy, norteamericana, pero que hablaba muy bien el italiano, propuso a los jóvenes hacer un pequeño paseo.

Es de imaginarse la alegría de estos ante la inesperada invitación. Subieron al auto y la bella conductora hizo marchar el vehículo a toda velocidad suscitando los agrios reproches de los Catones, solteronas y madres de la pequeña ciudad.

Al anochecer, volvieron al "Ciervo de Oro" y "Folchetto della Stella, al bajar del auto, no pudo menos que pedir a Clara si le concedía una entrevista para el día siguiente.

Estaba entusiasmado con el encanto de los ojos luminosos, la boca fresca y roja de la muchacha, lo mismo que con su admirable sangre fría al manejar el auto.

Clara concedió de buen grado la entrevista, y le pareció a Folchetto que el cielo se abría para él, mostrándole inesperados goces.

Al otro día, Folchetto llegó al "Ciervo de Oro" hecho un "dandy"; pero un poco temeroso; pues a pesar de su fama de Don Juan nunca había tratado con una mujer así.

Clara se presentó más bella, si cabe, que la tarde anterior, exhalando de sus ropas un perfume delicioso.

—¡No se la puede comparar con ninguna de las mujeres de Micrópoli!—pensó Folchetto.

Y mientras hablaba con la muchacha, se sentía como en un ensueño dulcísimo.

Quería decir: "¡Te amo!"; pero no se atrevía.

Aquella mujer misteriosa había ligado su voluntad, impidiéndole hablar y haciendo que su corazón latiese más fuerte que nunca.

Si lo hubieran visto Aquiles y Luciano, ¡como se habrían reído!... Su fama de conquistador iba a naufragar miserablemente, después de haber apostado con sus compañeros a que conquistaría a Clara en ocho días.

Al fin se armó de valor y declaró a Clara los sentimientos que henchían su corazón.

La incógnita sonrió y dijo:

—¿Es usted "sportsman"?

—No... ¿Por qué?

—Porque nosotras, las yanquis, somos deportistas de raza, y no podemos ser novias o esposas de los que no tengan nuestras aficiones y compartan nuestros gustos.

—Yo seré capaz de hacer todo cuanto usted quiera — dijo Folchetto, entusiasmado — ¡Me convertiré en un verdadero deportista!

—Pues bien: tome un auto y vaya por las calles amplias, respirando a plenos pulmones el aire puro; embriáguese con la velocidad vertiginosa, conviértase en un hombre de acción; un "sportsman", en el verdadero sentido de la palabra, y después... hablare-

LA SOLEDAD

Irás, ¡oh, dama doliente!
esta noche, por el páramo,
con tus dos graves lebreles,
el Silencio y el Espanto.

La sombra de tus crespones
dejará un oscuro rastro.
Te seguirán taciturnos
los lebreles, olfateando.

Y si llegas, ¡oh doliente
señora! al negro palacio
donde el insomne Recuerdo
suspira por tu regazo,

vagas músicas remotas
despertarán al Pasado
y sus cien ojos abiertos
alumbrarán el palacio.

Mas al compartir el lecho
del amante iluminado...
¡cuida que no te devoren
tus lebreles en sus brazos!

Rafael Alberto ARRIETA

mos. ¡Quién sabe!... Tal vez podría iniciar en Micrópoli mi primera página de amor.

Folchetto no se atrevió a insistir. Miró a Clara, y ésta sonrió de un modo capaz de conquistar al peor de los tiranos.

Aquello le pareció una promesa y se alejó dispuesto a cumplirla, y, por lo tanto, alcanzar su sueño dorado.

* * *

—Quince mil francos o algo más —pensaba Folchetto, sentado en un cómodo sillón de su escritorio. — Esto es lo que cuesta un automóvil semejante al de Clara, según me ha dicho ella. ¡Quince mil francos!... ¡Phs!... No está mal: con ese dinero consigo a la vez un lindo automóvil y una mujer millonaria, de la que estoy enamorado perdidamente Me costarán baratas la felicidad y la riqueza. No hay vuelta que darle; he nacido con buena estrella.

Y Folchetto, hojeando los catálogos que le había dado Clara Wally, ordenó por carta al representante de aquella marca de automóviles, que le enviase una igual a la de la muchacha.

Quince días después se había convertido en un "chauffeur" óptimo, y su auto corría velozmente por las calles de Micrópoli, suscitando comentarios envidiosos y malignos.

Pero cuando pidió la mano de Clara, ésta se disculpó diciendo que por el momento no podía darle ninguna respuesta, esperando resolver de un momento a otro ciertos asuntos de capital importancia.

Entretanto, Luciano y Aquiles, contentísimos con la derrota del amigo, apostaron a su vez que conquistarían a Clara y por amor a ésta se armaron, no de lanza y escudo, sino de un automóvil, y Micrópoli se vió aturdida por los toques de bocina de los tres automovilistas.

La fama de las riquezas de Clara corrió por la región, y su belleza atrajo al "Ciervo de Oro", con inmensa alegría del patrón, a todos los notables de la ciudad.

Hasta el viejo síndico sintió florecer de nuevo su primavera y convirtióse en "chauffeur", lo mismo que los consejeros municipales; y, por consecuencia, Micrópoli se convirtió en un verdadero centro del automovilismo.

Uno solo resistía aún y era el propietario del "Ciervo de Oro".

Parecía que la belleza de Clara no hubiera hecho efecto sobre él, e irónicamente amable atendía a los numerosos automovilistas que hacían frecuentes visitas al hotel.

Pero, si no la belleza, la fama de los millones de Clara acabó por conmover el corazón de aquel Shylock.

Acarició la idea de instalar un suntuoso hotel en Micrópoli, hacer de la pequeña ciudad una estación climatérica, a la que acudiese la sociedad elegante de todo el mundo. Y entonces habló a Clara, proponiéndole un casamiento razonable.

Pero la sirena contestó fríamente:

—Conviértase en un deportista y después... veremos.

El viejo hotelero, preso en las redes, encargó un automóvil espléndido igual al de Clara, y al poco tiempo dijo a Clara con gran misterio:

—También yo soy automovilista.

—Me alegro mucho — repuso la joven. — Tal vez sea usted el afortunado.

El hotelero estaba en el quinto cielo, creyéndose ya el vencedor de todos sus odiados rivales.

Una noche, el hotelero y todos los admiradores de Clara la esperaron en vano en el "Ciervo de Oro". El presentimiento de alguna desgracia ensombrecía el pensamiento de cada uno mientras permanecían silenciosos en el gran salón de la planta baja.

—¿Le habrá ocurrido algún accidente? — murmuró Folchetto.

—¡Dios no lo quiera! — contestó Rúspoli.

—¡Sería algo horrible! — agregó el hotelero, que temblaba ante la idea de ver desvanecerse su sueño.

—A esta hora siempre está de regreso — objetó Aquiles.

La noche envolvía ya con sus velos obscuros el campo; cantaban los grillos y brillaba la luna llena.

Todos los jóvenes salieron con sus autos a efectuar una búsqueda por los alrededores, con los fanales encendidos.

Pronto corrió la voz de que Clara había desaparecido; e hiciéronse toda clase de comentarios, muchos, gozosos por verse libre al fin Micrópoli de aquella Circe, que los traía a mal traer con sus hechizos.

Toda la noche duró la búsqueda, pero en vano. La misteriosa mujer no había dejado ninguna huella.

Cuando el despecho y la angustia habían anidado ya en el corazón de los enamorados y pensaban, desolados, en los hermosos días transcurridos, llegó a cada uno un billetito que olía a resedá, el perfume favorito de Clara.

Abierto el billete, leyeron lo siguiente:

Señor: La casa J. P. Wilwit ha vendido ocho automóviles en Micrópoli, que se ha convertido, gracias a ustedes y en razón de sus pocos habitantes, en el mayor centro automovilístico de Italia. Muchas gracias y atentos saludos.

CLARA WILLY.

Representante de la Casa J. P. Wilwit.

Una historia de la vida real

Alejandro Dumas (hijo) tomó el carácter de su heroína de una muchacha de Normandía, llamada Marie Duplesis. A los diez y ocho años esa joven deslumbraba a París por su encanto seductor y su delicada belleza. Sólo vivió veinticuatro años, falleciendo de consunción en su departamento de París, que todavía existe en el bulevard, frente a la iglesia de la Magdalena.

Por haberse enamorado de ella, Dumas fué enviado a España por su padre. Cuando volvió a París fué directamente a su casa, sólo para encontrarse con que había muerto tres días antes de su llegada. Fué inspirado en su carácter y en su temperamento que escribió su más famosa novela, en tres semanas.

EL CAZADOR DE ELEFANTES

Por Arkady Avertchenko

Me hallaba sentado en un café, cuando llegaron a mis oídos las palabras más extraordinarias que se hayan jamás pronunciado en la tierra.

—Cuando cazaba yo elefantes en América del Sur...

Arrojé una mirada por encima del diván: un joven insípido y rubio peroraba inclinado hacia dos encantadoras personas que lo escuchaban con la boca abierta. ¡Deliciosas boquitas rosadas!

—Debo decirles que los elefantes americanos se distinguen por su temible ferocidad...

No pude contenerme. Me levanté, me acerqué al grupo y, excusándome cortésmente con las señoras, abordé al mozo:

—Usted miente — le dije, — midiéndole con mi mirada franca—, y no puedo consentirlo.

El joven se sobresaltó y un relámpago pasó por sus ojos.

—¡Señor! ¡Me dará usted explicaciones!

—Con mucho gusto. Pero... acaba usted de mentir a estas damas.

—Este joven nos contaba únicamente — intervino una de ellas — sus proezas en América como cazador de elefantes.

—Señora... es que sucede que en América no hay elefantes. Estos no habitan más que en Africa y Asia.

—¿Sí? ¿Entonces cómo puede contar este señor que ha matado cuatro en América?

—Está muy claro: ¡Miente!

—¡Caballero! — exclamó el joven con gran coraje—. ¡Me dará usted explicaciones!

—Cuando quiera. Mas eso no probará que los elefantes habiten en América.

Una de las señoritas se echó a reir. Su acompañante sintióse por ello tan vejado que, rojo de cólera, volvióse hacia mí:

—Espero que habrá comprendido señor...

—¿Un duelo? A sus órdenes. Deme usted su tarjeta.

Fúnebre, buscó en su cartera y, con gesto de espadachín, me tendió una cartulina.

Nos inclinamos ceremoniosamente, y yo salí.

* * *

A las siete ya estaba yo sobre el terreno, rodeado de mis padrinos y el médico. Al cabo de diez minutos, el coche de mi adversario apareció a lo lejos.

Mis padrinos lo abordaron, hablaron con los suyos y, después de medir la distancia, nos entregaron las pistolas.

Como sucede siempre, sea por delicadeza, sea por desprecio al enemigo, afectamos mi rival y yo no reparar uno en el otro.

Nos colocaron cara a cara. Yo levanté mi pistola, apunté y de pronto... la dejé caer, estupefacto, anonadado por asombro.

—¡Escuchad! — grité a mis padrinos—. ¿Es este el mismo?

—¿El mismo qué?

—El mismo adversario; el que fueron ustedes a desafiar.

—Naturalmente. ¿Quién había de ser? Fuimos a buscarlo a las señas que ponía la tarjeta...

—¡Pero si este señor es moreno, mientras el que me provocó era rubio!

Una conversación análoga tenía lugar del otro grupo.

—¡Qué demonio!... — oímos gritar a mi adversario — ¿Quién es ese tío? Lo veo por primera vez.

Mis padrinos se indignaron.

—¡Perdón!... Pero fué con usted mismo con quien discutimos ayer! Y usted nos dió su consentimiento.

—Lo dí porque yo creía que venían enviados por el individuo que me había provocado. Pero contra ese individuo no tengo nada que hacer. ¡Si hasta tiene para mí un aire bastante simpático! Buenos días, señor. ¿Cómo está usted?

—Buenos días, señor — respondí, dándole la mano—. Diga, pues... ¿Esta tarjeta es realmente suya?

—Sí, señor. Se la di a ese rubio que...

—¡Espere usted! — exclamé lleno de gozo—. ¿Un jovencito rubio, anémico, con ojos de besugo, mentiroso a más no poder?

—El mismo. Aseguraba delante de mí que había estado casado con Sara Bernhardt y que a causa de él, por celos, se había cortado la pierna. Entonces yo le agarré por las solapas y...

—Yo lo apostrofé a propósito de elefantes. ¡Aseguraba haber cazado varios en América del Sur!

Empeñóse la conversación y regresamos a la ciudad, muy amigos. Comimos juntos y resolvimos dar una vuelta.

. . . .

Mi nuevo amigo, de repente, me tiró de la manga.

—¡Ahí está!

—¿Quién?

—El marido de Sara Bernhardt, el cazador de elefantes. Ahí, delante de nosotros con una señorita.

Los alcanzamos y prestamos oído a su conversación:

—Mire usted, señora, para los duelos no temo a nadie. Pero los hombres, ¡ay!, se han vuelto tan flojos... En el transcurso de estos tres últimos días, por ejemplo, he tenido dos provocaciones. Pues bien, ni el uno ni el otro me han enviado todavía sus padrinos. Han tenido miedo. ¡Ja, ja!... Y yo, ingenuo como soy, no me he movido de casa. Los esperaba siempre. He aquí, pensaba, dos pistoletazos a lo menos para calmar mi sed de aventuras. Pues, en general, amo las sensaciones fuertes. Figúrese usted que un día en Italia estaba yo atravesando a nado las cataratas del Niágara...

Estallamos a carcajadas y dimos media vuelta, alejándonos.

La faz subjetiva del Presidente de la Nación, Dr. Marcelo T. de Alvear y sus inspiraciones de gobernante

Llegar a la primera magistratura del país, la más alta función pública, es colocarse en la prueba de fuego para los hombres. Allí queda el alma del gobernante como en una mesa de disección, extendida y abierta en cada una de sus partes y fijadas como en placas de laboratorio las virtudes, los defectos, la idiosincrasia, las pasiones y el cerebro del mismo. Vive el Presidente como en una vitrina enorme contemplada por toda la población. Los menores actos son objeto del comentario colectivo. Pero no por todos ni quizá por la época es vista su figura. La mayoría de las veces es la posteridad quien con análisis sereno examina las piezas que han estado expuestas y las ve tal cuales son y entonces surge justa la apreciación y el juicio definitivo y valedero. La obra, incomprendida, cuando no malograda por la oposición política, los anhelos nobles confundidos, negativamente interpretados, y transformados en centros de ataque de los insatisfechos en deseos inconfesables Todas trabas al gobierno.

El Presidente de la República debe ser estadista, sociólogo, educador, jurista, diplomático y político. Los que han sido caudillos, han contado con la multitud que ha vitoreado su nombre, pero si no han poseído las condiciones antedichas su obra ha sido deficiente o nula, y los otros sin la simpatía del ágora han vegetado con hermosos enunciados que pocas veces han alcanzado la realidad. Es indispensable llegar al corazón del pueblo para gobernar con éxito y emplear asimismo la sutileza maquiavélica, talento e ideal humano.

Por eso Rivadavia fracasó, como tantos otros ilustres patricios. Todo esto aparece en nuestra mente al llegar a las antesalas de la Presidencia. El ciudadano que inviste el poder que inaugurase "el más grande hombre civil de la tierra de los argentinos" atiende al ingeniero Luiggi, luego departe con el embajador de Maeztu, ahora nos toca el turno. Franca, llana y cordialmente recibe nuestra visita el Dr. Alvear.

—¿De qué puedo hablarles?

—Hay en la vida de un Presidente aspectos sugestivos, llenos de emoción, sabores espirituales que no llegan al pueblo, velos de intimidad que cubren la elaboración de las obras. La palabra del primer mandatario siempre interesa a todos. Su pensamiento contenido y expresado por ésta, tiende puente comunicativo entre pueblo y autoridades y ello significa importancia fundamental para el Estado, pues establece comprensión de aspiraciones, conocimiento recíproco y base de colaboración popular en la labor gubernativa.



El excelentísimo señor Presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, en su despacho oficial de la Casa de gobierno.

—Los periodistas siempre en la brecha, incansables y entusiastas.

—Con la intensidad que reclama la vida de una nación como la nuestra, al ritmo de su espíritu.

El Dr. Alvear sonríe, asintiendo.

—Pero reportaje no, conversaremos, con mucho gusto, pero no deseo reportaje.

—¿Se acuerda de la jornada del Himno?

La faz del mandatario se ilumina. Levanta su brazo en un gesto elocuente y exclama con acento que revela energía y convicción.

—Me atacaban porque creían que no respetaba la tradición gloriosa, de la música de Parera. ¿Cómo yo, nieto del general Alvear, iba a traicionar la herencia de oro de nuestros mayores?

—No podía borrar con tintas contemporáneas el himno que cantara su grande antepasado con tanto ardor en Montevideo y en Ituzaingó.

—Había una anarquía de versiones. Era necesario oficializar una. No se comprendió el propósito del gobierno y la política intervino produciendo efervescencia entre la multitud. Recientemente, la comisión encargada por el P. E. de estudiar el asunto dictaminado que la versión de Esnaola recoge la tradición y yo he suscrito en estos días un decreto que deja sin efecto el anterior quedando aclarado y ordenado el punto, disolviéndose un caos que durante muchos años preocupó a músicos, escolares y pueblo, que no sabían cuál era la verdadera versión del Himno.

—La política no llegó a los jóvenes si es que intervino y El Comité Juvenil Tradicionalista que dió una pauta a seguir organizó un acto de desagravio al Presidente ofendido sin causa, mientras juraba no cantar nunca otro himno que no fuese el verdadero y exhortaba a pedir su mantenimiento dentro de la cultura y altivez concordante con la armonía con que sus estrofas encienden las almas.

Marcelo Torcuato de Alvear posee, ante todo, un rasgo que lo caracteriza: su espontaneidad. Sumemos la franqueza y la naturalidad de su palabra, escueta y sin ropajes. Posee alma de adolescente, energías vibrantes, carácter de una pieza, emotividad, inspiraciones de soñador. Su actuación en el gobierno, que no juzgaremos hoy porque no es oportunidad, reflejará un fondo bueno.

Llega el Dr. Tamborini, digno colaborador en su gestión, inteligente secretario de Estado, y somete al Presidente algunos asuntos.

—Aquí hay un decreto que me ha preocupado un buen tiempo.

—Causado vigilias quizá.

—En verdad, desvelado, como algunos otros que pasan sin que nadie se entere de ellos ni de su gestación y que, no obstante, entre sus líneas, aprisiona muchas meditaciones.

—Quisiéramos que nos diga su opinión sobre el periodismo; lo que tiene de bueno y de malo, visto, sobre todo, desde la altura del poder y en relación con él.

—Prescindiré de detalles para manifestarles en lo que estimo la honda misión que desenvuelve la prensa, practicada con sano norte. Entiendo, que debe ayudarse y contribuir al periodismo, en todo terreno, por la austera función que ejercita.

Para FRAY MOCHO mi saludo y mi simpatía.

Roque CEPEDA VERON

El periodismo en sus múltiples fases y diversas formas, desarrolla en la vida moderna una misión moral de singular trascendencia. Además de la contribución que presta al desenvolvimiento de la cultura general, ejercita, respecto de los gobiernos, una función de fiscalización, de interés muy necesario y cuya utilidad para la elevación moral de la democracia es tanto mayor cuanto más sincero y probo es el criterio con que esa función se realiza.

M. T. de Alvear

Septiembre 1928.

La inauguración del nuevo edificio para Correos y Telégrafos marca un notable jalón de progreso argentino.

Después de treinta y nueve años de trabajos y espera interminable, el pueblo de Buenos Aires ha experimentado una de las más íntimas complacencias al asistir a la inauguración del grandioso edificio para Correos y Telégrafos de la Nación.

El señor Ministro de Obras Públicas, encargado de la cartera de Justicia e Instrucción Pública, Dr. D. Roberto M. Ortiz, pronunció un brillante discurso en la ceremonia respectiva, destacando el significado del acto para la cultura y la civilización.

Creímos oportuno entrevistarlo y al objeto lo visitamos en su despacho oficial del Ministerio donde nos atendió con su habitual deferencia.

—Era de urgente necesidad habilitar de una vez la casa para que personal y público pudiesen desarrollar cómoda y gratamente sus actividades concernientes a las comunicaciones.

—El edificio ocupado hasta hace unos días, ya ruinoso, parecía un viejo oratorio por sus escaleras de mármol desgastadas por el uso, por donde habían pasado millares de peregrinos.

—Uno de los últimos actos de este gobierno que termina, ha sido la toma de posesión de ese monumento arquitectónico que servirá para generaciones futuras, sorprendiendo a propios y extraños con su amplitud y esplendor. Con el Presidente de la Nación, doctor Marcelo T. de Alvear, su esposa, y el Ministro del Interior, Dr. José P. Tamborini y otras autoridades y la población que invadió las dependencias del edificio realizamos ese acto de gran importancia para el futuro. En un índice de nuestra importancia que señala la grandeza de esa institución del país ante el mundo y que nos reportará visible beneficio.

La visión de Luca, no habría forjado quizá una maravilla de adelanto semejante que llegaría a hallarse en consonancia con nuestro creciente adelanto y se transformara por consiguiente en una necesidad imperiosa. Le ha tocado al doctor Arturo Goyeneche, el hidalgo caballero de sangre euskalduna y alma criolla, la grata tarea de presidir el acto que ha revestido caracteres ampliamente populares. Porque la repartición ha sido inaugurada por el pueblo de la metrópoli que se volcó entero en las amplias salas y corredores del nuevo palacio, demostrando su adhesión y consagrando con su presencia la nueva conquista en el campo del progreso. Vélez Sársfield, a quien se debe el Telégrafo de la Nación, habría gozado ese día una de las más caras emociones de su existencia.

R. C. V.



Doctor Roberto M. Ortíz, ministro de Obras Públicas de la Nación

Ministerio de Obras Públicas de la Nación

Para acelerar el proceso de la evolución económica que se opera en el país, de una forma simple a otro estado más complejo - tendiente a dar impulso a las fuerzas vitales de la Nación - es menester el desarrollo de tres poderosos instrumentos: caminos, rieles y puertos. A su realización he consagrado todos mis esfuerzos como hombre de gobierno.

Buenos Aires, 18 de Setiembre de 1928.

Al iniciar las tareas ministeriales, el Dr. Roberto M. Ortíz designó su colaborador al Dr. Nereo Giménez Melo, confiando a su inteligencia y a su extraordinario dinamismo la Subsecretaría del Ministerio de Obras Públicas.

El acierto de tal medida está concretado en la amplia labor de ese funcionario que llevó a las nuevas tareas la experiencia adquirida en otras actividades administrativas.

Hombre joven, su disciplina mental lo impulsó a experimentar sus aptitudes en diversos órdenes, y el éxito consagró brillantemente, en todos los casos, sus esfuerzos.

Al terminar los estudios preparatorios, atraído por una vocación intensa, ingresó a la Escuela Naval, distinguiéndose por su espíritu militar, por su constancia y su carácter, mereciendo por ello la más alta recompensa, o sea, el honor de llevar la bandera del Cuerpo de Aspirantes.

Egresado ya como oficial, fué designado para dictar una cátedra en el mismo establecimiento, habiendo desempeñado también el puesto de ayudante de la Dirección.

A consecuencia de un accidente en actos de servicio vióse obligado a retirarse de la Armada haciéndolo con el grado de Teniente de Fragata, interrumpiendo una carrera iniciada bajo los más brillantes auspicios.

Buscando nuevos horizontes, cursó en la Facultad de Derecho de Buenos Aires la carrera Diplomática obteniendo al finalizarla el Diploma de Honor por corresponderle las más altas clasificaciones de su curso. Dos años después finalizaba en la Universidad Nacional de La Plata los estudios de abogado con brillantes notas.

El Dr. Arturo Goyeneche recabó su concurso cuando desempeñaba la Presidencia de la Cámara de Diputados confiándole la Secretaría de la misma, siendo confirmado en dicho puesto por El Dr. Mario Guido en el período siguiente.

En 1924, el Dr. Ortíz, al asumir la Administración General de Impuestos Internos, conociendo sus cualidades, lo nombró Secretario de la referida repartición.

Su labor múltiple y su amplia preparación, se han puesto de manifiesto también en la docencia, dictando en la actualidad una cátedra de geografía en el Colegio Nacional Nicolás Avellaneda.

Como Subsecretario de Obras Públicas, ha vinculado su nombre y su probidad intelectual a la obra fecunda y perdurable que realizara en esa Secretaría de Estado el doctor Roberto M. Ortíz.



Doctor Nereo Giménez Melo, subsecretario del Ministerio de Obras Públicas de la Nación.



Dr. Arturo Goyeneche, director general de Correos y Telégrafos

El Director General de Correos y Telégrafos — Septiembre 28/928

Era de urgente necesidad proporcionar al meritorio personal de Correos y Telégrafos un local de trabajo confortable é higiénico. La inauguración del nuevo edificio constituye una de mis más grandes satisfacciones como Director General de Correos y Telégrafos de la Nación.

Arturo Goyeneche





El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear y su señora esposa, acompañados de los ministros de Obras Públicas, Interior y Agricultura, doctores Roberto M. Ortíz y José P. Tamborini, e ingeniero Emilio Mihura, respectivamente, del director general de Correos y Telégrafos, doctor Arturo Goyeneche y de otros altos funcionarios, durante el acto inaugural del nuevo edificio destinado a dicha repartición pública.







Vista exterior del magnífico palacio edificado en la manzana comprendida por las calles Corrientes, Leandro N. Alem, Sarmiento y Buchardo, destinado a las dependencias del servicio de Correos y Telégrafos de la nación, recientemente librado al público.



El tambor del tío Gil

Por Alejandro Larrubiera

Para tío Gil, el tamborillero, había llegado el plazo fatal de pagar la deuda que todos contraemos al nacer. El buen hombre se iba por la posta. Así lo afirmaba grave y solemne don Cleóbulo, el médico, a los parientes que ocupaban la casona propiedad del tamborilero.

A tío Gil no le tenían cariño, porque él vivió a sus anchas, lejos de los suyos, sin otro afecto y otro cuidado que el de Lúcas, un muchacho que él recogió, de no se sabe dónde, y el cuál, andando el tiempo, fué para el pobre viejo, amigo, criado, guía y consejero fidelísimo y amante.

A medida que transcurrieron los años, fué en progresión creciente la tierna amistad del viejo y del joven, y el que no supiera la caritativa acción de tío Gil y los viera en romerías, fiestas y holgorios, los creería, padre e hijo, impresionado por la cariñosa solicitud con que se atendían y ayudaban en el alegre oficio suyo de tamborileros: últimamente tío Gil, apenas si daba un redoble en el tambor, que por espacio de medio siglo le había ayudado a vivir: Lúcas era el que le hacía hablar con maestría solo comparable a la de su protector.

Entre ojos y clavada como espina en sus mezquinos corazones tenían los parientes la protección que el viejo dispensaba al joven, y aun murmuraban entre sí que aquella pararía en algún testamento por lo cual haríase Lucas dueño de la poca o mucha hacienda de tío Gil.

Por eso puede afirmarse que el rostro de los parientes, en el desesperado caso en que se encontraba el tamborilero, atacado de una hemiplejia, más que el dolor, reflejaba una mortal incertidumbre: la de saber si el buen hombre confirmaría o no esas ruines sospechas: el único sinceramente acongojado y lloroso, el único que en sus continuas entradas a la alcoba del enfermo pedía a Dios, a la Virgen y a todos los santos con honda emoción que tío Gil no abandonara este mundo, era Lúcas: al pobre muchacho podía ahogársele con un cabello, y más vale que su aflición le nublara los ojos para ahorrarse las miradas y las muecas de aquellos egoístas lugareños, que no se recataban del advenedizo, como ellos decían, para expresarle su odio feroz.

D. Ciríaco, el párroco, había entrado en la alcoba para cumplir con sus sagrados menesteres cerca de aquella alma pronta a abandonar la mísera carne del cuerpo, y cuentan que el bueno del cura al ver que a la cabecera del lecho colgaba el tambor como recuerdo glorioso, torció el gesto, y llevado de su celo como sacerdote, tendió la mano para descolgar aquella cosa que, en tan críticas circunstancias, tenía él por irreverente y fuera de lugar. Pero tío Gil, haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, gruñó fieramente, y ya que no podía mover los brazos ni la lengua, reflejó en su mirada una enérgica protesta, con lo que D. Ciriaco paró en su acción algo confuso, y acercándose al viejo, pudo leer en sus ojos suprema complacencia...

Ya se tenía tragado tío Gil que aquel día sería el postrero suyo, y en el mundo de recuerdos que acudían en tropel a su mente, el tambor era, sin duda, para el pobre viejo, lo que la bandera para el soldado, la reliquia para el religioso, el hijo para la madre.

Salió D. Ciriaco de la habitación y pocos instantes después resonaron en la alcoba los ruídosos llantos de los deudos y los comprimidos sollozos del inconsolable Lúcas.

* * *

Ya en la esmeralda de los prados destácanse, como inquietos rubies, las tembladoras amapolas; ya resuenan en los valles los sones alegres del tamboril y de la dulzaina; es la época consagrada a festejos y romerías, y todo es júbilo, danzas y cantos, en la región montañosa.

De feria en feria y de romería en romería va Lúcas con su tambor a cuestas, y en todas partes es esperado con impaciencia por la gente moza, y en todas partes le reciben con alborozo, le miman, le agasajan y aplauden... Y sin embargo, quien tanta alegría esparce en torno suyo, anda tristón porque dos amarguran llenan su alma: una es la pérdida de su maestro, hondamente sentida; y otra, la más punzadora y cruel, que le roba el humor trayéndole inquieto y pensativo, es el ver a punto de naufragar la esperanza más venturosa que germinó jamás en su existencia.

Antes de que tío Gil pasara a mejor vida, quiso el loco amor que Lúcas pusiera sus ojos en Nela, la hija de tío Torrezno; la moza bien valía los suspiros hondos y las melancólicas miradas que al galán le costaba contemplar su cara de rosa, su talle flexible, su busto de armónicas y esculturales líneas y otras partes no menos ponderativas. Nela no le oyó como quien oye llover, sino muy atenta y emocionada, que a ella tampoco le parecía saco de patatas el airoso gavilán que pretendía llevársela del nido paterno... El padre de la moza era tenido en el lugar por hombre adinerado y harto ambicioso de acrecentarlo..., pero Lúcas, gentil mozo si era, de natural dispuesto y trabajador..., pero no tenía un centavo. Esta suprema razón que tantas desdichas ocasiona, ensombrecía el idilio de los novios, si bien alentábales la esperanza de que tío Gil los sacaría del atolladero, porque nadie mejor que él podía acercarse a tío Torrezno, su pariente, y contratar con su más y su menos la boda. Pero tío Gil se despidió en mal hora de este mundo y dejó a los chicos terriblemente chasqueados.

Presumió Lúcas que acaso su protector habríase acordado de él en su testamento; otra esperanza desvanecida: tío Gil había muerto "abintestato", y por consiguiente, según la ley, entraron a heredarle los suyos, los de su sangre; y el predilecto de su alma, el que él recogió de chiquito y crió como a hijo propio, quedóse lindamente en la calle con lo puesto... y con el tambor de tío Gil, que el mismo tío Torrezno hubo de darle con socarronería de palurdo, diciéndole:

—¡Ahí tienes esa joya, hombre! Con ella se ganó la vida el pobre Gil..., y tú harás lo mismo, que bien sabes repiquetearle.

* * *

Apremiado por Nela y más aún por su penosa incertidumbre, Lúcas se decidió a hablar "claro" a tío Torrezno. Escuchóle el hombre sin pestañear, sin que una réplica saliera de sus labios; en su rostro vagaba una sonrisita capaz de helar el ánimo al más arrojado pretendiente. Al fin de la trabajosa relación de Lúcas, que discurseaba un poco mejor que un nogal, díjole el tío Torrezno con su sonrisita:

—Está muy bien cuanto acabas de decirme y fuera yo mal educado si no te agradeciese lo mucho bueno que al respective de la mía Nela has parlao; pero, hijito, una cosa es ser agradecío y otra es ser padre... Mejor que a nadie te daría yo la chica... y muy honrao, eso sí, porque tú, dicho sea sin alabancia, eres un hombre de bien y a carta cabal; pero el caso es..., el caso es...

Detúvose tío Torrezno como si no atinara a concluir la frase iniciada; en realidad, no se le ocurrían palabras que mitigaran el amargor de su repulsa.

- El caso es, — prosiguió al fin, — que yo quiero para la mi Nela un hombre así, de tus prendas, pero que me traiga en los bolsillos algo que suene y que ayude a llevar la carga... Los tiempos están cada vez más rematadamente "de" malos... Yo..., yo no tengo más que cuatro terrones..., con los que no saco ni para pagar la contribución... Bueno es quererse, pero el día en que no haya un centavo, no váis a llenar la olla con vuestro cariño... Y no quiero que mi hija se vea en tales apuros..., y... ya me tiendes, hombre, ya me entiendes... Con "fantesías" del querer no se vive... El día que me traigas algunos pesos, entonces sí, muy bien, si es que la mi chica te aguarda, que, para mí, que no te aguarda.

Acabó ahí tío Torrezno, y Lúcas, después de balbucear palabras sin sentido, fuése renegando de su pobreza, de su negra suerte, de la avaricia de los padres y de la hora en que se le ocurrió hablar a aquel demonio de viejo que llamaba "fantesía" al cariño inmensísimo que él tenía por Nela.

Yo no conozco al diablo; pero debe de ser, hipotéticamente hablando, el más peligroso y divertido de los enredadores, que se goza en preparar sorpresas estupendas a los mortales. Digo esto porque Lúcas, desde que oyó de labios de tío Torrezno la repulsa que le alejaba de su ídolo, andaba con un humor de condenado, una excitabilidad nerviosa propia de niña mimada y el rostro hecho un puro vinagre... Para que el contraste fuera más irónico, el mozo tenía que estar tocando el tambor en las fiestas divirtiendo a los romeros.

Repicaba fuerte, y a veces, olvidándose de que el parche no era la cabeza del tío Torrezno, atizaba un redoble que parecía cosa de milagro que la piel no saltase... En una de éstas, los palillos coláronse en la caja a través del parche, que se rompió violentamente por la mitad. Lúcas, por primera vez en su vida, soltó un terno de los más enérgicos y dió por terminada su misión en el baile: era preciso recomponer el instrumento echándole piel nueva. Y con él a cuestas emprendió el regreso a su aldea, y en el camino dió de manos a boca con el odiado tío Torrezno y con su adorada hija.

—¡Qué!, — hubo de preguntarle el viejo, admirado de verle retornar en plena tarde, — ¿no tocas hoy en Villasuso?

—De allá vengo, — gruñó Lúcas, más atento a Nela que a su interlocutor.

—¿No hay baile?, — insistió éste.

—Sí, baile si hay, lo que no hay es tambor: se me acaba de romper el parche.

—Lo siento, hombre, lo siento, porque el tamborcito ese es una alhaja... ¡Ea, adiós, que vamos a la romería!...
ría!...

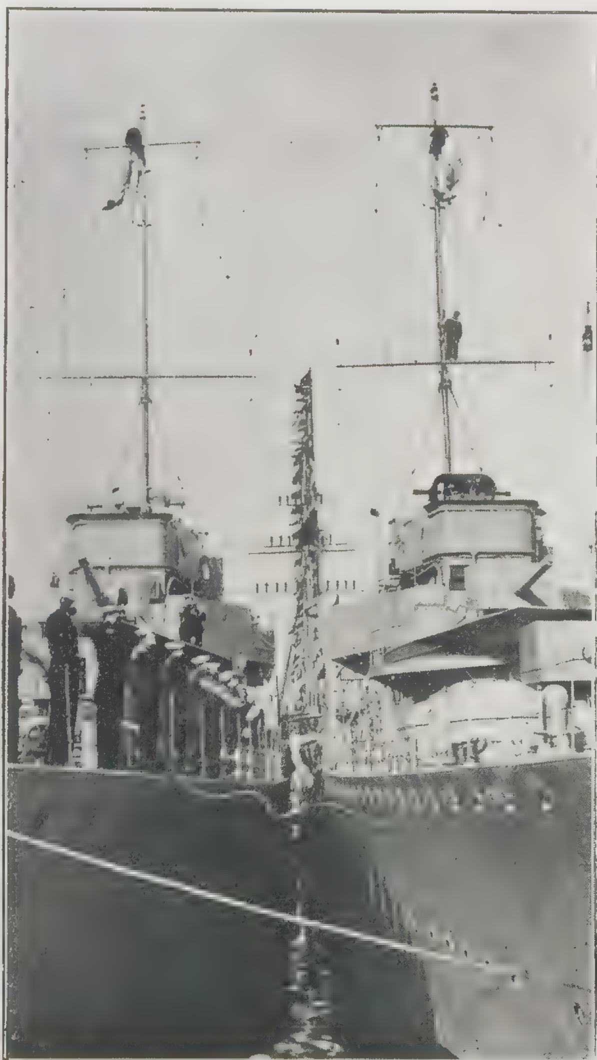
Refunfuñó el mozo un "¡Maldita sea tu estampa", dirigió a su novia una mirada intraducible y reanudó su viaje.

Dirás, lector, si eres impaciente, que no atinas por qué más arriba he sacado a relucir al diablo, cuando cosa de tan poca substancia va sucediéndose en esta vulgarísima historia. La diablura entra ahora, y es que al llegar a su casa el tamborilero y poner sobre una silla el maltrecho tambor, advirtió sorprendido que por la parte interna corría pegada al aro una tira de badana, aditamento jamás considerado preciso en tales cajas de música... Entre curioso y sorprendido, metió Lucas la mano para tantear la tira, y notó que sus dedos se hundían en ella como si estuviese forrada de papel: intrigado ya y valiéndose de una navaja, rasgó la badana y vió atónito caer al fondo del tambor, unos paquetitos de papeles azules, verdosos y encarnados... Cogió uno de éstos y advirtió con emoción, que eran billetes de Banco. Sin duda aquéllos eran los ahorros de tío Gil, que no encontró para guardarlos caja más segura y apropiada que la del instrumento que le había proporcionado tales ganancias.

Contó Lucas tembloroso lo que sumaban aquellos papelitos y vió que pasaba de los diez mil pesos... ¡Doble de lo que podía valer la hacienda del tío Torrezno!...

Indudablemente hay una Providencia para los enamorados.

Entrega de las banderas a los destructores "Cervantes" y "Garay"



Los destructores "Cervantes" y "Garay", en el momento de arbolar la insignia patria. Al fondo: los masteleros del "Juan Sebastián de Elcano", con la marinería formada en las vergas



El presidente de la República, doctor Alvear acompañado de los ministros de Guerra y de Marina, escuchando el discurso del embajador de España, señor Ramiro de Maeztu, al hacer entrega de las banderas de guerra donadas por la colectividad española.



El arzobispo de Buenos Aires, monseñor Bottaro, asistido por el vicario general de la Armada, monseñor Napal, bendiciendo las banderas de combate destinadas a los destructores 'Cervantes' y 'Garay'

En honor de los marinos españoles





El ministro de Marina, almirante Domecq García, el ministro de España, señor Ramiro de Maeztu, el almirante Martín, el comandante del "Juan Sebastián de Elcano", capitán de fragata Mendivil, el presidente del Jockey Club, doctor Tomás E. de Estrada, el cónsul general de España señor Buhigas y Dalman y otros caballeros, después del banquete ofrecido por el primero de los nombrados en honor de los marinos españoles y servido en los salones del Centro Naval.

Visita al Archivo General de la Nación





Las alumnas del cuarto año de la Escuela Normal que dirige la señorita Flora Amézola, acompañadas de los profesores, doctora Ana Rose y doctor Miguel A. Garmendia, en unión del director del Archivo General de la Nación señor Mallié y del alto personal del mismo, durante la visita que aquéllas hicieron a dicho establecimiento.

ASCENSOS EN LA MAGISTRATURA



Doctor Mariano Grandoli, recientemente nombrado juez de lo civil en la capital federal. El doctor Grandoli ha escalado su alto cargo subiendo peldaño por peldaño, pues ha sido, sucesivamente, escribiente, secretario y agente fiscal en lo civil y comercial. Posee los diplomas de escribano, abogado, doctor en jurisprudencia y profesor de enseñanza secundaria. Ha publicado un volumen titulado "Nulidad de matrimonio", donde se estudian tópicos jurídicos de interés



Doctor Ramón Porcel de Peralta, últimamente designado juez de lo civil en la capital. El doctor Porcel de Peralta se inició en la magistratura, en calidad de meritorio, cuando todavía era estudiante. Graduado en leyes, se le nombró secretario de un juzgado de instrucción en lo criminal y más tarde, fué ascendido a fiscal del crimen. Es autor de diversas obras de índole jurídica

Homenaje al señor Compiani



Vista parcial de los concurrentes al homenaje tributado al señor José Enrique Compiani por iniciativa de la Asociación Patria de la escuela N.o 1 de Lomas de Zamora, como acto de agradecimiento por la cooperación que prestara el indicado señor, en beneficio del citado establecimiento docente.

LA FERIA "ELENLÚ"





Dos instantáneas obtenidas durante el funcionamiento de la "Feria Elenlú", en su local de la calle Florida, bajo el patrocinio de un núcleo de distinguidas señoritas de nuestra sociedad.

CONCIERTOS



La eximia pianista argentina señorita Helena Larrieu que ha dado una serie de notables conciertos, en el teatro Odeón, con brillante éxito artístico



Anita Orizona, aplaudida "vedette" del teatro Politeama, que desempeñará un papel destacado en la opereta "Cin-ci-la" cuyo próximo estreno se anuncia.

TEATROS



Lucía Montalvo interesante "vedette" del bataclán porteño. Su "rentrée" en el teatro Mitre ha significado un verdadero triunfo escénico.



Nélida Cossa, inteligente actriz argentina, que está realizando una meritoria labor artística, como elemento de la compañía que actúa en el teatro Nacional.

Actualidades cinematográficas



Bessie Love y Tom Moore en "A caza del marido", cinta Jowel que la Universal estrena hoy



Vilma Banky y Ronald Colman en "El alma del desierto", película extraordinaria que Artistas Unidos estrenará mañana.



Sr. Carl Sónin, nuevo director general de la Metro-Goldwin-Mayer para la Argentina y países limítrofes, muy fotogénico como se ve.



Louisa Fazenda y Andre Beranger en "Cásate conmigo", que la General estrenó el viernes último



Nuestro campeón de box, Luis Angel Firpo, cambiando guantes con Buster Keaton, intérprete de "Alias Bacalao", cinta cómica que presenta la Metro-Goldwyn-Mayer



Paulina Starke y Margaret Linvingston en "Calles de Shanghai", Superproducción Tiffany Stahl que la Corporación exhibe desde anteayer.



Anni Ondra y Gastón Jacquet en "La chica del saxofón, película extra que está exhibiendo con gran éxito la New Yorck Film.

La novia del príncipe

Por Carlos Murai

En carta certificada recibí la comunicación oficial donde se me decía que el Consistorio de ciudad de Horog me había elegido profesor adjunto del Instituto. El señor curador que había firmado la carta hacía observar en ella que no sólo enseñaría el latín, sino quizá también las matemáticas. La geografía y el canto. Aparte de esto, era muy probable que fuese también quien enseñase la gimnasia, probablemente por haber obtenido en la universidad el título de enseñar latín y griego. Esta noticia me inquietó un poco; pero al fin me resigné a ello, pensando en que un profesor del Instituto está obligado a ocuparse de todas las asignaturas.

Cuando llegué a Horog, y después de haber saludado a los miembros del Consistorio, el curador y al pastor evangélico, me puse a buscar un cuarto amueblado. La pesquisa no duró mucho tiempo pues me vi guiado por la suerte, que encaminó mis pasos hacia la casa de la señora viuda Mádos, en donde encontré una habitación muy bonita. Como la señora no estaba en casa, fué su hija, la señorita Magda, la que me enseñó el cuarto, enumerando todas sus ventajas. Cierto que oí cuanto me decía, pero de todo ello no comprendí gran cosa, pues mis miradas estaban fijas en la señorita, que era una belleza noble, digna y altiva. Me llevaba toda la cabeza, y sus ojos eran negros y su voz penetró al punto en mi corazón. Por otra parte, me trataba con gran frialdad, y cuando la pregunté el precio de la habitación me respondió que eso era cosa exclusiva de su madre, la cual estaría en casa después del almuerzo.

También la mamá me llevaba la cabeza, y ya comenzaba a ajamonarse. Cuando crucé la puerta y me incliné, temeroso y torpe, me miró con poca amabilidad. Pero cuando me presenté y la hice saber, con el respeto debido, que era profesor adjunto de lengua latina y de otras asignaturas, y que deseaba alquilar el cuarto, se dignó sonreír. Me dió la mano y me permitió que la besase. Me dijo que ella no alquilaba el cuarto porque tuviese necesidad de alquiler, sino únicamente para tener un hombre en casa. Para dos seres femeninos, miedosos y abandonados, como estaban ellas, era una garantía tranquilizadora el saber que tenían un hombre cerca de ellos. No obstante eso, pidió por la habitación doce florines mensuales, a pesar de que yo había contado con un máximo de ocho florines.

Después de hecho el trato, llamó a la señorita Magda y la rogó que me hiciese café negro. La altiva belleza, sin decir nada, salió inmediatamente de la habitación, para ejecutar la orden de un madre. Y mientras preparaba el mejor café del mundo, la señora tuvo la amabilidad de contarme algunos detalles de su vida. Así fué como supe que su difunto esposo— al que lloraría hasta el fin de su vida — había sido jefe de Correos y Telégrafos en aquella ciudad, donde fué objeto de la estimación y del afecto de todos, lo cual lo prueba el haber sido presidente de la Sociedad Coral de los Bomberos y de la Sucursal de la Sociedad de Socorros Mutuos de los Empleados de Correos. Después de la muerte de aquel hombre noble y estimado — al que había hecho erigir una sepultura y al que jamás dejaría de llorar — ella era la que se había encargado de la Administración de Correos y Telégrafos, y por ese motivo estaba ocupada durante todo el día. Me dijo después que Magda era el orgullo de su vida; que hablaba de modo admirable el alemán y el francés; que cantaba como un ruiseñor y que tocaba el piano a la perfección. Era la mejor mujer de su casa de toda la ciudad, de lo que, por otra parte, habría de quedar convencido en cuanto probase el café.

Mientras tanto, la señorita Magda había terminado la preparación del café, de suerte que quedé convencido de que era una admirable mujer de su casa. Aparte de eso, no lo había dudado ni un momento, puesto que quien lo decía era su madre. Y si alguien es capaz de saber cómo es una hija, seguramente es su madre, que la conoce desde que estaba en pañales y desde entonces la sigue constantemente con su maternal mirada. El corazón maternal es quien mejor puede juzgar, según había yo expuesto en una conferencia sin haber logrado convencer a todo el mundo.

El director del Instituto, cuando supo dónde había alquilado una habitación, hizo un gesto y me advirtió que tuviese cuidado, pues si no me vería cazado. Me dijo que ya hacía diez años que la señora Mádos traba de casar a su hija, que era una orgullosa, una ambiciosa, una derrochadora y una holgazana. Me comunicó también que todos los jóvenes de la ciudad habían hecho la corte a la señorita Magda; pero todos la habían abandonado porque ésta corría tras de los oficiales.

Si el director no hubiera sido un superior mío y si hubiese yo sido diestro en el arte de manejar la espada y la pistola, seguramente le habría dado una bofetada, para batirme con él. Pero no siendo así, no pude obrar de aquel modo, y me contenté con sentir hacia él un mutuo y eterno desprecio. Mis compañeros, los catedráticos ya casados, se sentían igualmente celosos de la señora Mádos y de la señorita Magda. Vertían sobre ellas todos los chismes y habladurías de la pequeña ciudad, y ni siquiera se detenían ante la calumnia, diciendo que aquella muchacha, de belleza de reina, había tenido varios amantes.

Yo, que siempre y en todas partes he respetado la virtud femenina, y que nunca había experimentado el que las muchachas pudiesen ser ligeras, me retiré asqueado del grupo, y únicamente llegué a sentirme feliz cuando podía hablar con la señora Mádos o, mejor dicho, cuando podía escucharla. Desde el primer momento sentí hacia ella un profundo respeto, en parte a causa de su declaración de que no dejaría nunca de llorar a su difunto esposo y de llevarle luto. A la señorita Magda la encontraba muy raras veces. Continuaba mostrándose fría y reservada, de lo que hasta algún tiempo después no llegué a saber la respetable razón.

La señora Mádos, a la que llegué a adquirir la costumbre de oír todas las noches, era una mujer llena de honrados sentimientos de sinceridad. En los momentos en que no se ocupaba de la sagrada memoria de su difunto esposo, me abría su pecho, y debido a eso, supe el porqué ella y la señorita Magda tenían tantos enemigos. Supe que en la ciudad apenas había joven que no hubiera querido casarse con la señorita Magda, aquel ser altivo y encantador; pero, naturalmente, en vano, pues la Srta. Magda había declarado que no se casaría más que con un verdadero profesor, con título de latín y griego. Le gustaban los clásicos de la antigüedad, y eso era todo. Aquella declaración, que la señora Mádos hizo involuntariamente y que hubo de lamentar inmediatamente después me produjo un placer enorme: desde entonces no he cesado de dar gracias a Dios por haberme hecho escoger, precisamente, el estudio del latín y del griego.

En aquella ocasión, la señora Mádos olvidó por largo a su difunto esposo y me contó todo cuanto se refería a la señorita Magda, dejándome por siempre reconocido por aquella confidencia que tanto me honraba. Supe que mi director había querido casarse con la señorita, pero que ella había respondido no poder simpatizar con un mono semejante. Me contó también que un primer teniente de dragones, que vió a la señorita Magda en Budapest, fué a visitarla aquella misma noche al hotel para pedir su mano, declarando que en caso de ser rechazado se suicidaría. A pesar de aquella amenaza, la señorita Magda no quiso oír hablar de él, con lo que el teniente salió a todo correr y se arrojó al Danubio, de donde lo sacaron al cabo de tres días. También el prefecto había jurado que la señorita Magda sería prefecta, o no lo sería nadie; y como la se-

TU QUEJA

Enarenado de oro y de jacinto
se cubrió de violetas el sendero
de tus ojeras que un dolor austero
fué recorriendo con su alfanje al cinto.

Eros helado, el inmortal flechero,
te miraba llorar desde su plinto;
el venusto rosal, en rosa tinto,
imploraba a la flor del limonero.

Cayó el poniente de tu rostro en mi hombro,
y se alargó el crepúsculo en asombro
del líbico negror de tu guedeja.

Y a modo de bellísima azafata,
la noche vino, con su piel de plata,
por el oro y jacinto de tu queja.

Roberto BRENES MESEN

ñorita había dicho que no, el prefecto seguía siempre soltero, y, entristecido, se había entregado a la bebida. Aparte de eso, la sincera y emocionada madre contóme otras muchas historias, por las que supe cómo por culpa de la muchacha se habían suicidado nueve caballeros.

Las historias contadas aumentaron el interés que yo sentía por la señorita; pero, al mismo tiempo, me daban miedo. En aquella época solía yo acariciar a menudo mi revólver, y hubiera querido ver el porvenir si no sería yo la décima víctima. Si tomaba en consideración la bondad de la madre, tenía algunas vagas esperanzas, pues había tenido la bondad de declarar en diversas ocasiones que yo era el único hombre a quien ella se atrevería a entregar su hija. Pero cuando veía ante mí a la señorita Magda con toda su frialdad y altivez, renunciaba a toda esperanza. Perdía todo valor, pues ella no se hacía más amable, ni siquiera cuando le hablaba, por mi condición de latinista y helenista, de los clásicos de la antigüedad.

De este modo se pasaron seis meses, llevando yo mientras una vida cada vez más solitaria, sobre todo por no oír las calumnias contra la señora Mádos y la señorita Magda. Al cabo de seis meses, un domingo ocurrió un suceso extraordinario. En una de las revistas que se publicaban en Budapest y que llegaban a nuestra ciudad, se había publicado la noticia de que yo, joven y sabio pdofesor del Instituto de Horog, había celebrado mis esponsales con la señorita Magda, hija única y llena de encantos de la señora viuda de Ubul Mádos. Daba la casualidad, precisamente, que aquella revista, era la preferida de Magda. Ella era la que arrancaba la faja y cortaba las hojas, para apresurarse a leerla; pero de repente lanzó un grito y se desmayó.

Aquel suceso ocurrió un domingo por la tarde, cuando la madre estaba también en casa. La excelente madre, que adoraba a su hija, hizo reunir a todos los de la casa. Me rogó también a mí que la ayudase; pero, naturalmente, en vano. Por fortuna, el desvanecimiento no duró mucho tiempo, y cuando la señorita volvió en sí, entregó la revista semanal a su madre, se echó a llorar y salió. Su madre, sorprendida e inquieta — pues, según ella me confesó más tarde, no había olvidado a su difunto esposo en aquella circunstancia crítica — se puso a leer la revista, y, milagrosamente, su mirada cayó desde el primer momento sobre la noticia que anunciaba nuestros esponsales. Recorriendo aquellas líneas, lanzó también un grito y después me entregó la revista y se quedó mirándome fijamente, mientras yo estuve a punto de caerme de la silla. Después de una pausa, terriblemente penosa, dijo con voz ronca:

—Esto nos llevará a una catástrofe. Esto acabará con una muerte.

La miré como para interrogarla.

—Ahora ya le puedo confesar a usted, señor, que Magda es novia hace dos años, del príncipe Wutkovsky, capitán de húsares en Lemberg. El príncipe, que, como es sabido, es descendiente de los antiguos reyes de Polonia, no está todavía en situación de poder casarse; pero dentro de dos meses hubieran podido celebrarse las bodas. ¡Ah, Dios mío! ¿Qué hará ese hombre terrible cuando se entere de la noticia de los esponsales?

Me sentí un poco inquieto ante la idea de que pudiera encontrarme con el terrible capitán de húsares. Propuse, pues, que se desmintiese la falsa noticia; pero aquello era inútil, puesto que la revista no hubiera podido publicar la rectificación hasta una semana más tarde. Dije después que habría que telegrafiar al príncipe diciéndole que en la noticia no había ni una palabra de verdad. Pero la señora no cesó de sacudir la cabeza, y dijo, tristemente, teníamos que esperar, pues no era posible oponerse al destino. ¡Qué pasase lo que el Todopoderoso tuviera dispuesto!

Aquel día no salí. No quería que mis conocidos me pudiesen pedir explicaciones. Me paseé arriba y abajo por mi cuarto. La señora Mádos y la señorita Magda se encerraron en sus habitaciones. Si no estoy equivocado, se pasaron llorando toda la tarde y toda la noche.

Al día siguiente la señora fué a la oficina y cumplió aparentemente, con tranquilidad, su trabajo, que no interrumpía más que cuando se ocupaba de la memoria de su difunto esposo. Por la ventana vi su regreso, y en seguida advertí que se hallaba muy triste y que sus ojos estaban enrojecidos de tantos llorar. Al cabo de algunos minutos entró la criada en mi cuarto, diciéndome que la señora me llamaba. Estaba sentada en medio del sofá y tenía el pañuelo ante sus ojos. La señorita Magda sollozaba, con la cabeza sobre la mesita del costurero. Cuando entré, la madre me hizo señas de que me acercase y me entregó un telegrama, rogándome que lo leyese. El telegrama era del príncipe Wutkovsky. Anunciaba que la noticia de los esponsales había sido para él una bala de cañón que le había herido en medio del corazón. No pedía explicaciones, pues no quería aumentar su ardiente dolor. Por otra parte, salía para Africa, con objeto de hacerse misionero y olvidar a la infiel.

—El príncipe — dijo la señora cuando la devolví el telegrama — es un miserable. Un hombre que en lugar de matar a su rival se marcha a Africa para hacerse misionero, no es de mi gusto ni del gusto de Magda.

—¡Pero mamá, mi querida mamá! — dijo la señorita Magda.

—¡Cállate! Lo que ahora siento en todo este asunto es que no sea cierta la noticia de los esponsales.

En aquel momento me sentí invadido por un valor milagroso, y dije en voz queda, con los ojos bajos:

—Si usted quisiera y no se opusiera al deseo de su hija, podríamos hacerla auténtica.

Magda alzó bruscamente la cabeza, mientras su mamá abrió los brazos y exclamó:

—¡Hijo mío!

Una semana después de nuestra boda me hice trasladar a otra ciudad, pues no quería oír los comentarios de las gentes de Horog, que ella había enviado a la revista la noticia de los esponsales, y que ella también había inventado el telegrama del inexistente príncipe. ¡Oh, qué manera de calumniar a la noble mujer que no deja de llevar el luto de su difunto esposo, ni de llorarle hasta el fin de su vida!

LOS BILLETES FALSOS

Fritz Roberts leyó aquella mañana en un periódico la siguiente noticia:

"El Banco Nacional se dispone a poner en circulación dentro de un par de meses los nuevos billetes de 1.000 y de 500 marcos. En esta página puede verse al anverso y reverso de los nuevos instrumentos de cambio".

La lectura dejó a Fritz Roberts pensativo. Roberts era uno de los más excelentes calígrafos, dibujantes y grabadores de la ciudad; pero, a pesar de ello, no había podido conseguir una posición desahogada.

Suspiró; después de suspirar desayunó, y hecho esto se encerró en su despacho con orden de que nadie lo molestara.

A partir de entonces estuvo dedicado durante unas semanas a la realización de un proyecto misterioso y extraño, desconocido para todo el mundo.

* * *

No había transcurrido un mes desde que se había puesto en circulación la nueva emisión de los citados billetes cuando el Banco Nacional envió la siguiente nota, que se publicó en todos los periódicos del Imperio:

"Justamente al mismo tiempo que este Banco ponía en circulación los nuevos billetes, un falsificador emitió una enormísima cantidad de ellos, que se diferencian de los verdaderos en que el papel es mucho mejor, el matiz más fino, el colorido más brillante y las tintas más fijas. Aparte de esto, son casi iguales a los legítimos. Si el autor de estos billetes no fuese un falsificador, el Banco se honraría con contarle en su seno y elevarle una estatua en el salón de sesiones. El Banco Nacional se ve, no obstante, en la precisión de ofrecer 200.000 marcos a quien denuncie al autor de esta falsificación, que, dado el gran número de billetes presentados hasta ahora, debe de ascender a muchos millones".

Pero no sólo no fué denunciado el falsificador, sino que el Banco, en vez de taladrar los billetes, acabó por admitirlos, abonando por ellos la mitad de su valor, al mismo tiempo que recogió los billetes legítimos que acababa de lanzar al mercado, y que dicho sea en honor a la verdad, eran bastante toscos, y más si se comparaban con los falsos, y lanzó al mercado los billetes falsos con el carácter de legales.

* * *

Fritz Roberts trasladó poco más tarde su residencia a Berlín, y al marchar dijo a sus amistades que iba a probar fortuna.

Esta ha debido de sonreírle con una celeridad espantosa, ya que actualmente se calcula su fortuna en más de diez millones de marcos.

Excuso decirles a ustedes que toda esta cantidad la posee en billetes legítimos, billetes que no sé por qué rara circunstancia distingue maravillosamente de los falsos.

Ernest LOEWE

CUENTO ALEMAN

—Oye, Fritz, ¿a qué no aciertas cómo he ido hoy desde mi casa a la oficina?

—En el tranvía.

—No.

—En bicicleta.

—Tampoco.

—¿Cómo has ido, entonces?

—¡En ayunas, hombre, en ayunas!

ADIVINANZA

—¿Qué pena daría un fiscal a un ratero que ha robado un reloj y un paraguas!

—¿...?

—Cadena temporal!... La cadena, para el reloj, y el temporal, para el paraguas.

EL TEMBLADERAL

Por X. X.

—No voy a seguir más adelante, Charlie, — dijo Peggi Grayford, deteniendo el caballo y sonriendo al joven cow-boy.

Había salido a pasear con Charlie por la mañana acompañando al cow-boy mientras éste realizaba su recorrida, y se encontraban a buena distancia de los ranchos. Charlie no debía regresar hasta la tarde e hizo un gesto de asentimiento al oir las palabras de la muchacha.

—Prometí a papá que estaría de regreso a la hora del almuerzo,— agregó ella.

—Entonces, volvamos y la acompañaré durante un rato.

En realidad, Charlie tenía bastante que hacer, pero tampoco quería dejar que su compañera hiciese sola todo el largo camino.

—Ya sé quien va acompañarla, —agregó. — Ahí está quien la cuidará, Peggi, y señaló a Tigre, su perro.

—Es cierto, Tigre me acompañará hasta casa. ¿Vamos?

El animal miró a Charlie primero como si quisiera preguntarle lo que debía hacer.

—Cómo le quieren su caballo y su perro, Charlie, — exclamó la joven, y al mismo tiempo que hablaba acariciaba el sedoso pescuezo de Luz de Estrella.

—¡Vamos Tigre! Vé con la señorita y cuídala, — ordenó Charlie.

Inmediatamente el animal se colocó al costado del caballo de Peggy. Charlie quedó donde estaba hasta que la joven desapareció de su vista, luego, puso en marcha a Luz de Estrella, pero a poco andar volvió a detenerse.

—Me parece que algún novillo ha caído en el tembladeral... Muge como si pidiera auxilio.

Puso al galope a su caballo y se dirigió al sitio indicado donde, efectivamente, un novillo luchaba desesperadamente por salir de entre la amplia zona cubierta de fango que lo tenía apresado.

—Un poco de paciencia, pobrecito, que voy a tratar de salvarte. Uniendo la acción a la palabra, echó pie a tierra y tomando el lazo que llevaba colgado en la montura, se aproximó a la orilla, cuidando de pisar en tierra firme.

—Lo erré — murmuró luego de haber lanzado el lazo que cayó entre los cuernos del animal que agitaba furioso la cabeza. Una segunda tentativa obtuvo el mismo resultado y el cow-boy comprendía que los segundos eran de una importancia extrema si quería salvar al novillo.

Buscando en torno suyo algo de lo que pudiera sacar alguna utilidad vió que a poca distancia había un árbol medio carcomido y seco, cuyo tronco inclinado seguía a poca altura del fango, hacia el interior del tembladeral. Avanzó por él y se dispuso a realizar una tercer tentativa.

Agitó el lazo sobre su cabeza y lo lanzó con toda certeza en esta ocasión, pues quedó enganchado en los cuernos del novillo. Pero el animal asustado sacudió violentamente la cabeza y al tirar del lazo hizo vacilar a Charlie que cayó, quedando a su vez apresado.

Luz de Estrella había quedado en la orilla y el pobre animal comprendía que su amo estaba en peligro. Eso era evidente, a juzgar por sus maniobras para intentar acercarse a él.

Charlie comenzó a palidecer al darse cada vez cuenta más exacta de lo comprometido de su situación. No podía tratar de moverse, pues cada movimiento lo hacía hundirse más en el fango. Empezó a dar voces pidiendo auxilio pero

—¡Socorro! ¡Socorro! — gritaba con desesperación, y sus ojos se levantaban suplicantes hacia el cielo.

Entretanto Peggy continuaba su marcha hacia el rancho con Tigre a su lado. De pronto el perro comenzó a aminorar la marcha y a levantar las orejas mirando hacia atrás.

—¿Qué te ocurre? ¿Olfateas algún peligro? — preguntó inquieta la joven.

no obtuvo más respuesta que los relinchos de su caballo.

—¡Oh, mi buen amigo! — decía hablando a Luz de Estrella. — Si por lo menos pudiera hacer llegar hasta mi una de las riendas con tu ayuda me salvaría.

El caballo miraba ansiosamente a su amo. De repente paró las orejas y volvió la cabeza.

—Piensa en Peggy. ¿Cómo no se me ha ocurrido eso antes?

En el mismo momento Luz de Estrella partió al galope por el camino que había seguido para llegar hasta allí.

Charlie quedó solo, frente a la muerte, pues su cuerpo se iba hundiendo paulatina pero continuamente.

Miró hacia atrás a su vez, pero no distinguió nada, más era evidente que Tigre, con su admirable instinto, barruntaba algo desagradable. A poco comenzó a ladrar y partió a todo correr en dirección contraria a la que seguían. Peggy hizo dar vuelta a su caballo y un grito escapó de sus labios al distinguir a lo lejos a Luz de Estrella que llegaba al galope.

—¡Oh! ¡Qué le habrá ocurrido a Charlie? — exclamó.

Continuó la carrera, pero ya Tigre se había reunido con Luz de Estrella y los dos animales se habían detenido como si conversaran. Y, seguramente, debieron hacerlo en su lenguaje, pues juntos partieron a todo correr por el camino anteriormente recorrido. La desesperación de la muchacha no tenía límites, pues adivinaba un gran peligro para el joven cowboy y comprendía que no podía acudir todo lo rápidamente que deseaba en su auxilio.

Charlie aguardaba angustiosamente el desarrollo de los acontecimientos temiendo que la tan necesaria ayuda no llegase a tiempo.

—¡Pronto será ya tarde!, —murmuraba con desesperación. Sus recuerdos iban hacia Peggy—¿Volveré a verla?

De pronto oyó el ruído del galopar de un caballo. ¿Quién sería?

—¡Socorro! ¡Socorro! — gritó con las fuerzas que le quedaban sería Peggy la que corría en su auxilio?

Pero su desconsuelo fué grande cuando vió que solo Luz de Estrella y Tigre eran los que se acercaban a todo correr. De Peggy no se distinguían ni rastros.

—¡Seguramente, ella viene un poco más atrás! — murmuró pasado el primer momento de desesperación.

Los dos animales se habían detenido ya frente a él y Tigre se adelantaba cuidadosamente a lo largo del carcomido árbol.

—¡Tigre!... ¡Mi bueno e inteligente amigo, acércame la brida!... La brida de Luz de Estella. Sus ojos resplandecieron con alegría pues notó que el perro había comprendido su deseo y retrocedía para volver en seguida llevando entre los dientes una de las bridas del caballo. Así avanzó hasta que el cowboy se aferró a la tira de cuero, luego retrocedió por el tronco del árbol mirando a su amo y como si le quisiera decir: ¡Calma, calma, que nosotros te salvaremos!

—¡Tiren, tiren! — exclamó Charlie quien ahora que tenía más probabilidades de salvación parecía que perdía fuerzas. Pero pronto reaccionó al notar que Luz de Estrella afirmando sus patas en el terreno firme empezaba a retroceder lentamente ayudado por Tigre que había tomado entre sus dientes la brida, y secundaba los movimientos de su compañero.

—¡Firme muchachos! ¡Despacio pero sin ceder! Les decía como si se tratara de personas.

No tardó en oirse el galopar de un caballo y el corazón de Carlie latió con violencia al ver aparecer a Peggy, quien observó con ojos dilatados por el terror la impresionante escena.

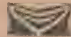
—¡Carlos! — exclamó.

—¡Calma querida! ¡Ahora todo va bien! Ate la brida al otro caballo y haga que tiren los dos.

Hizo la joven lo que le indicaban y poco a poco fué apareciendo el cuerpo del cowboy, quien no tardó en verse libre sobre la orilla, fuera de la espantosa y mortífera trampa. Peggy lo consoló rodeándole el cuello con sus brazos y, tanto Tigre como Luz de Estrella, demostraron a su amo la satisfacción que experimentaban por verlo en salvo.

Nuestras grandes instituciones sociales

EL CLUB DE FLORES





"El poeta", bronce de Alfredo Bigatti, que se destacó en la notable exposición de arte recientemente efectuada en el Club de Flores.

Desde su instalación en el magnífico palacio Basualdo, adquirido no hace mucho tiempo por el Club de Flores, esta institución que preside el Dr. Horacio Esquivel, ha entrado en un período de franca prosperidad.

Ya no se limita este club a sus viejas finalidades exclusivamente de carácter social y deportivo, sino que, bajo la dirección de su presidente, de su Secretario Sr. José Paladino y del resto de la Comisión Directiva, ha ido extendiendo sus esferas de actividad hacia las nobles cosas del espíritu.

Recientemente se ha constituido un elenco de comediantes aficionados del que forman parte varias niñas y jóvenes de nuestra sociedad. Se ha iniciado un ciclo de conferencias que se vienen dando quincenalmente con los más óptimos resultados. Prestigiosos intelectuales ocuparon la tribuna del Club de Flores. Citaremos los nombres de Tirso Lorenzo, Oscar R. Beltrán, Ezequiel Martínez Estrada, Manuel Rojas Silveyra, Emilio Morales, etc., etc. ... ...

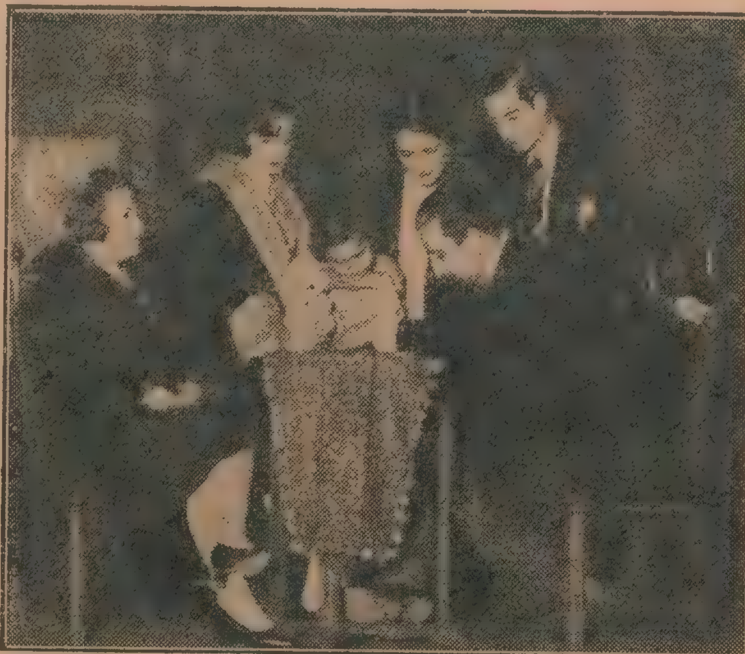
Coronando esta patriótica obra de difusión cultural, se realizó una magnífica exposición de pintura y escultura, que alcanzó un éxito rotundo.



"Naturaleza muerta", de Irán Vasileff, cuadro que llamó justamente la atención por sus innegables valores artísticos







Señoritas de Montes de Oca, Freichú, Esquivel y Vetromile y señores Valdivieso y Vera, componentes del cuadro filodramático del Club de Flores, iniciando el ensayo de una obra.



Señorita Blanca Vetromile, alumna destacada del Conservatorio Nacional de Música y Declamación, que interpretó impecablemente el papel protagónico en la comedia "Dos mujeres", original de Oscar R. Beltrán



"Rancho en Salsipuedes" hermoso óleo del prestigioso pintor Atilio Malinverno



"La ocasión", escultura de Luis Perlotti que ha merecido grandes elogios y que también figuró en la exposición de arte organizada por el Club de Flores.

LAS FLORES

Por Nadezda Teefi

Pero... ¿qué dice usted, señora? El tiempo no es malo. Es cierto que hay un poquito de viento pero, sin embargo, se puede dar un paseo en coche... Usted está de mal humor y nada más, señora.

Así hablaba el médico Katishev a la señora de Vekina; pero ésta lo escuchaba distraída, absorta en sus tristes pensamientos.

Sus asuntos iban verdaderamente mal. El marido de Vekina fué por cinco días a Kasán, al entierro de su tía, y en estos cinco días había cifrado la joven todas las alegrías de su vida. Se disponía a pasear todas las mañanas en coche con el pintor Shotov, a almorzar todos los días en compañía de éste, a tomar el té todas las tardes con él y a cenar todas las noches también con el pintor Shatov.

Y, sin embargo, han pasado tres de aquellos días que se imaginaba felices, y Vekina no lo había visto ni siquiera una vez. El primer día, Shatov le avisó por teléfono que estaba terminando un cuadro para la exposición: el segundo, le mandó una carta, diciéndole que debía presentarse a una persona distinguida que le había encargado un retrato; el tercero, le mandó flores sin carta alguna, y no vino...

—¡Qué tonto! — decía la señora de Vekina para sus adentros. — Debería comprender que la oportunidad que ahora se le presenta tal vez no volverá más, porque una tía se muere una sola vez en la vida... ¿O quizás se porta así para hacerme rabiar?...

—¿Por qué está usted de mal humor, señora? ¿Qué le pasa? — preguntó el doctor Katishey con tono meloso.

—¡Qué hombre más cargante! — pensó la joven.—¿A ver si empiezo a coquetear con él para hacer celar a Shatov?

—Querida señora, ¿qué le pasa? —prosiguió, entretando, el médico. —¡Oh, qué piececitos tan lindos tiene usted! ¿Y es posible estar de mal humor teniendo algo semejante? Si yo tuviera unos piececitos como éstos, no sé lo que haría...

Vekina se imaginó al gordo y calvo Katishev con zapatitos plateados y medias de color de carne, y tuvo náuseas. Sin embargo, hizo un esfuerzo sobre sí mismo y le preguntó:

—¿Le gustan mis pies? ¿Tiene ganas de besarlos?

"Es todo por culpa tuya — decía mentalmente al pintor.—Ahí tienes, ingrato".

—Bueno, doctor, le permito besarlos—agregó en voz alta.

El médico enrojeció de contento, se arrodilló con dificultad y tomando el pie de Vekina entre sus dos manos dió un sonoro beso en la hebilla de su zapato. Luego pronunció con voz temblorosa:

—Más que un piececito, esto es un bombón...

—"¡Qué asco!" — dijo en su fuero interno.—¡Ves hasta qué extremo me has llevado? (esto a Shatov). ¿No te gusta, eh? Pues ahí tienes más".

De repente se sonrió con aire picaresco y dijo levantando la manga de su batón, lujoso y elegante:

—¿Ha visto, doctor, qué hoyuelo tengo en el codo?

El doctor extendió los labios y se inclinó hacia el brazo de la joven, pero ésto lo retiró, diciendo:

—Usted se permite demasiado.

El facultativo quedó con los ojos desmesuradamente abiertos y un palmo de narices.

* *

Una media hora después de retirarse Katishev llegó el pintor Shatov.

—No se defienda — díjole Vekina con tono frío, a guisa de saludo—, pues igual no tiene disculpa. Por otra parte, a mí no me importa un camino su conducta. Tengo que hacerle una confesión; yo también estoy enamorada de otro.

—¿!..?

—Ha llegado usted algo tarde, si no, se hubiese convencido palpablemente. Y, a decir verdad, estoy encantada de haber terminado nuestras relaciones así, tan de común acuerdo y perfecta armonía...

—Entonces, ¿le parece que es de común acuerdo? — preguntó el pintor, que no salía de su asombro.

Por toda respuesta, Vekina lanzó una irónica carcajada y salió de la estancia.

En la pieza contigua permaneció un rato ensimismada, prestando oído a los pasos de Shatov en el vestíbulo. Cuando éste salió a la calle, la joven mordió furiosamente su propio brazo y prorrumpió en llanto.

Pasó largas horas de inquieta meditación. En toda la noche no pudo conciliar el sueño y el alba la sorprendió redactando la carta para el pintor:

"Muy señor mío: Quisiera que me devolviese usted mi retrato"...

—No, no; mejor será así:

"Nos hemos separado como amigos, ¿no es cierto? Que mi retrato sea para usted un recuerdo de nuestras relaciones... sencillamente amistosas..."

—¡Oh, no, no! Escribiría:

"Eugenio, te amo. Mándame tu retrato"...

Por fin, Vekina fué rendida por el sueño.

Al despertar, se encontró con un ramo de iris negros que había traído un mensajero.

—¿No ha venido ninguna carta con este ramo? — preguntó a la doncella.

—No, señora — fué la respuesta.

Vekina se puso a besar con pasión los tiernos pétalos de las flores, sonriendo con transporte.

—¡Oh, no!—pensaba. — No se rompen así unas relaciones; estas no son flores de despedida; me las manda negras porque su alma está embargada por la tristeza... y si está terrible es porque me quiere todavía... Nos quedan aún dos días de libertad; no hay que perder un solo momento...

Y en alas del más vehemente entusiasmo se lanzó al teléfono.

—¡Eugenio, perdóname! No es verdad que quiero a otro; me he calumniado a mí misma para vengarme de tí. Pero los iris negros me han hecho comprender mi error... ¡Oh, las adoro! ¿Comprendes?... No, Eugenio mío, no estoy loca; te adoro, soy feliz...

El pintor aseguró a Vekina que muy pronto la estrecharía en sus brazos; y la joven, fuera de sí de contenta, iba de un espejo a otro, arreglando los pliegues de su vestido, las ondas de su cabello y corrigiendo los más insignificantes detalles de su atavío.

Al poco rato sonó el timbre. Vekina se arrellanó coqueta en un sillón y cerró los ojos, con intención de abrirlos al sentir en sus manos la presión de los labios de su amante. Pero la impaciencia le hizo entornar los párpados... y, ¡cuál no sería su sorpresa al encontrarse en presencia del doctor Katishev!

—¿Cómo se siente usted hoy señora? — preguntó éste—. Me hallaba inquieto por su salud y vine a verla.

—Gracias... estoy bien. Pero en este momento estoy muy ocupada.

Katishev paseó la mirada por la estancia.

—Con qué buen gusto ha colocado usted la cinta en estas flores — dijo de pronto.

—¡No las toque! — exclamó la joven vivamente—. No se pueden tocar estas flores; son sagradas... Me han proporcionado tanta dicha que... en fin...

A los gruesos labios del médico se asomó una sonrisa.

—¡Ah, querida mía! — balbució; — ¿será posible que le hayan agradado tanto?

Vekina se puso de pie de un salto, exclamando:

—¿Qué?... ¿Qué es lo que dice?

—Me alegro mucho que le hayan gustado las flores. Y yo no quería comprarlas porque eran negras; pero el dependiente del negocio me aseguró que estaban muy de moda y por eso consentí... pero... ¿qué le pasa?

Con el semblante pálido y un infierno en la mirada, la joven gritó con voz temblorosa de ira:

—¿Cómo se ha atrevido usted?... ¿Cómo se ha permitido mandarme las flores sin una carta ni tarjeta de visita?...

—Yo creía... que después de lo que sucedió entre nosotros ayer... usted comprendería quién le mandaba las flores.

—¡Fuera de aquí! — prorrumpió Vekina con vehemencia.—¿Cómo se atreve a ofender de esta manera a una mujer decente? Se lo diré todo a mi marido y éste le ajustará cuentas... puede estar seguro.

En el colmo del asombro, el médico apresuróse a dejar la estancia. Presa de la más viva agitación, volaba más bien que bajaba la escalera. En la mitad de ésta se encontró con el pintor Shatov, que subía silbando alegremente; en sus manos tenía un gran ramo de iris negros.

—Amigo — exclamó el facultativo, asiéndole por un brazo—. ¿Adónde va usted? ¿A visitar a la señora de Vekina? Le aconsejo que no lo haga. Es una mujer sumamente decente, es la virtud personificada... y a la par es una fiera. Me parece que no está del todo bien de la cabeza — agregó poniéndose el dedo en la sien con ademán significativo.

—¿Usted lo cree así? — insinuó el artista, pensativo.

Y tras breves momentos de reflexión, volvió sobre sus pasos en compañía del médico.

LAS MUJERES QUE VOTAN EN INGLATERRA

Según la ley aprobada últimamente por la Cámara de los Comunes tendrán derecho a votor en las próximas elecciones cinco millones más de mujeres. Con esta adición los votantes femeninos tendrán mayoría sobre los masculinos.

LA SILLA ELECTRICA PARA LOS PERROS VAGABUNDOS

Para destruir los perros vagagundos y sin propietario, con objeto de secundar la campaña contra la rabia, emprendida por las autoridades de Chicago, la policía ha adoptado una pequeña silla eléctrica, en la que serán ejecutados.

Exposición Juan Sol

Juan Sol exhibe en la casa Witcomb, su segunda exposición individual, que ha asumido proporciones de importancia, dado el interés que la personalidad del pintor nombrado ha sabido despertar en diferentes círculos artísticos de la metrópoli.

Cuando hace dos años realizó su primera muestra de cuadros, los críticos anunciaron que su camino de victoria le estaba señalado en los paisajes grises del Riachuelo. Hoy podemos afirmar que el pronóstico se ha realizado. El adelanto es innegable. Parece increíble que en tan poco tiempo haya progresado en la forma que nos ha sido dado constatar.

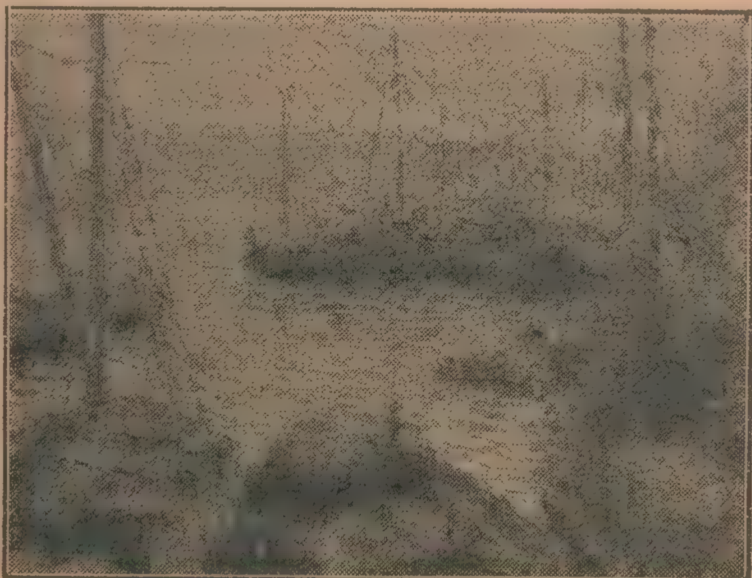
Este pintor original, que observa intensamente, lleva al lienzo sus visiones directas. Bajo la acción de la luz, que colora las nubes y resbala sobre el agua turbia, los motivos del río son verdaderos aciertos..

Sus ambientes del Retiro y del Riachuelo — la llovizna, el crepúsculo, la atmósfera sutil que emana del agua, el gris invernal— destacan aptitudes de calidad, muestran entonación y belleza. Con seguridad aprisiona en sus colores el alma del paisaje. En ellos vive la emoción con vitalidad inalterable, porque el autor ha logrado traducir fervorosamente su tendencia, los impulsos de su corazón.

VERITAS



El pintor Juan Sol, que recientemente ha inaugurado una exposición de sus obras en el Salón Witcomb.



"Estudio de barcas. — Puerto de Buenos Aires"



"Tarde lluviosa. — Puerto de Buenos Aires"

FEMINA NO ESCARMIENTA

Aquellas americanas atrevidas de color e irreprochables de corte. Aquellos pantalones flotantes, inverosímiles. Aquellos zapatos de ante, aquellas camisas de seda y, sobre todo, aquel gesto de hastío del rostro rasurado y pálido produjo un movimiento de interés entre la juventud femenina del balneario.

Era nuevo en el hotel, y desconocido. Debía ser un misántropo, un neurasténico, que buscaba el aislamiento porque parecía no querer amistades.

Pero Fémina no se da a partido. Hubo dos criaturitas bellas, elegantes, muy maquilladas, muy ligeras de ropa que se propusieron vencer el retraimiento de aquel hombre extraño.

¡Oh ¡Sería un flirt delicioso!

En el comedor cada una desde su mesa le enviaba miradas quemantes.

En el jardín cada una arrastró su silla cerca del rincón en donde él se guarecía.

En el teatro, en el paseo, en todas partes ejercían sobre el solitario una persecución agobiadora.

Necesariamente tenía que huir o ceder. Cedió al fin. Y, naturalmente, cedió a ambos apremios.

Por la mañana la entrega de un chal que una de ellas dejó caer. Por la tarde el hallazgo en manos de la otra de un libro extraviado.

Por la noche doble cita. Una a las doce. Otra a las dos.

* * *

Tal vez se despertaron al mismo tiempo, cuando la camarera entró con el servicio del desayuno. Y las dos se despertaron gustando su triunfo. ¿Qué diría "la otra" cuando se viese vencida? Había sido un gracioso torneo amoroso en el que las combatientes eran hembras y habían usado las armas "de la coquetería". "La otra" seguramente tendría que marcharse.

Las dos debieron saborear el té y las tostadas con esa sonrisa sardónicocompasiva que se forma a veces en unos labios femeninos, mientras otros labios de mujer se contraen en un rictus de despecho o amargura.

Después las dos debieron saltar simultáneamente del lecho cuando la camarera les anunció que el baño estaba ya. Probablemente en el mismo minuto sumergieron ambas sus cuerpos esbeltos y elásticos en el agua tibia de la bañera. Es muy posible que las dos salieran al mismo tiempo del baño.

Lo seguro es que ya vestidas, peinadas, maquilladas y perfumadas, al requerir la bandejita de las joyas, se hicieron cada una la misma pregunta:

—¿Y mis perlas?...

Cada una en su habitación buscó el collar prolija e inútilmente.

Al fin comprendieron. El flirt tan deliciosamente iniciado la noche antes. Aquella laxitud imposible de vencer — o que no se intentó vencer siquiera — y aquellas manos sutiles y hábiles... ¡Tan hábiles!...

* * *

En el comedor, a la hora del almuerzo, las rivales se miraron.

Se miraron a las gargantas desnudas, y tras la mutua comprobación las dos pusieron, para no volver a levantarla, la vista en el plato.

Las dos habían sido lindamente burladas por un "rata de hotel", como en el "cine". ¡Qué vergüenza!... Y además ¡qué fastidio! La broma del flirt le había costado a cada una veinte mil pesos.

* * *

Horas después salían dos automóviles del hotel en direcciones contrarias. Las dos rivales frustradas "se huían"... Terminarían la temporada en otros balnearios. Por el momento iban a la ciudad a comprar un collar para sus gargantas despojadas. Pero de imitación, "por lo que pudiera ocurrir".

Fémina no escarmienta.

Sara INSUA

Dice el doctor Hirsch

LEYENDO EN EL CUERPO CON LOS RAYOS X

Por F. de Casas Gancedo

El paciente entró en mi despacho, me saludó, miró la hora en su reloj de pulsera y me dijo:

"Con su permiso, doctor, un momento", y descolgó el teléfono. Alegremente, decía a no sé quién:

"Ya he alquilado el hotelito, para dos meses, en la Costa de Florida. Verás qué par de meses más hermosos vamos a pasar".

Quince minutos después, estaba desnudo sobre mi mesa entre mi aparato de rayos Roentgen y la plancha fluoroscópica. Entonces yo pudiera haberle dicho que estaba equivocado en lo concerniente a donde iba a pasar los dos meses aquellos tan hermosos. Una mancha obscura en cierto lugar de su caja torácica me indicó que aquel hombre estaba irremisiblemente condenado a muerte y que su vida se acabaría muy pronto.

Con mucha frecuencia esas manchas me dicen el porvenir trágico de un individuo; otras, los invisibles rayos, me ayudan a salvarles la vida.

Hace poco me trajeron una jovencita demacradísima, de una delgadez espantosa y con una tos que ningún remedio había podido aliviar.

Su aspecto era el de un moribundo.

Los rayos X me mostraron una pequeña mancha negra en la garganta. Era una monedita que la muchacha se había tragado. Con unas pinzas extraje la moneda medio conocida. A los pocos días estaba curada, en plena y franca convalecencia.

Celebramos los aniversarios y centenarios de los grandes navegantes, literatos, artistas, pero ¿quién sabe la fecha del nacimiento del primer hombre que en el interior del cuerpo humano vió el movimiento de sus órganos y la del gigante mental que hizo que esto fuera posible?

El primero fué el doctor Willams; el segundo, Guillermo Conrado Roentgen.

En una estancia llena de aparatos, a fines de la primavera del año 1895, en la ciudad alemana de Wurzburg, se hizo el famoso descubrimiento.

Allí Roentgen trabajaba con un tubo de vacío y un carrete de inducción.

Geissler había sido el primero en hacer pasar una corriente eléctrica a través de un tubo de aire enrarecido, y maravillóse ante la luz allí producida. Hittdorf descubrió allí los rayos catódicos; Crookes notó el cambio de los fenómenos a medida que el vacío se hacía mayor, y Roentgen meditaba sobre aquellos fenómenos.

Notó la fluorescencia verdosa del tubo, que cinco años antes había observado Plucker, y se acordó de que Crookes había llamado "materia radiante" a la influencia que aparentemente emanaba del polo negativo.

Alguien le llamó y Roentgen salió de su laboratorio dejando el tubo luminoso sobre un libro, al que servía de marca páginas una antigua y chata llave de hierro. El libro descansaba sobre una placa fotográfica que el profesor había preparado para hacer un experimento en una excursión que tenía preparada. Al utilizarla y desarrollarla vió en ella la imagen de la llave de hierro, en negro, sobre la fotografía tomada.

Aquella llave hizo famoso el nombre de Roentgen.

El sabio nada dijo por el momento de su descubrimiento, pero siguió estudiándolo, repitiéndolo de diferentes formas, y entonces pensó en lo que era casi una herejía científica: en la "luz invisible".

Al ver la fluorescencia verde en el tubo de Crookes, concibió la idea de que otras substancias podían afectarse en la misma forma.

La fluorescencia es la propiedad que tienen ciertos cuerpos que, al ser iluminados, emiten luz de diferente color al suyo y al de la luz que le rodea.

Roentgen cubrió su tubo con una envoltura opaca, de manera que no se pudiera percibir nada de su luz, y, entonces, en un cuarto completamente a obscuras, hizo otro descubrimiento. Cierta cantidad de cianuro de platino-bario se iluminó en la obscuridad desprendiendo una luz de color opalino

Entonces comprendió que un rayo de luz invisible había caído sobre aquella substancia, atravesando la envoltura opaca e iluminando aquellas sales.

Eran éstos unos rayos desconocidos y por eso les dió el nombre de rayos X. A la distancia de tres metros del tubo, las sales aparecían con una fuorescencia de color verde.

Entonces Roentgen colocó su mano sobre una placa fotográfica, y con el tubo Crookes obtuvo una fotografía de la misma con todos los huesos visibles.

Uno de los primeros que se dieron cuenta de la importancia del la idea de administrar a sus pacientes, antes de hacerles la radiografía, sales de alta gravedad específica para que la parte del cuerpo humano fotografiada, cuando se trataba del estómago e intestinos, saliese más marcada, y para ello les daba bismuto o bario con lo cual el estómago se destacaba mucho más en la fotografía

Una úlcera en el estómago se destaca en la fotografía como una protuberancia en la sombra porque el bario ha llenado la depresión o llaga en la pared de la víscera, y un cáncer aparece como si se hubiese arrancado un pedazo, porque las rayos X atraviesan el tejido enfermo, pero no el bario.

El médico francés, Forestier, ideó inyectar en los pulmones yodo en suspensión de un aceite, con la misma idea, es decir, para que la fotografía señalase más claramente estos importantes órganos del cuerpo.

Hay una especie de tumor que a veces aparece en la espina dorsal. Si se extirpa, no vuelve a reproducirse, pero si se abandona produce la parálisis total.

En otro tiempo, los cirujanos tenían que abrir cuatro o cinco vértebras para encontrar el tumor. Ahora se inyectan unas gotas de yodina y aceite en el canal espiral y al hacer la radiofotografía el tumor se destaca del resto de la médula sana en forma de mancha obscura. Localizado el mal, se extirpa con facilidad, pues se conoce el lugar exacto donde hay que operar.

No hay ningún peligro en que los pacientes se sometan a la acción de los rayos X, porque la exposición dura poco tiempo. El peligro es para los médicos que manejan el aparato y tienen que tomar precauciones para protegerse contra esos rayos invisibles también, y sólo se manifiestan años después, cuando ya son incurables y de gravísimas consecuencias.

Por eso se recomienda que se protejan el cuerpo con un fuerte mandil de cuero, antiparras de cristal de plomo y guantes de caucho impregnados de plomo, como armadura contra la letal influencia de estos rayos.

Si se manejan con descuido, la muerte del manipulador puede ser el castigo a su impericia o abandono. Manejados con las debidas precauciones, son un gran remedio que ha de prolongar la vida de muchos individuos.

Dentro de poco, todos nos haremos la radiografía de todo el cuerpo, con lo que podrems leer nuestro porvenir.

descubrimiento de Roentgen fué Edison, el cual hizo experimentos con ochenta substancias para elegir la más sensible y fuorescente al exponerla a los rayos de Roentgen, y con una caperuza especial, invento del mismo, el doctor Willams fué el primero que vió el interior de un cuerpo humano.

Antes del descubrimiento de Roentgen todos los estudios de anatomía, excepto en ciertos casos accidentes, habían sido hechos "post mortem". Hoy, gracias al sabio alemán, puede estudiarse en vida.

Una de las sorpresas más grandes fué el descubrimiento del constante movimiento del aparato digestivo, tan constante como el de los latidos del corazón.

Hoy, como todo el mundo sabe, se hacen radiografías, con lo que se puede hacer la diagnosis de una enfermedad, evitando operaciones, a veces inútiles, y sondajes molestos.

Otro sabio alemán, Reider, tuvo

ARGENTINOS ILUSTRES

(Del próximo libro "Impresiones de mi viaje a Sud América").

Si existen en el mundo caballeros
aún, en este siglo que avillana,
de aquella hidalga raza castellana
de Ponces, de Guzmanes y Cisneros,
es el Doctor Florencio Ballesteros
suprema encarnación, esencia hermana
de la histórica SANGRE AZUL hispana
que no encontró rivales ni linderos.

Tratando este Señor, sabio y prudente,
su notable figura se dilata
y deja ver su heráldica ralea.

El es tan caballero justamente
hogaño aquí, en el Río de la Plata
como fué el que juró en Santa Gadea I.

Manuel ALVAREZ JUAREZ

(I) Iglesia de Santa Gadea, de Burgos, en donde juraban los hidalgos, y en donde el Cid exigió juramento al rey Alfonso VI de no haber intervenido en la muerte de su hermano Sancho IV, antes de ser calzado caballero.

CUARTELERA

El sargento, (al conscripto, que es enormemente grueso). — ¡Cuádrese!

El conscripto. — Imposible, mi sargento.

El sargento. — ¿Por qué?

El conscripto. — Porque todavía no se ha inventado la cuadratura del círculo.

ENTRE AMIGOS

—¿Estás mal con Andrés?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque fué novio de mi esposa.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Que me carga y me indigna el que haya sido más listo que yo.

Martinez Sierra nos habla sobre un interesante tema teatral: "UN SOLO GUSTO AMERICANO"

El arte de Catalina Bárcena

No creo — afirma el ilustre Gómez Carrillo — que el gusto hispanoamericano pase a ser nunca gusto norteamericano. Y añade: "pueblos de distinto origen y con tan escaso cruce entre ellos no pueden crear jamás un mismo punto de vista artístico".

También el doctor Marchetti, afirma que la independencia de Sud América está salvada mientras no se uniforme el gusto de todos los habitantes del continente americano, para lo cual, dice, necesitarán pasar muchos siglos todavía.

Todo esto está muy bien, y aún están mejor las teorías científicas que se manejan para la demostración de un imposible tipo de americano único, pero a todo ello acaba de responder un escritor de gran talento de esta manera:

—¿Y el aumento de nuestra lengua en América?... ¿Y los recientes triunfos de artistas españoles, como la Bárcena, que ha producido en su breve actuación un verdadero "estado de arte"? ¿A qué se deben?

Las preguntas nos dejan un tanto perplejos, porque, efectivamente, el caso de Catalina Bárcena ha sido de tan extraordinaria importancia por la magnitud de su éxito, que de él parecería desprenderse que si por lo menos no se ha terminado de crear el gusto único d todos los americanos, estamos en sus comienzos.

La crítica, que con todos los defectos que le pongan sus detractores, es el único documento que queda para la demostración de los hechos de arte, coincide de tal modo en apreciar a la gran actriz española, que no hemos podido hallar un solo juicio desviado de esta línea recta de ditirambos, a pesar de haber examinado más de 300 artículos que se le han dedicado por los periódicos de los Estados Unidos.

Todos ellos se podrían condensar en este juicio de J. Brrokks Atkisen, en el "The New York Thimes": "La compañía de Martínez Sierra emplea un lenguaje cosmopolita, perfectamente comprensible en todas partes. Es una compañía verdaderamente interesante, que interpreta con espíritu todo lo que emprende. La Bárcena — su agraciada primera actriz —la representa en su mejor aspecto, porque sin ninguna de las exhibiciones pirotécnicas tan comunes en las estrellas populares, sabe ir directamente al punto esencial de cada escena. Conquistadora en su sencillez y su franqueza, picante sin incurrir en la vulgaridad. Pone tanta inteligencia en sus creaciones, que el rostro se le ilumina antes de recitar las frases ingnificativas, lo cual, en mayor grado que todo lo demás, es como la fuerza que anima su arte. En verdad, la Bárcena recurre tan poco a los trucos acostumbrados de las estrellas del teatro, que se corre el peligro de valorar su extraordinario arte en menos de lo que vale realmente".

Pero lo que más ha llamado la atención de las gentes del teatro en el éxito de Catalina Bárcena en Norte América, no ha sido el elogio abundante y el análisis favorable, sino la prontitud y la sencillez con que ha sabido penetrar en el público el alma sensitiva y profunda de Catalina Bárcena, a pesar de presentárseles en una lengua tan poco usual para ellos, como la española.



La genial actriz española Catalina Bárcena



El prestigioso dramaturgo español don Gregorio Martínez Sierra

—¿La entendéis bien? — le pregunta un crítico a otro, durante una de las representaciones.

—Perfectamente... No es nada difícil percibir el olor del nardo...

Pues bien, si americanos del norte y del sur y del centro pueden coincidir en apreciar el olor del nardo, creando así un tipo de igual sensibilidad de olfato, ¿por qué no creer que algún día puede darse también el tipo igual de gusto artístico en todo el continente? Por lo menos en el caso de Catalina Bárcena ya ha sucedido, y aunque ello sea algo especialísimo, cuya dependencia descanse en la irradiación extraordinaria de una actriz inmensa, bueno es anotar el hecho para quien le guste ahondar sobre estas cosas.

En realidad el problema dejará de ser un día no solo continental, sino mundial también. Debe ser, al menos, nuestra aspiración y nuestra esperanza. De nada servirán los cruces de literaturas, la amistad de las naciones, los grandes vuelos dominadores de mares, si luego, al hallarnos frente a una actriz como la Bárcena, por ejemplo, no sabemos saborear todo su arte...

El insigne aut r de "Canción de cuna" y de "Corazón ciego", hace una pausa que nosotros aprovechamos para poner en orden nuestros apuntes.

Su conversación, tan original y brillante, gira luego sobre sus impresiones de la República Argentina, su gratitud hacia nuestro público y el interés que le han despertado algunas obras del teatro nacional, de lo cual ha dado buena prueba, incorporando, como se sabe, al repertorio de la compañía de Catalina Bárcena, el sainete "Mustafá" de De Rosa y Discépolo.

Con palabras muy amables para FRAY MOCHO y el periodismo argentino, cierra su breve "causerie", prometiendo un próximo regreso y una nueva comedia que desde ya aguardamos con interés pues, a no dudar, ha de valer lo que todas las suyas.

Enrique FEINMANN.

Colegio "Nuestra Señora de la Misericordia"

Bodas de plata de su fundación

Una gran obra que ha dado frutos abundantes para nuestra sociedad porteña, es la que con sus esfuerzos han conquistado las Hermanas Maestras de "Nuestra Señora de la Misericordia".

No con el látigo que fustiga las pasiones, sino mediante la devoción absoluta de una paz espiritual conquistadora han ejercido durante veinte y cinco años una obra maravillosa de armonía social y de fraternidad.

¡Con cuánto entusiasmo afianzan su grandeza en el reinado de la bondad cultísima, en la grandeza de la preparación intelectual que transmiten con gran pujanza moral a las niñas que se forman bajo su altruista amparo!...

¡Altruismo!... sí, porque van infiltrando en esas almas vírgenes el prestigio y la ciencia que luce con todo esplendor en esas mujeres que bajo sus tocas de religiosas y bajo sus sayales negros tienen la fé en un porvenir venturoso y saben bien que sólo la inteligencia y la afinación de los sentimientos son los que pueden llevar a una armonía social y a una renovación de valores positivos!!...

Las Hermanas del "Colegio de Nuestra Señora de la Misericordia", son de una singular inteligencia y de una modalidad propia que traduce que son personalidades definidas.

Hemos tenido ocasión de visitar la sede central, ubicada en Belgrano. Es un regio establecimiento educacional moderno. Con todas las comodidades de un gran hogar confortable y de una escuela maravillosamente instalada. Allí se adquiere conciencia moral del verdadero destino del ser.

La Ciencia y el Arte confraternizan en todo su esplendor como un abrazo fraternal de prosperidad luminosa, de armonía grandiosa!

Armonía, que en ellas, en las dignísimas educadoras que visten el simbólico hábito de la Misericordia, es paz, disciplina, justicia, instrucción, arte, bondad, es civilización, porque sin armonía social no puede existir el progreso que tanto aspiramos para bienaventuranza de todos los seres humanos.

La entrada es un magnífico jardín en plena floración como queriendo adherirse a la fiesta del espíritu con que celebramos esta fecha de plata, todos los que sabemos apreciar las verdaderas obras de bien.

Luego, nos reciben la Madre Superiora Sor Matilde, y las Hermanas: Concepción, Ernestina y Magdalena. Nos reciben con la dignidad, la cultura y la exquisita bondad de los seres superiores.

Vamos acompañados de una ex alumna que abrazan con efusión esas nobles educadoras porque recuerdan que su paso por el Colegio, que hoy visita, dejó la estela luminosa de su espíritu gentil, de su bondad ingénita!...

Actualmente, señora de hogar, con arraigados prestigios por su cultura y su belleza, sigue sembrando los frutos recogidos en la dignidad de las enseñanzas de las Hermanas de la Misericordia. Y, así, lo reconocen y se lo dicen a Sarita Piñeyro de Parravicini.

Luego, al visitar las aulas, dormitorios, comedor, salitas de música, gabinetes de botánica, de zoología, de física, de química, salón de dibujo y pintura... nos deslumbra la organización brillante del Colegio.

Instruirse en un ambiente de tanta disciplina encantadora debe ser algo muy fácil y muy seductor!...

Porque la disciplina es una disciplina de orden moderno, de mundo aristocrático, de vivir superior.

Habitaciones confortables, amuebladas con primor y con albura: prensión artística!...

El gabinete de Botánica y Zoología, estupendamente instalado, y dirigido por una maestra de cimentada y sólida especialización, Sor Concepción, que ama a la Naturaleza porque sabe cuán pródiga es en sus regalos generosos. La oímos. Atendemos sus explicaciones sobre sus gabinetes. La vemos cortando unas mosquetas blancas para obsequiarnos. Y, comprendemos el amplio dominio que debe ejercer en su cátedra.

El gabinete de Física y Química es característico. Pocos existen tan completos para los estudios de investigación científica. La maestra Sor Rappa, es una química de altos vuelos mentales.

Y, así, la pintura y el dibujo bajo la selecta dirección de Sor Corina, una artista de verdad.



Alumnas practicando en el laboratorio de química

salitas de Arte donde cada piano ejerce su sagrado apostolado de encantamiento, bajo la dirección de un alma de artista: Sor Magdalena que preside su clase con una espléndida y significativa estatuita de Santa Teresita y los retratos de nuestros grandes maestros: Beethoven, Schuman, Chopin, Wagner, rodeados de flores, de elegidas flores, que manos exquisitas seleccionan con expresiones vigorosas de sentimiento y de com-

Observamos todo. Oímos con atención respetuosa y admirativa a la Reverenda Madre Superiora, Sor Matilde, a la Hermana Ernestina, y comprendemos el meritorio esfuerzo que realizan con talento positivo las Hermanas Educadoras del Colegio "Nuestra Señora de la Misericordia".

Se multiplican sus minuciosos estudios, sus ansias de superarse y justifican su alto apostolado en los variados tonos de su dedicación dominando con sus inteligencias y sus espíritus amplios los prejuicios de antaño de que en las escuelas de religiosas sólo se enseña a rezar y a bordar... Los ejemplos que dan estas Hermanas son elementos de prueba: sus alumnas están incorporadas a la Escuela Nacional "Roque Sáenz Peña" donde reciben su título nacional. Al igual, proceden con la música, pintura, artes decorativas, etcétera.

Esta institución, se destaca en sus aspectos fundamentales como una obra que pone de relieve los elementos robustos para su sostenimiento en tal grado de prestigio y prosperidad: las almas selectas de ese núcleo de mujeres, que con la discreción de su cultura, han organizado una entidad modelo de protección con miras de superación para las niñas de nuestra sociedad calificada.

Adela GARCIA SALABERRY.



Jardines de recreo para el alumnado.

La circulación de la sangre

Al español Miguel Servet o Serveto, primeramente, y al inglés Guillermo Harvey, después, debemos los primeros conocimientos sobre la circulación de la sangre, fenómeno fisiológico que no solo debe interesar a los médicos a los anatómicos y a los hombres de ciencia, sino a todos en general, puesto que de esa función depende nuestra salud.

Hasta que no se supo el funcionamiento de las válvulas del corazón, su manera de abrirse y de cerrarse herméticamente, los progresos en esta parte de la fisiología humana eran imposibles.

Harvey, después de sus estudios en Padua con el maestro Vesalio, padre de la anatomía moderna, y de constantes trabajos, logró saber que la sangre estaba contenida en unos tubos, por los cuales corría constantemente yendo al corazón y volviendo de él, recorriendo la intrincada red de venas y arterias, pero no tenía a su disposición aparatos a propósito para observar el paso de la sangre del sistema arterial al venoso.

El descubrimiento de esa finísima red de vasos llamados capilares en la que terminan las arterias y principian las venas, fué posterior, cuando se mejoró el microscopio.

Ni Servet ni Harvey tuvieron conocimiento de la naturaleza de la sangre, descubrimiento que también se consiguió gracias al microscopio y con este descubrimiento vino como consecuencia el conocimiento de las funciones del líquido vital.

En el transcurso de los tres últimos siglos la ciencia ha hecho grandes progresos sobre ese tema.

¿Cuál es la naturaleza de la sangre y cuáles son sus funciones?

La sangre es un flúido que tiene en suspensión una infinidad de cuerpos diminutos de forma de discos llamados corpúsculos rojos, tan pequeños que se podrían colocar un millón de ellos en el espacio de un centímetro cuadrado. Se calcula que en el cuerpo humano hay, por término medio, unos 70.000 millones de estos glóbulos.

En cuanto a su origen aún hay dudas, pero se cree que se forman en la médula roja de los huesos y en el bazo.

En todos los vertebrados, excepto en los mamíferos, estos corpúsculos rojos presentan un centro o núcleo.

Además de los glóbulos rojos la sangre contiene otros que se llaman corpúsculos blancos, de los que hablaremos después.

En cuanto a las funciones de la sangre diremos que son tres: de respiración, de nutrición y de policía.

Todos los animales inferiores este vital cambio de gases se efectúa a través de las paredes del cuerpo, sin la intervención de la sangre, pero ya en otros seres, insectos y vertebrados, este cambio de gases de gases se efectúa por el torrente circulatorio.

En los vertebrados el vehículo son los glóbulos rojos, cuyo color se debe a la presencia de la hemoglobina, que tiene una especial afinidad por el oxígeno.

Por esto en los peces la sangre tiene que ponerse en contacto con el oxígeno que contiene el agua en suspensión, lo que se efectúa por medio de las agallas, que son una red de vasos sanguíneos sobre un soporte óseo. Su excesivamente finas paredes permiten a los glóbulos rojos absorber el oxígeno que llevan a todos los rincones del organismo y regresan en el veneno-so ácido carbónico.

En las larvas de los peces y anfibios las agallas aparecen en forma de ramas que se proyectan hacia el exterior desde la cabeza.

En los anfibios estas agallas se convierten más tarde en pulmones que se llenan de aire, respirando por boca y narices.

El quilo formado por los intestinos después de cada comida es absorbido por un sistema de casos llamados linfáticos y pasados al torrente circulatorio.

El quilo, llevado por la sangre, lo van recogiendo los tejidos gastados, el cerebro cansado, las piernas, después de una larga caminata, los brazos fatigados por el ejercicio, etc.

El exacto proceso de cómo el alimento ha llegado a convertirse en el "yo" es aún un misterio.

En cuanto a la función de policía que la sangre desempeña en nuestro cuerpo se refiere, recordaremos los glóbulos blancos, que no son tan numerosos como los rojos, tienen volición propia y cambian constantemente de forma, como la criatura más sencilla y primitiva la Amoeba.

Supongamos que nos hacemos una heridita en un dedo y que en la herida penetra alguna materia extraña. El dedo se pone rojo, se hincha, se inflama si no se ha desinfectado, la herida va a peor, se forma un abceso en el que se forma materia.

¿Por qué ocurre todo esto?

Tan pronto como una materia extraña entra en la herida, la voz de alarma se extiende por todos los glóbulos blancos de la sangre que, decididos y valientes, acuden al lugar de la invasión, con rapidez y empiezan a atacar y prender a los organismos asaltantes.

Cuando éstos son poco numerosos, pronto son vencidos por la policía, la herida se cura y todo queda olvidado; pero si las fuerzas defensoras no son muchas, la batalla se prolonga; se pierden fuerzas y los corpúsculos blancos van muriendo en el campo de batalla. La acumulación de esos cadáveres forma el pus de las heridas enconadas.

Esto mismo ocurre con las enfermedades. Hay lucha y nuestra salud depende de quien sea la victoria. Si vencen los corpúsculos blancos el enfermo sana; si vencen los extraños, los invasores, viene la muerte del paciente.

Otras veces, los corpúsculos son atacados en lugar de atacantes. En este caso, son los glóbulos rojos y no los blancos los que intervienen.

Las enfermedades del hombre y de los animales domésticos son debidas a pequeños organismos que atacan a los glóbulos rojos. Estos enemigos son los protozoas, que en parte se desarrollan en los cuerpos de los insectos. La fiebre amarilla y la enfermedad del sueño tienen por vehículos al mosquito y a la mosca tsé-tsé.

Esto en resumen y a la ligera lo que aquí debemos decir sobre tan importantísima función como es la circulación de la sangre.

SONATINA

Para FRAY MOCHO.

I breathe to southern night my sighing,
Whose thoughts like seabirds free are flying
From shipboard's lighted, laughter-lilting snare;
Where sombre clouds are border'd golden
There long my kneeling gaze is holden—
For smoulders so my Princess aureate hair!

I have naught dearer in possession
Than this — ah! grave, sincere confession—
Most royal largesse of her memorias.
The stars stare witless of the wonder
Wrought by them in the cloudfire under—
So look, spell-innocent, my Princess'eyes!

Those stars are far away as she is,
By more than distance held from me is
The bliss obeyed law interdicts from thought:
Yet still she lovely makes love's duty,
Gives sorrow peace and shadow beauty,
Whose flute voice by each breaking wave is brought.

I wish the moon were come, to tell me
The lyric fancies that befell me
As once I dreamed by my fair lady's side;
For as she passed, and silverirn-finger'd
Our quiet blessed with touch that linger'd,
I did them in her ivory casket hide!

Ah Muse! curved arms and bosom milkwhite
In subtile — woven magic moolight,
Like alabaster lustrous, pure as snow
Wherein the forceless farer falling
Warm finds, not cold, and sweet sleep calling
To meads where Love's undying roses blow!

Francis BRYDON SMITH.

TRADUCCION

Exhalo a la noche septentrional mis suspiros. Mis pensamientos, libres como aves marinas, vuelan lejos del acecho luminoso y riente del barco. Mi mirada se fija reverente allí donde las estrellas fúlgidas bordean de oro las sombrías nubes, y hacen arder en rescoldo el áureo cabello de mi Princesa! No poseo nada más querido — ¡ah, confesión grave y sincera! — que esto real largueza de mis recuerdos. Las estrellas, miran inconscientes del prodigio de fuego de nube por ellas encendido, miran, miran, inocentes de su hechizo, los ojos de mi princesa.

Tan lejos de mi están las estrellas, como lejos está ella. Y más que distancia separa de mí la felicidad, que ley obedecida prohibe al pensamiento. Pero, sin embargo, ella hace dulce hasta la amargura del amor. Al dolor da paz, y a la sombra belleza. Su voz rrulladora se oye en cada ola que susurra! Desearía que la luna viniera a contarme las líricas fantasías que me poseyeron antaño, soñando al lado de mi Princesa; pues cuando a su paso lento su plateada mano bendijo, nuestra paz; con tierno rozamiento las escondí en su secular cofre de marfil. ¡Ah, musa! Brazos esculturales y mórbidos senos: en el tejido sutil y mágico del claro de luna, lustroso como nieve en donde el caminante rendido halla cálido y dulce sueño que lo eleva a las praderas donde se abren las inmortales rosas del amor.

Las bicicletas en Berlín

A partir del día 1.o de julio, se prohibió a los ciclistas circular por las calles principales de la ciudad de Berlín.

La medida se ha adoptado después de la reciente visita a París del prefecto de la policía berlinesa.

Reina gran malestar entre los modestos empleados de todas clases que utilizan este medio de locomoción, pues se tiene, además, el temor de que la prohibición se extienda a las calles secundarias.

Una ley necesaria

Por el Doctor Colapinto

Hace unos meses leí en los periódicos que en algunos juzgados del crimen de Norteamérica se hacían experimentos con la scopolamina, bajo cuya acción parece que los presuntos criminales confiesan sus delitos y las circunstancias en que fueron cometidos.

Ignoro los resultados. Naturalmente este sistema de descubrir la verdad mediante inyecciones puede ser discutido desde el punto de vista legal, moral y científico, aunque me parece mejor que el sistema de torturas, que, según dicen, se usa en algunas comisarías.

Se trata de un alcaloide, de la familia de las solanáceas, como la belladona, muy venenoso, que hace perder al cerebro el control sobre las ideas, inhibiendo la facultad de inventar los embustes con que los profesionales del delito tratan de evitar el castigo que merecen.

Confieso que estos experimentos me interesan por sus múltiples aplicaciones. Una inyección a la Poey y Llacoy y las tinieblas impenetrables del asesinato de Ray desaparecían como apretando el botón de la luz eléctrica.

El dueño de una tienda que se incendia — asegurada, como es de práctica — diría cómo, cuándo y por qué provocó el corto circuito. Desaparecerían, claro está, los abogados, los testigos falsos, las aves negras con sus artimañas. El juez no tendría más trabajo que recoger la declaración del acusado, que no puede mentir, y fallaría sin motivo de apelación. Una verdadera revolución social, en fin, que dejaría atrás a las más catastróficas revoluciones de la historia.

Pienso que si la eficacia de la inyección fuera comprobada, convendría aplicarla a los que quieren casarse. Si yo pudiera ordenaría que, antes de celebrarse el matrimonio, se aplicara una inyección al novio, en presencia de la novia y de los futuros suegros. El resultado no sería sólo regocijante como un sainete, sino instructivo y beneficioso. Apuesto a que tendríamos, sobre cien novios, esta estadística aproximada:

Primero. — Algunos, tal vez un veinte por ciento declararían que se casan por la irresistible fuerza, misteriosa e inexplicable, que se llama amor. Para honor de la humanidad, hay jóvenes capaces de enamorarse.

Segundo. — Otros, un treinta por ciento, pondrían de manifiesto su sensualismo, es decir, confesarían estar seducidos por el atractivo de un hermoso cuerpo.

Tercero. — Esta categoría, la más numerosa, estaría formada por hombres que, después de haber calaverado mucho, cansados y agotados, se deciden al matrimonio, "para descansar", sin reflexionar que si para ellos el matrimonio es un puerto de llegada, es decir, de reposo, para la mujer el matrimonio es el puerto de salida, es decir, de activo movimiento. Estos novios son los egoístas que piensan con fruición en la mujer paciente que les preparará el caldo de gallina, les zurcirá los pantalones y les aplicará las cataplasmas.

Cuarto. — Habrá, en fin, quien, bajo la acción del alcaloide, dirá con desparpajo que se casa porque la novia es rica.

Conclusión: No sé si habrá uno sobre cien novios que diga: "Me caso porque creo haber encontrado una mujer que me dará hijos sanos de mente y de cuerpo, porque los dos estamos en las condiciones físicas y morales que se requieren para procrearlos."

Es absurdo que para comprar un reproductor, sea toro, pavo, gallo o carnero, se piense, averigüe, investigue con tanta minuciosidad, y para dar una hija como esposa a un hombre, en un país y sin divorcio, se proceda con tanta ligereza.

Hay un refrán italiano, muy antiguo: "Moglie e buoi dei paesi tuoi", es decir, la mujer que se elige como esposa y los bueyes que se compran conviene que sean del mismo pueblo, porque así se conoce su historia genealógica desde años. Se tiene en cuenta la salud de los padres, tíos y abuelos y sus condiciones mentales y morales. Debe estar muy enamorada una joven para casarse con un mozo que entre los miembros de su familia tenga tísicos, locos o degenerados.

Aquí, entre el aluvión de los inmigrantes, vienen muchos elementos no deseables. Con un poco de desfachatez o don de gente se infiltran en la sociedad y consiguen conquistar. Muchos de ellos pueden decir:

"Son come il frutto fracido di dentro e che conserva il suo color di fuori".

Estos tipos esperan curarse después del matrimonio. Creen poder imitar a los que llegan a la estación cuando es inminente la salida del tren y tiran sus bultos desordenamente en el vagón por la ventanilla. Después ya el tren en marcha, los van arreglando con toda comodidad.

Muchas veces han venido a verme individuos que pretendían curarse en un plazo fijo de quince días, ¡cuando necesitaban tres años! Puede imaginarse el desastre que representa una unión en estas condiciones y el derrumbe de un hogar que se inicia con banquetes de despedida de soltero y augurios de felicidad.

La suprema corte federal de los Estados Unidos ha resuelto la validez de una ley de esterilización, sancionada por la legislatura del estado de Virginia, fundada en la ley de herencia.

La esterilización se aplica a los criminales natos, condenados a reclusión perpetua. El tribunal declara que, "si el estado dispone de las vidas de sus mejores ciudadanos para defender la patria en tiempo de guerra, puede disponer de los medios de defensa social que limitan en el delincuente o insano sus estigmas y taras, impidiendo que la herencia los extiende a la sociedad.

No pretendo que se esterilicen algunos enfermos. Sólo creo que por ley se debe exigir a los que contraen matrimonio que estén sanos.

Hay un proyecto de ley en el congreso nacional que debería ser sancionado. Exige a los que quieran casarse un certificado de salud extendido por médicos competentes y moralidad intachable. Conviene agitar la opinión pública para que sea una realidad. Después de todo, no se trata de un ensayo. Existe en otras naciones, y el sentido común y el interés social le dan un carácter de urgencia e indiscutible utilidad.

Idilio suburbano

Por María Angélica Méndez Caldeira

Don Pascual, el zapatero, tiene una hija "apetitosa", según los mozos del barrio, los que, al pasar, no pueden dejar de echarle una miradita tierna, con disimulo, porque el viejo es celoso como un turco.

Rosita, que es el nombre de la hija de don Pascual, hace chalecos en un taller y al regresar de su tarea cotidiana, flirtea con su novio, "Manzanita", bajo la sombra de los plátanos que orillean la calzada. Los novios se arrullan apichonados, y don Pascual, ageno al idilio, apura en el almacén de la esquina "El Pensamiento", algunos vasitos de grappa.

—¿Entonces, lo que se dice de tus amores con otro, Rosita?

—No tengas duda, "Manzanita", son habladurías de las hijas del panadero, que me envidian porque ellas no tienen novio. ¡Qué van a tener esas con esas caras que Dios les ha dado!

—Es cierto; son unas pobres lechucitas...

—Pero a vos te gustaba bastante la de los labios al carmín...

—¡Celosa!

—¡Pavoo!...

Por la calzada avanza lentamente don Pascual, haciendo complicadas eses y al ver a los novios grita con voz aguardentosa:

—¡Vaya dentro, Mesalina; a ese torante l'arreglo io, Dío!...

. . . .

Han pasado muchos meses. Carnaval toca a su fin. Un grupo de pilletes vienen precediendo y haciendo algarabía a una comparsa.

Traen en andas, un monigote relleno de paja, símbolo del alegre Momo. Las cornetas, mandolines, acordeones y matracas, inundan, el ambiente silencioso del barrio suburbano. Los vecinos, al oir el alboroto, acuden a las puertas y ventanas. Los canes ladran y husmean a las mascaritas y éstas, cantan, bailan y lucen todas las habilidades que forman su programa. El oso "Carolina" avanza, haciendo mímica grotesca y es posible que el pobre oso esté, bajo los rayos del sol y la atmósfera canicular, bañándose "turcamente" porque así lo atestigua su rostro congestionado patéticamente y su frente bañada de sudor.

Entre las mascaritas está el novio de "Manteca", la lecherita, disfrazado de Moreira; luce botas de charol y espuelas, chambergo aludo, facón atravesado en la cintura y un clavel rojo en la oreja. Es carnicero. Está también el panadero, en su carácter de "tony", con la cara empolvada con harina, y las otras, de cocoliches, trovadores italianos de la edad media, munidos de mandolinas y sendas plumitas en los sombreritos de terciopelo negro; hay también doctores con sendas levitas, a los que, los pilletes irreverentes les gritan: "doctores del agua fría..."

Después de "hacerse ver", como dicen las chicas, arrojan papel picado en profusión y fresquitos chorros de pomo fragante...

Una máscara, ridiculamente ataviada, se ubica en la esquina; entanto, la comparsa se aleja rumbo al centro de la ciudad.

La luna, bogando en el cielo límpido y azul, como un disco de oro, ilumino con melancólico resplandor de plata, el barrio suburbano, dando un tinte poético a la prosa del lugar. Los canes, ya no ladran y filosóficamente piensan en las locuras de los hombres.

A lo lejos, se ven fulgurar los arcos de policromas luces de la Avenida de Mayo, y la paz reina nuevamente en este barrio suburbano de Buenos Aires.

Rosita, que ha quedado sola en la puerta y la mascarita que se había ubicado en la esquina, se están mirando con insistencia. La máscara, viste ridículamente, pero ella sospecha lo contrario, tanto que, se acerca en tren de conquista a Rosita y ya muy cerca, le dice con voz medrosa y emocionada:

—¿Cómo te va, Rosita?...

Esta se pone nerviosa, porque esa voz le trae un dulce recuerdo; en sus ojos celestes y dulces brilla un fulgor de ensueño y sus mejillas blancas, se han coloreado tenuemente.

—¿Y vos quien sos, mascarita?...

—¿No me conocés? ¿No te acordás de mi voz?

—No...

—¿No te acordás del año pasado, para Carnaval, en el baile del Círculo "Il Trovatori"... que vos ibas de pompón?...

—¡Manzanita!...

—¡Rosita!...

Don Pascual en el almacén de "El Pensamiento", ajeno al idilio apura sus vasitos de grappa, y la luna más pálida aún cual un pierrot espolvoreado de fino polvo de plata se oculta y espía a ratos desde los tules negros de las nubes que la ocultan, a estos novios amantes, dejándolos en una obscuridad propicia de ensueño, grata a Cupido, el de la flechita de oro, el rubio travieso, felino y juguetón como un micifuz...

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Tinta para plumas estilográficas. — Las tintas ordinarias dan malos resultados porque su evaporación demasiado rápida provoca la desecación de la delgada capa que se adhiere a la pluma, y, por otra proporción, forman depósitos que ensucian la pluma y obstruyen el canal de salida.

Como las tintas especiales que se venden para las plumas estilográficas suelen ser caras, creemos de utilidad dar a conocer el medio de fabricarlas uno mismo. Hay que emplear una buena tinta de campeche del comercio (tinta de escribir común), diluída en su volumen de agua. Hecha la disolución se agrega al líquido de 2 a 5 por 100 de glicerina para impedir la evaporación rápida.

Esta tinta da tan buenos resultados como las que se venden especialmente para las plumas estilográficas.

Limpieza de encuadernaciones de piel a la española. —Para quitar las manchas de la lomeras de los libros producidas por el polvo y los dedos, no hay más que poner a hervir un poco de leche descremada con otro poco de jabón. Cuando el líquido se ponga como jarabe se agita, y en la espuma que forma se moja un pedazo de franela y se frota con él el lomo del libro sucio.

Las manchas desaparecen como por encanto y en seguida se enjuga la piel con otra franela bien seca.

El mismo procedimiento sirve para limpiar guantes de piel.

Ciertos papeles fotográficos del género celoidina, cuando son algo viejos, se abarquillan en los baños y al tratar de estirarlos, lo mismo en seco que en húmedo, se les quiebra la gelatina y se llena su superficie de grietas finísimas que hacen muy mal efecto.

Esto se remedia fácilmente, según "La Nature... dejando a las pruebas enrollarse en los baños de hiposulfito y de lavado (en el viraje no es muy pronunciado todavía y no molesta), y bañándolas, finlamente, en **alcohol fuerte.** Cuando el papel está bien impregnado, lo cual requiere un cuarto de hora próximamente, se extienden bien las pruebas y se prensan entre hojas de papel filtro o de papel secante. El secado es casi instantáneo y no se produce ninguna grieta.

Para evitar que ataque el orín a los depósitos de agua, de acero, hay que empezar por limpiar todo lo posible el metal, especialmente en los sitios ya atacados por la roña y darles una mano espesa de lechada de cal. Cuando se haya secado se repite la operación, y no se echa agua hasta que la segunda mano está perfectamente seca.

La lechada se compone de cal recién apagada y mezclada con agua hasta formar una crema espesa, a la que se añade un poco de cola.

Cemento para el celuloide. — 25 partes de goma laca se disuelven en 25 partes de alcohol alcanforado, y se añaden 100 partes de alcohol al 90 por 100. También puede hacerse un cemento disolviendo finas virutas de celuloide en alcohol al 90 por 100.

Crema para limpiar muebles, mármoles, cueros, etc. — Si bien entran muchas cosas en su composición, da siempre, en cambio, buenos resultados. Aplícase con un trapo a las superficies que se quieran limpiar y abrillantar y se pulimentan luego con un pedazo de franela.

Se hace del modo siguiente: En 1500 partes de agua, a la cual se hayan agregado 25 partes de carbonato potásico, se ponen a hervir 2500 partes de cera blanca hasta obtener una emulsión, añadiendo el agua necesaria para compensar la que se evapora. Se menea todo lentamente mientras se esté enfriando y se añaden poco a poco, sin dejar de moverlo, 4000 partes de trementina hasta obtener nuevamente una emulsión, y, por último, se agrega más agua hasta haber consumido 4500 partes en total, se mueve bien y queda hecha la crema.

En la corte del maharajah de Bikanur

A LA CAZA DEL TIGRE REAL

Ha sonado el cuerno de caza. En la lejanía distinguimos un automóvil que se acerca veloz. Lo hemos perdido de vista en un curva del camino y de pronto se detiene ante nosotros. Surge del coche la noble figura del maharajah de Bikamir, que se inclina gentil ante sus invitados. Como nuevo anuncio de cacería real un elefante lanza al aire el agudo clarín de su impaciencia. El príncipe sonríe, da la señal, y todos nos dirigimos hacia los elefantes, sobre los que nos disponemos a partir a la caza del tigre real.

Mas de cien poderosos paquidermos se alinean en correcta formación; trepamos por medio de ligeras escalerillas de bambú hasta el cómodo "auda" sólidamente tejido de cáñamo e instalado sobre el lomo del animal, que no sólo nos brinda refugio seguro contra los ataques del tigre, sino que nos proporciona, además, un alivio en medio del tórrido calor de los junglares.

Suena de nuevo la trompa de caza y la fantástica procesión de paquidermos se pone en movimiento. A cada elefante de caza provisto de su "auda" siguen otros montados únicamente por un guía conductor de la cacería, el "mahout", escogido indígena y que tiene la misión de dirigir hábilmente la expedición.

Ha pasado media hora. Cazadores y guías hemos llegado a nuestros puestos. La enorme barrera formada por los elefantes se extiende varios kilómetros en la llanura. El silencio es profundo. Hay todavía una tregua para dar tiempo a que los últimos paquidermos se acerquen y cierren la inmensa cadena que formamos.

Estamos en los terrenos donde se encuentro el "chag" (tigre). Hace ya varias semanas que el maharajah ha sido prevenido y se han mandado poner todos los días "paros" (cebos), que han ido desapareciendo sucesivamente.

En un momento dado se pone en marcha el gigantesco ejército y atravesamos el corazón de los junglares, fértil y agradable, cubierto por los bambús, característicos de esta región y por hierba de elefantes que se eleva a gran altura y ofrece un refugio al tigre en su huída.

Reina un silencio interrumpido sólo por el rumor de hierba gigante que tronchan los paquidermos al cruzar y por el golpe ocasional que da con sí fuerte garrote el cazador en algún árbol.

El príncipe, cazador muy experto, ha recomendado la mayor calma con objeto que el tigre no nos perciba antes de tiempo y emprenda esa huída fantástica, que ofrece siempre al cazador un blanco muy problemático.

Hemos atravesado el río que divide el terreno en dos partes desiguales y nos encontramos ahora en la región más salvaje, casi infranqueable, de los junglares. La maleza forma una espesura por la que hay que abrirse paso a viva fuerza, los cazadores hemos ido acercándonos y estrechando cada vez más el círculo. De repente, junto a uno de los elefantes de caza, surge rápido un tigre real que, de un salto, desaparece entre la espesura. El momento es de gran emoción. Varios elefantes se ponen en marcha a derecha e izquierda. Sigilosamente, conscientes del peligro cercano, marchan los inteligentes paquidermos, con las trompas contraídas, dispuestos a atacar súbitamente.

De pronto, en un claro de la maleza, se ha hecho visible la piel rayada de un tigre real.

Suena el disparo de un fusil... El tigre, en un esfuerzo desesperado clava sus zarpas en la cabeza del elefante más cercano. Sus garras traseras se incrustan en la trompa del paquimo, y éste, atormentado por por horrible dolor, realiza, antes de que el tigre haya podido darse cuenta, una rápida maniobra con sus patas delanteras y oímos el crujir de las costillas del tigre, destrozadas por el peso de hierro de su enemigo.

Contra el mildiú de los rosales. El mildiú constituye una de las plagas más peligrosas para los rosales; el mejor remedio para combatirlo es el lisol, que debe emplearse en la proporción de una cucharada pequeña en medio litro de agua tibia. Con esta solución se humedecen todas las hojas atacadas, por medio de una jeringuilla pequeña.

Si la dosis se ha calculado con toda precisión, el remedio es muy eficaz; pero una cantidad demasiado grande de lisol no sólo mataría al insecto, sino también a la planta.

Esto sucede, por supuesto, con casi todos los remedios que se aconsejan para estos casos.

Para dar al cuero transparencia y aspecto de asta. — Mediante un procedimiento nuevo, la piel desprovista del pelo, pero sin curtir, se endurece completamente y toma la estructura del asta calentándola en aceite, vaselina u otra grasa. Al mismo tiempo que se calienta, y según el tiempo que dure la operación y la temperatura de la grasa, el cuero adquiere mayor espesor, que varía según la estructura de la piel. De ésta, así como del grueso natural de la piel y del grueso que se la quiera dar, depende el tiempo que ha de estarse calentando. La piel sometida a este tratamiento se prensa, se seca, se suaviza, y finalmente, se pulimenta. Después de esta última operación queda transparente.

Como puede dársele diferentes grados de dureza, es posible producir un material a propósito para estamparlo, grabarlo, prensarlo, acordonarlo o trabajarlo de otras maneras.

Pasta para las navajas de afeitar. Una de las sencillas y de mejores resultados, se hace con estos ingredientes:

Hematites roja, 10 gramos.
Esmeril, 5 gramos.
Cera, 5 gramos.
Sebo, 10 gramos.

Se funde la cera en el sebo, previamente fundido y bien limpio, y luego se mezclan los otros dos ingredientes, pulverizados y tamizados. La mezcla debe revolverse muy bien, y puede aromatizarse con esencia de espliego, para que no huela a sebo. Cuando empieza a enfriarse, se le da forma en unos moldes de papel, en forma de cajitas.

En vez de la hematites puede emplearse pizarra pulverizada.

LA JUSTICIA

Por Juan Bautto

Para ("FRAY MOCHO")

—Ansina, ño Silvestre, que usté sabe lo que le ha pasao a los vascos, ¿no?

—¡Cómo no viá saber! ¡Cara cho qu' está lindo! Merecido lo tienen por testarudos.

—Vascos debían e' ser.

—Aunque no l' hubieran sido, muchacho. ¡Cosas e' la justicia! La justicia... ¡Ja! ¡Ja!

—Pero, francamente, bien como jué la cosa no sé, pero parece, que jué por unas vacas.

—Eso es. Por unas vacas... Pero, ¡quién sabe el valor e' cuántas vacas no se hubieran gastao los pobres.

—Los zonzos...

—Iban a ser vítimas e' la justicia, m' hijo. Pobre e' quien cai en sus tentáculos e' pulpo...

—¡Ta lindo! Vítimas, dice us té ño Silvestre...

—Hay un proverbio que dice más o menos ansina, dicho en tono e' maldición: Ojalá Tengás un pleito y lo ganés. Eso qu' es una tremenda verdá da a entender lo que son estas cosas e' la justicia. En mis largos años e' vida he tenido oportunidá e' aconsejar a muchos hombres; esto no quiere decir que me las echao e' sabio, pero, como el diablo sabe por diablo, pero más sabe por viejo, de áhi que, como digo, he dao consejos a pedidos insistentes de la parte interesada, y cuando se ha tratao e' la justicia he dicho siempre como una sentencia: Cuidao con ese bicho; es como si tuviera veleno; es un mal mordedor.

Vos tenés razón — te dicen, y claro, como vos tenés razón, ¡qué caracho! ¿Cómo no vas ha' cer que te la dean?

Y pa que esto suceda recurrís a la justicia. Ahura, pa que la justicia t' atienda tenés que dir acompañao d' uno d' esos pajarracos negros que se yaman abogaos, pa que te apadrinen.

Al otro, a tu contrario, le acontece lo mesmito, claro está, con otro pajarraco. Estos dos avestruces, porque. ¡mirá que tragan los glotones!, van a prencipiar los trámites en una cueva que se yama los trebunales. Claro, como son e' la familia, se cuentan sus cosas, sus negocios...

Ahí está la palabra: los negocios. Si no es ansina que se abaje tata Dios y que lo diga.

—Habla como un libro, ño Silvestre. No créiba que usté juera tan conocedor e' esas artimañas e' los e' la justicia.

—¿Por qué? ¿Porque me ves cayao? Yo, aunque no me estea bien el decirlo, tengo esa virtú. He tenido siempre presente eso de que: en boca cerrada no dentran moscas, por un lao, y por otro, que, saber cayar es de sabios. Y nunca me ha gustao pasar por iñorante, por más qu' en ese conceto me tienen muchos, la mayoría e' los que me conocen. Pero, hay güeltas en que resiento e' indinación, como ésta, ya ves, y me desato, porque he' hacerte presente por si no lo sabés que los pelos que debía tener en la luenga, me entren la cara y, ya qu' estoy en tren e' confidencias te diré entre paréntesis, qu' esta barba que de muchos años pa este lao cubre mi cara, cubre tamién un tajo cicatrizao, tajo que recibí una güelta hace muchas primaveras descutiendo injusticias e' la justicia.

—Caramba. Eso no lo sabía, ¿ve?

—Sí, Hortencio. ¡L' ocurrencia, tamién! Eso jué en una comesaría, que viene a ser como una antesala e' l palacio e' los trebunales.

—Ansina que alguna vez tuvo algo que ver con custiones e'...

—¡Y cómo te va! ¿Y quién no las ha tenido?

Siguro pichones como vos. Yo hablo por boca e' l' experiencia m' hijo. ¡Y mal que me las he visto, che! A ocaciones, solo, toco mi pobre cuero viejo y me pringunto si en rialidá soy yo mesmo el que tantean mis dedos, porque solo Dios sabe las penas qu' he pasao en mis setenta y tantos años.

—Yendo a lo que le pasó hace tantos años, me gustaría saber,.. en fin, ¿no?

—L' hechao tierra encima a mi pasao y no quisiera golver a sacarla. Además no creigo que te pueda interesar. A la vista tenemo lo que les iba a suceder a nuestros güenos amigos los vascos e' los tambos e' "La corona e' muerto". A mí me pasó algo pa recidos con la deferencia qu' eyos por casualidá discubrieron la cosa y atajaron el pasmo a tiempo.

—Pero es ridículo el caso e' Arreleche y Asputiá, ¿no ño Silvestre?

—Si t' he e' decir la purita verdá, no estoy bien enterao me parece porque no le creigo mucho a Anacleto que jué el que me contó. Si querés contame vos con pelos y señales, tuito lo que ha ocurrido.

—¡Fartaría más! Y le alvierto que lo sé bien porque me lo contó uno d' eyos mesmo.

Usté sabiá que los dos vascos son compadres y como tales son grandes amigos. Es' amistá nació ayá en su pueblo. Como se ve, amistá vieja y por lo tanto grande. Una mañana, Arreleche jué a visitar a Aspitía y salieron a recorrer el campo. A tranco e' poyo andaban, mirando el vaquerío, cuando redepente Arreleche vió en el campo e' su compadre unas vacas que le pertenecían. Le yamó l' atención a Aspitía sobre lo que había visto.

—Imposible compadre que sea ansí — contestó el interrogao, mostrando extrañeza.

—¡Pero si tienen mi marca! Esto es querer negar e' gusto.

—Yo no las he robao, como no pienso que usté, lo crea — contestó el otro.

—Yo no digo eso, compadre, pero podría ser que se hubieran mezclao — dijo Aspitía amablemente.

—No hay tal mestura, y no le tolero que desconfíe de mí.

—Mire que la hay.

—No hay nada.

—Lo veremos.

—Haga lo que quiera.

Y sin saludarlo, Aspitía se jué derecho a visitar al abogao e' "Santa Ufemia" el que tomó l' asunto en sus manos.

—¿Y le dijo que tenía razón?

—Eso es. Al otro día bien temprano jué Arreleche a consultar al mesmo abogao y le contó lo sucedido, agregando que su compadre estaba loco y que le quería sacar lo que era su propiedad legítema. El pajarraco, como usté dice, le dijo que no dejaba de tener razón, pero que como él defendía al otro, no podía atender al mesmo tiempo a él. — Ansina es, amigo — le dijo. — que yo le voy a dar una cartita pa un abogao amigo mío que vive en "El ñandú boliao" y usté lo va a ver. — Güeno — dijo el vasco. En el camino lo picó la pulga e' la curiosidá y...

—Se descubrió el pastel, ¿no es eso?

—Mesmo.

—¿Qué diciá la carta?

—Dicía más o menos ansina: "Querido amigo Tal: Ahí te mando un pavo pa que lo desplumés en la forma que es de práctica.

El otro pavo lo desplumo yo. Tu amigo.

Dr. Cual.

—Esta güelta resultó pavo el encargao e' desplumarlo. Acontece en la vida muy a menudo, ¿Y dispués?

—Se arreglaron. Y festejaron el asunto con una fiesta que años hacía que no se véian ya. Y no hay ni que decir que renegaron e' la justicia. Si ante se hubieran dao una güelta por su casa ño Silvestre, no les tubiera pasao nada, ¿no?

—No me tubieran créido. M' habrían tratao e' iñorante injustamente. Creélo m' hijo; me habrían licho:— "Es injusto lo que usté dice e' la justicia". Y habría sido una injusticia.

¡VUELVE POR OTRA!

Muy alegres y campantes
y echando tragos de vino,
iban por cierto camino
una vez dos estudiantes,
cuando vieron que avanzaba
sobre su burro un baturro,
y que sin treguas el burro
ferozmente rebuznaba.
—Buen hombre — el más mozo dijo
junto al baturro al pasar, —
¿por qué deja usted llorar
con tal desconsuelo a su hijo?
Alzó el baturro las manos
y contestó:— ¿Sí?... Pus mía,
chiquío, llora de alegría
porque ha visto a sus hermanos.

Javier de BURGOS

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607 — BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. Mayo 1809

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el Exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ oro 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ oro 8.00
N.o suelto	„ 0.20	N.o suelto	„ 0.25		
N.o atrasado	„ 0.40	N.o atrasado	„ 0.50		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.o 12 — CHARADA

Mucho jugué la *una dos*
allá; cuando era yo niño,
y hoy que voy hacia mi *todo*
lo recuerdo con cariño.
No me quejo de la vida,
pues pienso igual a *dos tres*:
buena o mala, no me importa
¡Yo la tomo tal cual es!...

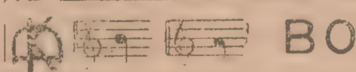
N.o 13 — JEROGLIFICO



N.o 14 — COMPRIMIDO

AL PESO

N.o 15 — JEROGLIFICO



N.o 16 — CHARADA

Consonante es mi *primera*,
prime-tres es edificio;
y mi *segunda* y *tercera*
un valioso sacrificio.
Mi *todo*, ten entendido
que es parte de tu vestido.

N.o 17 — JEROGLIFICO

100 0 1000 1

N.o 18 — COMPRIMIDO

0-6-2-00

N.o 19 — JEROGLIFICO

CAÑON
A
A
Hemisferio boreal

N.o 20 — JEROGLIFICO



N.o 21 — CHARADA

En *prima tercia* y *segunda*
un juguete encontrarás;
y *primera* con la *tercia*
en la cabeza tendrás.

Con la *segunda* y *tercera*,
añadiéndole una ene,
cobrarás tu fardo o bulto
sin que falte lo que viene.

Apellido de un gran poeta.
tres con *primera* será,
y mi *todo* en la corola
de las flores estará.

N.o 22 — ANAGRAMAS

MUERA MARY

QUE COLOR DAR

HIGOS - BOTON

Con las letras de estos anagramas formar los nombres y apellidos de tres conocidos artistas de la pantalla.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.o 1—Malvaloca.
„ 2—Gaspar.
„ 3—Pimienta en grano.
„ 4—No hay enemigo pequeño.
„ 5—Victoriano.
„ 6—Sólido.
„ 7—Girasol - Narciso - Lila - Camelia.
„ 8—Estados Unidos.
„ 9—Espolique.
„ 10—Enrolamiento.
„ 11—Salta - Atlas.

Los puritanos de ayer y de hoy

Nació la secta de los puritanos en Inglaterra en el reinado de Eduardo XI o de María Tudor, a mediados del siglo XVI, y se les conocía en aquella época con el nombre de "no conformistas".

Durante largo tiempo permaneció obscura, pero después fué aumentándose y desenvolviéndose principalmente entre los protestantes ingleses refugiados en Alemania a causa de las persecuciones decretadas por María Tudor.

Los puritanos pretendían practicar el cristianismo en toda su pureza y de ahí su nombre exagerando las doctrinas del protestantismo.

En Inglaterra y Escocia se aplicó el nombre de puritanos a los presbiterianos más rígidos que decían ser los únicos que aplicaban "puramente" la palabra de Dios; es decir, la letra de las Escrituras.

Opuestos a la Iglesia anglicana, los puritanos destierran toda jerarquía eclesiástica y en el culto prohiben la música, los hábitos, los ornamentos, todo aquello que parezca lujo, prohibiendo toda señal externa del culto.

En el reinado de Isabel de Inglaterra fueron perseguidos y en 1566 declararon de modo formal que se separaban de la Iglesia anglicana.

En los días de Jacobo I, 1603-1625, la secta alcanzó gran consistencia.

Heridos por las medidas rigurosas de Jacobo, los puritanos dieron principio a sus emigraciones, pasando la mayor parte de ellos a la América del Norte donde poblaron Massachusets, fundando las ciudades de Nueva Plymouth, Nueva Haven y otras.

La región por los puritanos ocupada recibió el nombre de Nueva Inglaterra.

Los puritanos se distinguieron por su exaltación republicana y tomaron parte activa en la revolución de Norte América contra Inglaterra por su independencia.

Hoy, en los Estados Unidos, la palabra "puritano" ha venido a ser despreciativa, burlona. Se ríen de los que se las echan de puritanos.

Las palabras tienen mucha fuerza, pero pocas personas se molestan en definirlas y en saber su significado.

Llamar a un hombre puritano en los Estados Unidos es llamarle obtuso, hombre sin iniciativas, fantástico, falto de inteligencia o que no la sabe utilizar y ridículo.

Un pastor protestante compara nuestros tiempos con los pasados y lanza el grito de "¡Necesitamos más Puritanos!", y añade:

"Un paganismo recrudescente se pasea descaradamente desnudo por nuestro país haciendo gala de su obsceno libertinaje y glorificando su desvergüenza. Para esos, cuyo dios es su estómago, lo más cómodo es burlarse de los puritanos.

"No pretendo la restauración del antiguo puritanismo, como tampoco pretento que volvamos a vivir en chozas de madera; cada cosa estaba muy bien en su época, pero tampoco merecen esa burla y tanto desprecio.

"En esta época moderna, en la que el centro de la familia no es el hogar y la gloria de la arquitectura se cifra en la mayor cantidad y el mayor lujo de los cuartos de baño, hay aún metros por los cuales se puede graduar la sociedad.

"Los antiguos puritanos tenían sus limitaciones marcadas y bien definidas; pero fueron útiles en su día y para sus generaciones. El puritanismo dió hombres y mujeres de reconocida inteligencia, de conciencia y de carácter. Algunas veces se equivocó y dejó algo que desear por su carácter y modales pocos finos y su escasa caridad; pero, lo que hizo peor de todo, fué crear una raza sin carácter propio y que ahora se burla de los que la engendraron, dejando a un lado toda nobleza y sentimientos.

"Creo que estamos equivocados al pensar en la falta de alegría, en la seriedad y tristeza de la vida puritana.

"Si examinamos detenidamente los principales hechos de los puritanos, en los diarios del juez Samuel Sewel y otros hombres de su época vemos cómo sus actos no están desprovistos de alegría y de cierta humorística apreciación de las cosas, de sencillez y contento que algunas veces les procuraba su estricta y severa religión.

"Pero, aunque lo tomemos por el lado peor y pensemos en la seriedad, austeridad y prohibitiva teología, queda aún mucho que decir en su favor y defensa.

"Su juventud no estaba ayuna de ciertos alegres deportes. El amor, los noviazgos y el matrimonio entraban de lleno en sus costumbres y los fomentaban cuanto podían.

"Veían muy mal el celibato y creían que era un ardid de Satanás, contra el que se rebelaría la carne. Se casaban muy jóvenes.

"Todos los casos de disciplina de su Iglesia referentes a las infracciones de las leyes morales, dicen la historia de una vida que era algo más que pura represión.

"No volvamos a los tiempos del puritanismo, termina diciendo el citado pastor protestante, pero en esta época necesitamos más puritanos.

A la caza de maderas finas

De las selvas del Panamá Occidental, un botánico experto, C. Proctor Cooper, ha llevado a Norteamérica dos maderos de lo más raro que se conoce en el día. Es una madera roja y negra que a la luz brilla con reflejos dorados. Las semi-salvajes tribus de aquella región la atribuyen maravillosos poderes curativos y la llaman "palo mágico".

Se sabía que había de esos árboles en la región panameña de Boca del Toro, y hasta hace poco sólo se había visto un pedazo de esa madera del tamaño de un dedo; pero el indio no quiso decir dónde se había procurado el pequeño ejemplar.

Con este pedacito como guía, Cooper emprendió la búsqueda de la preciada madera, sus investigaciones han sido una larga y penosa odisea.

Recorrió bajo el sol tropical las regiones de Panamá, unas veces a caballo, otras a pie, por selvas espesísimas y terrenos quebrados. Los guías le indicaban diversos árboles; pero nunca el que él buscaba. Los leñadores que llevaba, desertaron. El húmedo vapor de las selvas le ahogaban; las rocas destrozaban sus pies y manos. Tuvo que atravesar vados, cruzar pantanos, y con frecuencia andar descalzo, con los pies hinchados, llagados y medio desnudo. Luchó contra la fiebre, contra los venenosos reptiles e insectos de los trópicos, pero por fin encontró el "palo mágico".

Pero esta madera no es un árbol vivo; la dan los troncos muertos de la selva; los troncos que empiezan a pudrirse. Es lo que queda del corazón del tronco después que los gusanos y hormigas se han comido la corteza y la albura.

Los dos maderos encontrados por Cooper irán a parar el uno a la Universidad de Yale, de donde él es profesor, y el otro, al Museo de Historia Natural de Cicago.

Además de esta rarísima madera, Cooper coleccionó numerosos ejemplares de otras clases, que aguardan ser examinados para conocer su valor.

Otro de estos cazadores de madera recorre las Guayanas y el delta del Orinoco, que envía constantemente ejemplares de toda clase de maderas para que sean examinadas en la Universidad de Michigan.

En los muelles de Nueva York, con gran frecuencia hay barcos que descargan maderas exóticas; maderas que dan al muelle olor a trópicos, maderas de rarísimos colores y veteado, que vienen de diferentes y muy distintas partes del globo; maderas cuyos nombres suenan a viajes y a aventuras: amaranto betabara, paduk o coral de Africa, cocobola, Gonzalo Albez, primavera, palo-rosa, quebracho, palo de sangre, curariere, caoba, peroba, babra. Pernambuco, nombres españoles, indios, americanos; maderas que para obtenerlas han exigido sacrificios y vidas de hombres blancos.

La caza de las maderas ricas y bonitas es antigua, y muchos aventureros han recorrido los más recónditos rincones del mundo para obtenerlas, desde el tiempo de Hiram, rey de Tiro, que envió al rey Salomón cedros del Líbano y otras preciosas maderas para la construcción del templo de Jerusalén.

Clayton D. Mell es otro infatigable cazador de maderas.

Recorriendo Nicaragua en busca del "palo de la vida", pasando días enteros en los matorrales que se han formado en el lecho seco de un lago, contrajo unas fiebres, y tal cantidad de quinina hubo de tomar que un mes después de haber abandonado aquel país aún zumbaban los oídos.

Encontró la madera ansiada en varios sitios, de los cuales extrajo 200 toneladas en el lago Managua, a 24 kilómetros del puerto de Corinto.

A causa de la revolución de Sandino, hubo de dejarlas en el lugar de la explotación, y espera ponerlas pronto en el puerto gracias al camino que están abriendo los marinos yanquis.

Un madero de esa clase, de tonelada y cuarto de peso, se paga hasta 175 dólares.

Esta madera, que es sumamente fuerte, tiene la propiedad de lubrificarse a sí misma por el aceite que contiene; no le ataca el agua del mar ni la carcoma; no se hincha cuando está sumergida en el agua y es más duradera que el mismo acero. Se han hecho con ella ruedas para relojes, y en cien años no han necesitado engrasarse.

El árbol crece muy lentamente pues necesita doscientos cincuenta años para que el tronco tenga 60 centímetros de diámetro. Algunos de los árboles que Mell ha cortado eran ya crecidos y maduros cuando Colón descubrió el Nuevo Continente.

Los precios de las maderas preciosas son variadísimos aún en las mismas especies, pues depende mucho del veteado. Hay peritos tan expertos, que con sólo mirar el madero adivinan el veteado y dan el precio. A éstos les llaman "hombres con ojos rayos X."

Estas maderas preciosas se utilizan para chapeados, y en las serrerías se llegan a cortar chapas tan finas como el papel.

El cocobola rivaliza con el palo roza en dureza y belleza, y su materia colorante es insoluble en el agua, aunque sea caliente. Tiene la propiedad de no rajarse ni alabearse, por todo lo cual sirve para múltiples aplicaciones.

El cocobola crece en árboles muy separados unos de otros; nunca forma motas ni grupos. Los indios ponen toda clase de obstácul s a los europeos para que corten estos árboles, y han llegado a matar a los que insistían en las talas. Lo general es que los cazadores de madera se la compren a los indígenas.

Otra madera muy buscada es la llamada babrá. Al ver un grueso madero, uno creería que harían falta cuatro o seis hombres para levantarlo, cuando basta un hombre de pocas fuerzas para cargar con él facilísimamente. Es la madera más liviana que se conoce, y tarda solamente cinco años en alcanzar su completo desarrollo. Abunda en el Ecuador. Se emplea para empaquetar acetileno, pues por presión absorbe una gran cantidad de gas que suelta en cuanto se abre la válvula del tanque. Es además un magnífico aislador.

Para embalar no tiene igual, pues además de ser fuerte y resistente, como pesa tan poco, los fletes resultan baratos.

Todo aquello que se altera con el frío o el calor conviene que se embale con esta madera.

Otras muchas son las maderas que alcanzan grandes precios en los mercados, pero hacer su historia y detallar sus cualidades haría interminable este artículo.

PENSAMIENTOS

Nada es tan útil como la reputación, y nada da tan seguramente la reputación como el mérito. — VAUVENARGUES.

***

Más vale evitar reproches que buscar elogios. — M. ALONSO CRIADO.

***

La ociosidad nos cansa más pronto que el trabajo. — VAUVENARGUES.

***

A los dieciseis años tiene más influencia la mujer con sólo su mirada, que a cualquiera otra edad con todas sus seducciones. — *LIVRY.*

***

Cuanto más fuerte es una mujer tanto mejor se sabe fingir débil. — LOIRE.

***

¿Amas la vida? Pues no malgastes el tiempo, que es la tela de la vida. — *FRANKLIN.*

***

Entre amigos todo se excusa y pasa; entre amantes todo agrada y es perfecto; entre esposos todo abruma y cansa. — *LA FONTAINE.*

TEATROS

PRIMAVERA

Apenas iniciada la primavera, que este año llegó con la clásica túnica agitada por fuertes vientos, erguida a medias sobre un pedestal de renegridas nubes, casi tiritando sus carnes de mármol pentélico y empapada hasta los tuétanos, si es que las estatuas tienen esas cosas como las vacas y como las personas según dicen, pues no lo hemos visto... Apenas llegada la primavera, proseguimos, una buena parte de los teatros de la Capital que hicieron la temporada de invierno, han cerrado sus puertas y se han ido con la música a otra parte, los que la tenían y, los que carecían de ella, también.

Esta desbandada no ha debido de obedecer a razones económicas, porque han formado parte de los idos, algunos elencos que estaban en plena actividad fructífera, lo que aleja sospecha de fracaso.

Pero la prematura renuncia de esas compañías no ha producido el cierre de las salas. Muy al contrario, han sido ocupadas apresuradamente por otros conjuntos, que en algún caso han merecido mejor aceptación que las que las precedieron.

Difícil sería tratar de establecer las causas del fenómeno. Primero sería necesario saber si todas las clausuras obedecieron a la misma ley. Pero una o varias, ¿en qué consistirán? Será, por ventura falta de obras? Será falta de público? Ninguna de estas hipótesis es satisfactoria. Obras, buenas o malas, sobran. Público, exigente o pacienzudo, tampoco falta. Hay obras para todos los gustos y público para todas las obras. Entre nosotros, lo mismo se aplaude un tango en el segundo cuadro de un sainetón que un drama de Ibsen o una comedia de Benavente. Y no digamos una opereta italiana o un batacián francés.

Se han ido, pues, porque han querido o por otra causa ajena a la ley comercial de la oferta y la demanda. Cualquier espectáculo interesante tiene adeptos, con calor o con frío. Público hay, la cuestión es atraerlo.

"LA TABA DE LA VIDA", EN EL NACIONAL

En materia teatral fallan las matemáticas y no solo en tal o cual aspecto, que todo tiene sus fallas, sino en algo tan fundamental y consistente como la suma de unidades. Para demostrarlo no es necesario recurrir a complicadas demostraciones, de esas que sólo están al alcance de los malabaristas de números. Nada de eso. Con la simplicidad con que en general se demuestra que uno y uno son dos, vamos a demostrar que en materia de teatros, donde a veces nada más nada es mucho, a veces resulta que uno y uno son cero.

En efecto. Si ponemos en un sitio del espacio una manzana y después, a su lado, otra, tendremos dos manzanas, siempre que por el espacio de referencia, es decir, que por sus proximidades, no haya pasado quien se las coma. Pues bien, el señor Carlos R. de Paoli ha puesto en el Nacional una obra al lado de otra obra y no le ha resultado ninguna. O sea, como decíamos, uno más uno igual a cero.

El caso se ha producido con la pieza de dicho autor titulada "La taba de la vida", en la que paralelamente se han desarrollado dos argumentos que nada tienen que ver entre sí, ni por los personajes protagonistas, ni por la acción que en una y otra fábula se desarrolla. Uno de los asuntos consiste en una luna de miel de un tipo celoso, soliviantada por las maquinaciones de un tercero, que explota la situación, pero sin miras amorosas. En el otro, se explota la cuerda sentimental, consistente en la torturas de una pobre muchacha que ha tenido un desliz y que en el momento en que va a solucionar su situación casándose con uno de esos santos laicos para quienes todos los hijos de los demás son sus propios hijos, la presencia del verdadero padre impide la realización del proyecto.

Pues a pesar de estos dos argumentos, el conjunto no resulta una obra completa, y eso que hay en ella dos tangos para completarla mejor.

No es una obra "La taba de la vida" pero son dos piezas ensambladas en las que se dicen cosas para reír y cosas para llorar y como se consigue en parte lo primero, aunque fracase al público en lo último, no puede darse por totalmente fracasada la iniciativa del autor.

No hay que decir que la compañía de Pascual Carcavallo sacó todo el partido posible de esta producción, haciéndose aplaudir como si realmente se tratara de sancionar dos obras en una sola representación. Ya se sabe lo que es Olinda Bozán para los tangos, de modo que no hay que decir nada de su éxito en ese sentido y junto a ella se portaron como buenos los demás.

TEMPORADA INTERESANTE

Ha de serlo sin duda la de piezas cómicas iniciada brillantemente en la Comedia con las piezas "Una niña entrometida" y "una mujer estupenda", que en italiano y en francés ya habían sido aplaudidas entre nosotros. Las reducciones a un acto fueron hechas por Julio F. Escobar con justeza y tino.

Las primeras figuras, Julio Sanjuán, Laurita Hernández y Rosario Agueda, están secundados por un elenco numeroso y ponderado, al que le animan deseos de lucirse y prosperar.

DEL FRIO AL CALOR PASANDO POR EL BUEN TIEMPO

No puede quejarse Enrique Muiño de su actual temporada. Le va bien. Le ha ido bien. Es seguro que no le ha de ir mal. Y eso que el tiempo pasa y él se queda. Pasó el otoño... Pasó el invierno... Está pasando la primavera... Comenzará el verano... Los actores de Muiño han ido al Buenos Aires de sobretodo y pronto irán de rancho. La temporada es larga, pero no lo parece, porque reina optimismo y se prolongará hasta enero o hasta quién sabe. El público no falla.

El primer estreno que se anunciaba era el de una pieza de Eduardo Trongé titulada "Era un malevo buen mozo". Con ella seguirán en cartel "Un padre en busca de seis hijas" de Julio F. Escobar y "No pregunto cuántos son" de A. Caruso.

Es, por ahora un cartel animado que no necesita refuerzo, pero para cuando haga falta se echará mano de otra novedad, que ya está en cartera y que es una pieza denominada "Compadrón y guitarrero" firmada por A. Godel.

TRASLADO POR AMPLIACION DE NEGOCIO

Hay cosas que si no son importales, lo parecen. Basta que no le veamos el fin a algo es así como a la simple vista, tanto está el infinito en el Centauro como en la constelación de Hércules.

Vienen estas digresiones a propósito del repertorio formado por las viejas zarzuelas que periódicamente ocupa algún escenario con seguro éxito. Son piezas contemporáneas de "La verbena de la Paloma", que llegan a nosotros con los encantos de una vejez amable, sana y prestigiosa.

Este año le ha tocado el turno a la compañía Díaz-Perdiguero, que inició una brillante temporada en el Mayo y ha tenido que pasar a continuarla en el Avenida para mayor comodidad y amplitud. Este es el mejor comentario que puede hacerse del éxito de la temporada que realiza este conjunto.

SIDDIVO

Sigue actuando con éxito en el Politeama la compañía italiana de aperetas que dirige Salvador Siddivó, en la que figura un buen número de destacados artistas que han recogido ya muchos aplausos del público.

Al éxito de "Paganini", que alcanzó una interpretación irreprochable, siguió el de "Ernani", que ha tenido también una excelente acogida.

LA OPERA

En el Marconi se inició una temporada de ópera por un estimable conjunto que dirige el maestro Capizzano con la pericia a que nos tiene acostumbrados. El repertorio es vasto y todas las óperas, que no hay que jurar que pertenecen a la producción italiana, son puestas en escena con decoro y cantadas con voces seguras y agradables. Oímos un "Mefistófeles" que valía la pena y que el mismo Arrigo Boito hubiera aceptado complacido.

El cartel se renueva con extraordinaria frecuencia.

ESTRENOS PROXIMOS

—En el número próximo nos ocuparemos del estreno de la pieza de Pierre Wolf "Puesta de sol" que la compañía de Vilches estrenó en su temporada actual del Nuevo, iniciada con mucho éxito.

—Prometemos lo mismo en lo que respecta a la pieza "Santa Isabel de Ceres" de Alfonso Vidal y Planas, que ha hecho conocer en el Ateneo la brillante compañía de comedia española que dirigen los excelentes actores Tudela y Latorre.

—También nos ocuparemos de la "premiere" de la pieza de Carloboe y Carruimar "Aura cuando suba el viejo", puesta en escena por la compañía del Liceo.

—Angelina Pagano, cuya destacada actuación en el Ideal venimos celebrando y con nosotros el público, ha debido de estrenar también en estos días, según se anunciaba, "Más fuerte que los fuertes" original de la señora Luisa Israel.

—Mientras siguen con éxito en el cartel del Smart la "inmarcesible" pieza de Vaccareza "El teniente Peñaloza" y su compañera de fortuna "Nos cayó de arriba un cura", se aprontaba a arriesgar el dado de la suerte una obra de Chiarello titulada "El milagro de Peppino".

LAS DELICIAS DEL ARGENTINO

En su harem, "El harem de don Florencio", sigue Parra haciendo de las suyas todas las noches. El éxito persistente de esta pieza no deja ver su fin en el cartel ni con ayuda de telescopio.

PICARESCAS

Despojadas un tanto de ciertos atrevimientos con que fué iniciada la temporada de revistas alegres del Cómico, se mantienen con éxito "La fija verde" y "Buenos Aires atrevido". Inés Berutti, Carmen Olmedo, Lucy Colry y un conjunto de simpáticas nereidas con voz y voto, entretienen al público con sus diabluras.

GRAND SPLENDID

Como de costumbre, la aristocrática sala de la calle Santa Fe, prepara para la próxima semana una serie de progrmas selectos. El distinguido público que la frecuenta conoce bien el acierto de su dirección artística. Por lo demás, no es necesario recordar que las dos orquestas que amenizan los espectáculos, constituyen otro poderoso atractivo para los concurrentes.

CAPITOL

Muy celebrados han sido por el público los estrenos ofrecidos últimamente en esta sala, una de las favoritas de los buenos aficionados.

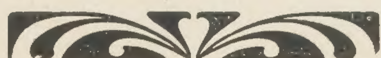
GLORIA

Estar en la gloria, se dice para ponderar un sitio delicioso. Para ponderar las excelencias de la pantalla, hay que decir que se está en el cine Gloria.

CINE PARC

La catedral del film en Palermo sigue destacando sus méritos en la selección de películas que ofrece. Por ello es que su público no deja de acudir con entusiasmo y asiduidad.

Ultimas creaciones de la moda femenina



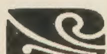


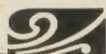






1.—Traje para la tarde confeccionado en muselina estampada negro sobre blanco y oriada con tul negro. En la espalda, dos rosas de seda: una rosa Francia y una Julliet. — 2. Traje para la tarde ejecutado en crespón-satén "palomba", de muy elegante forma. — 3. Elegante traje de crespón Georgette negro y tul bordado con lentejuelas negras. El traje puede llevarse abierto o con la echarpe echada hacia atrás. — 4. Traje de velo de seda estampado blanco sobre fondo rosa.







Estas Galletitas..

creadas por **TERRABUSI**, para deleitar los paladares infantiles y nutrir sus tiernos organismos, deben su éxito creciente no sólo al indudable prestigio de su origen, sino también a la excelencia de sus ingredientes constitutivos

SEÑORA: sin temor alguno, invitamos a usted a brindar a sus niños con el **desayuno,** la **merienda entre comidas,** las más exquisitas.

Galletitas Manon

¡Verá usted con qué agrado las reciben, con qué gusto las saborean, con qué ansia le solicitan más!

Las Galletitas Manon se venden en todos los buenos almacenes del país, en paquetitos de 0.05 y 0.10 ctvs., y en latitas de ¼ kilo, a $ 0.60 centavos.

Cómprelas en el de la esquina de su casa

ESTABLECIMIENTO MODELO
Terrabusi





Tall. Gráf. A. García & Cía. Perú 1746.